HUCKLEBERRY HOUND

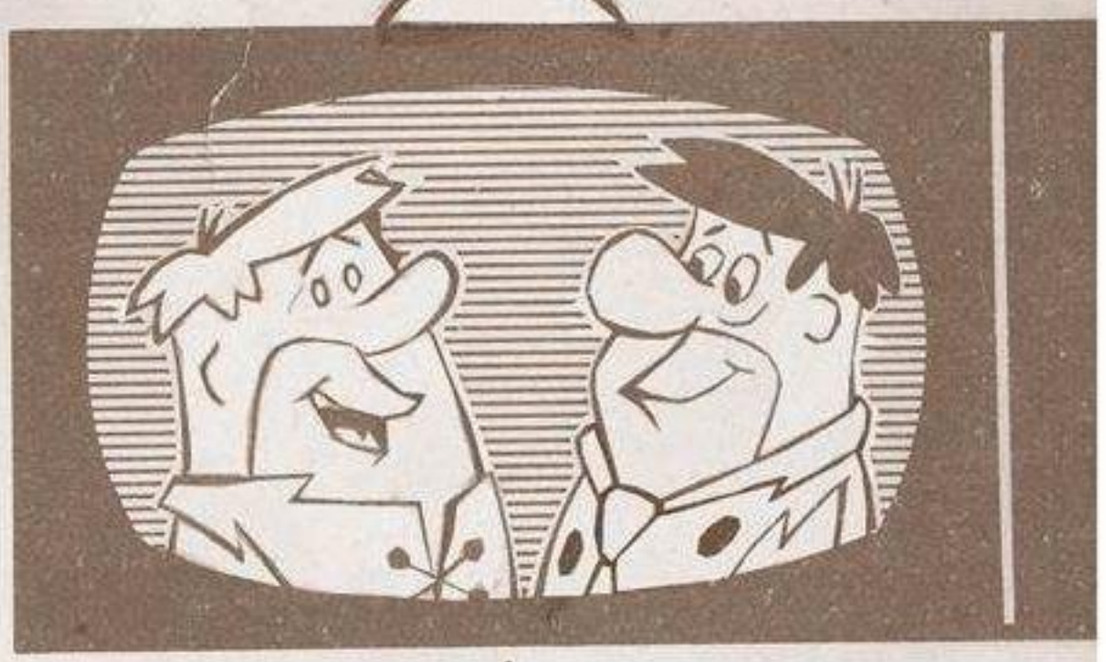
y otros personajes en

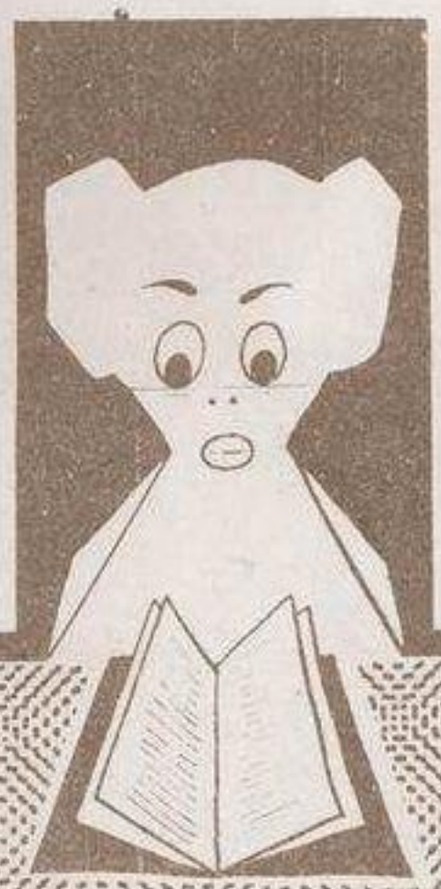
alegres historietas de la TV

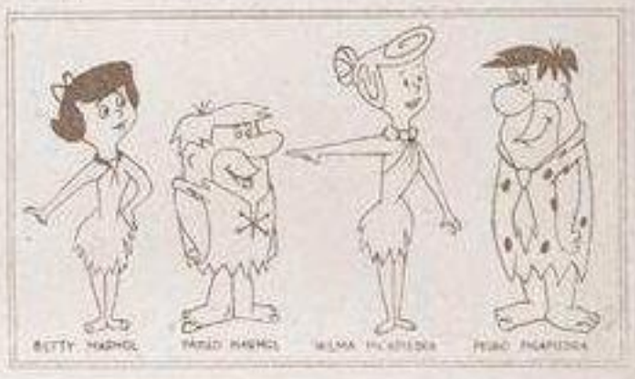
álbum para cromos

fher

alegres historietas de la T.V.







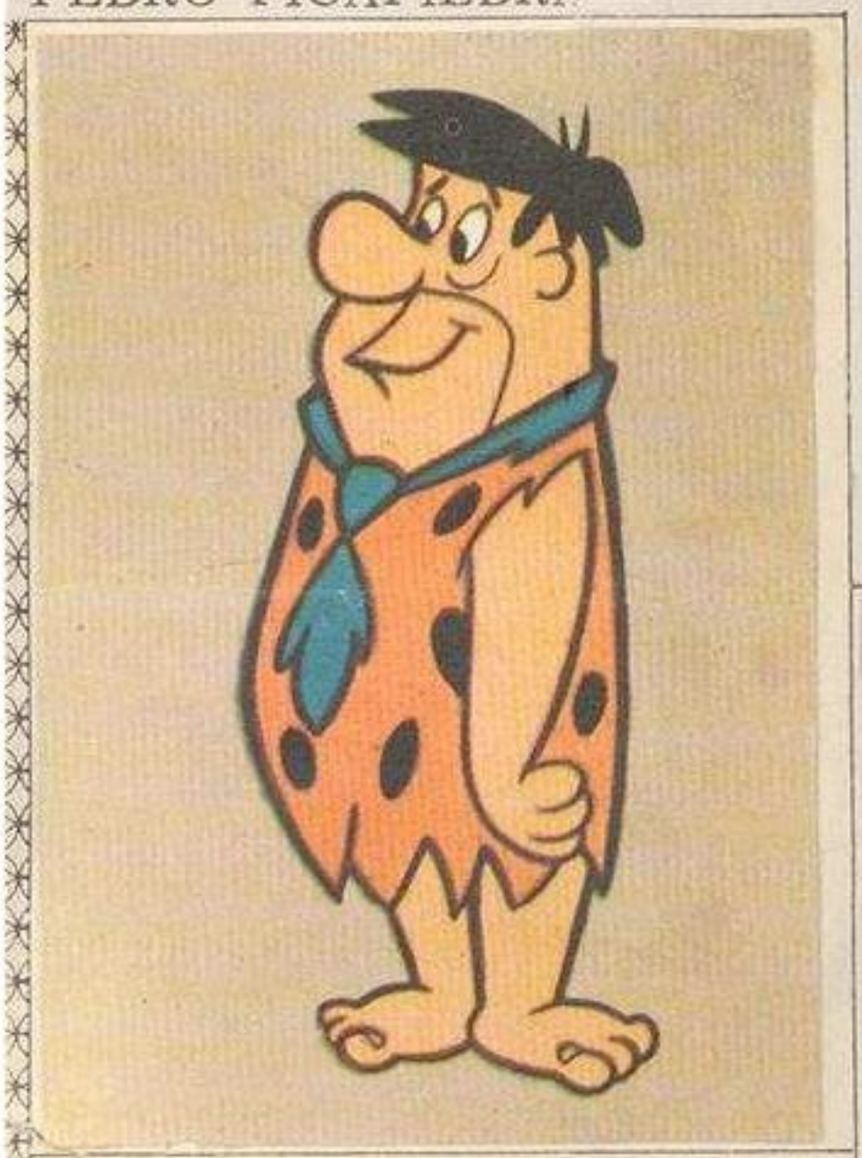
Trademarks of Screen Gems, Inc. - Editorial Fher, authorized user © 1963 by Hanna-Barbera Productions, Inc. All rights reserved throughout the world. - Published by arrangement with Western Printing and Lithographing Company of Racine, Wisconsin, U. S. A.

Imprenta en el año 1962 en los TALL. GRAFICOS FHER
Calle Villabaso, BILBAO (España)

Depósito legal BI 2861-62
Núm. Registro 7008-62

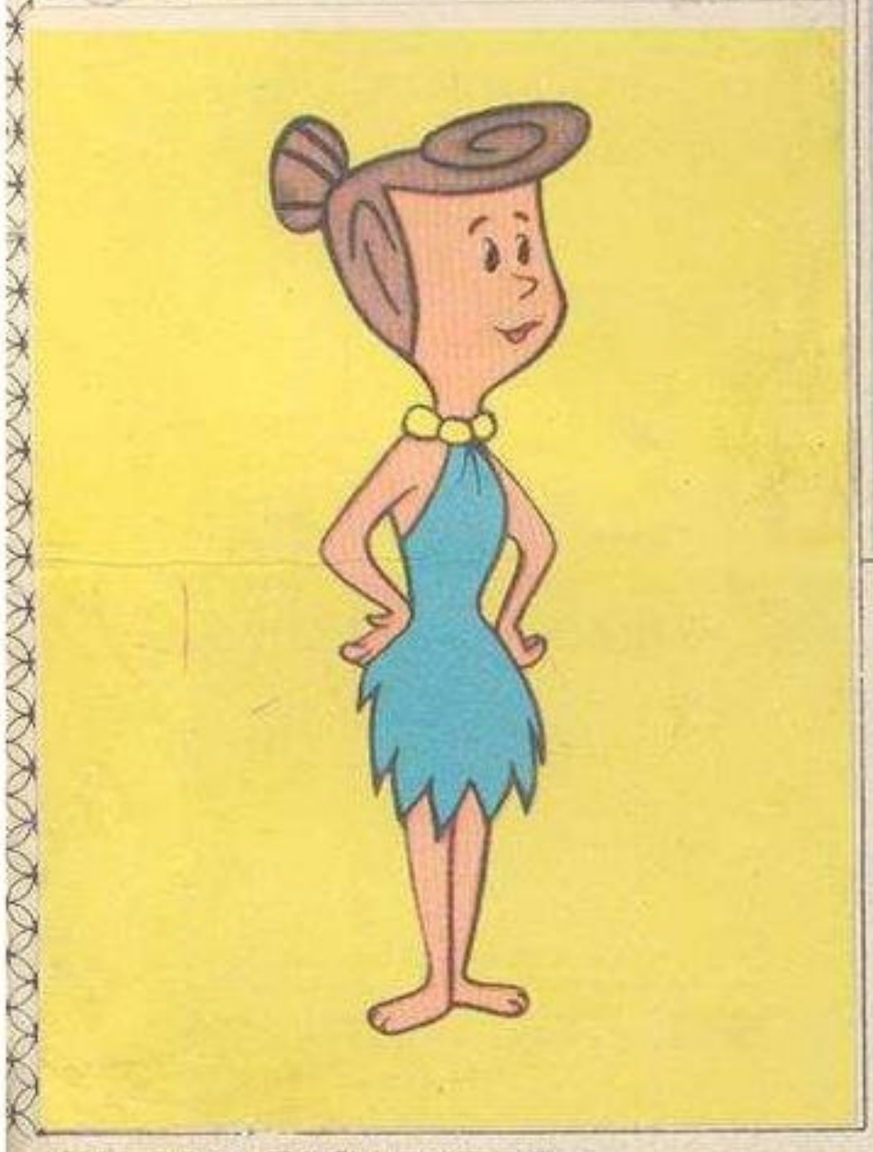
PRINCIPALES INTERPRETES DE LAS CUATRO HISTORIETAS DE QUE SE COMPONE ESTE ALBUM

PEDRO PICAPIEDRA

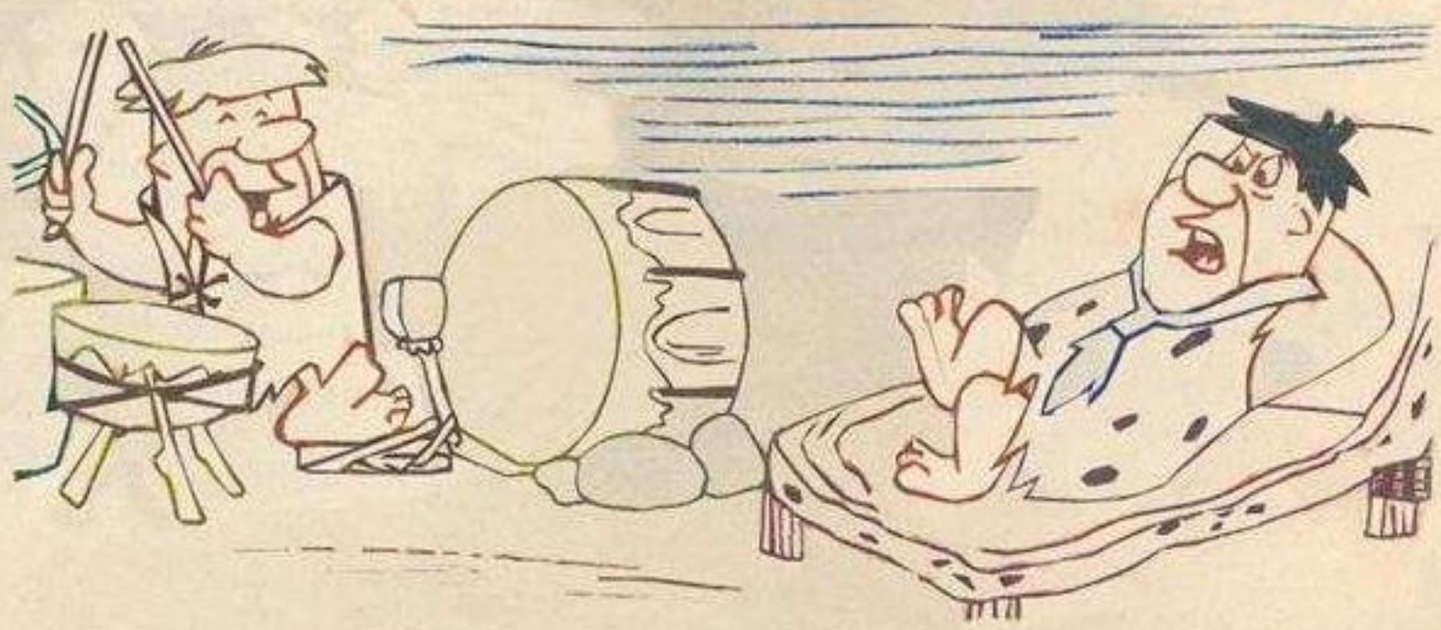


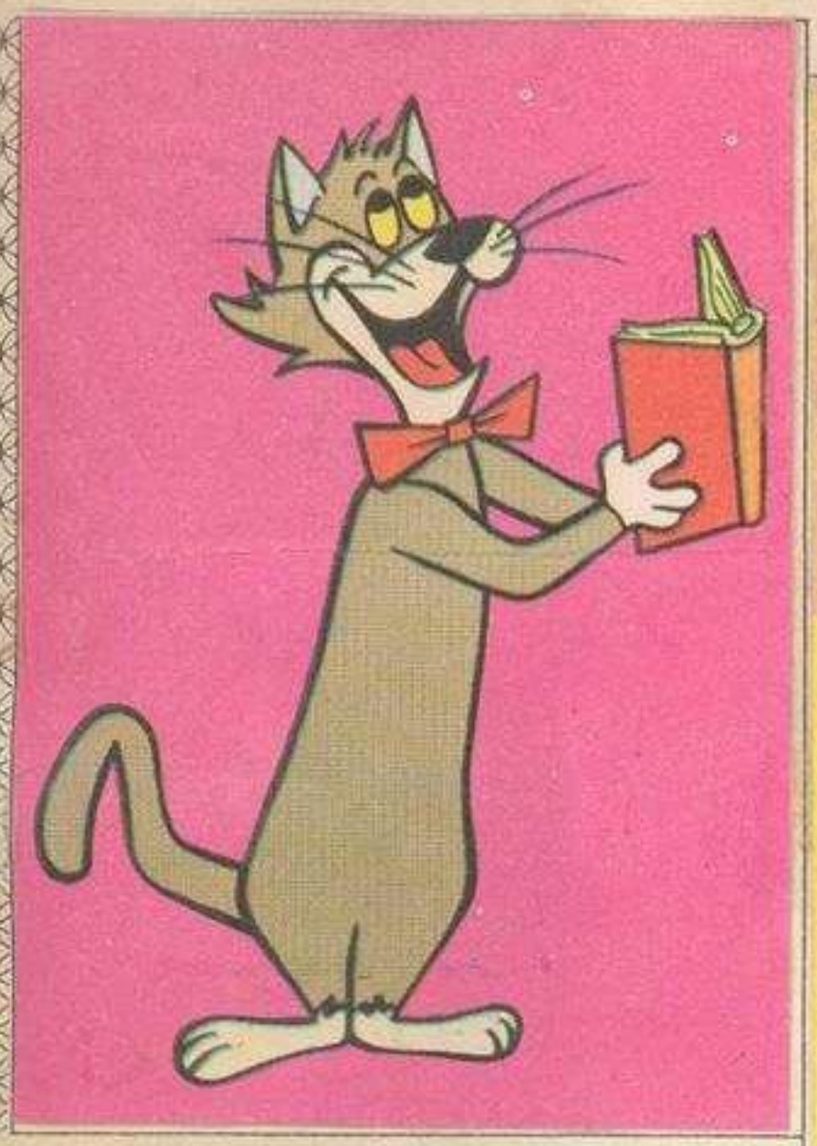
PABLO MARMOL

BETTY MARMOL

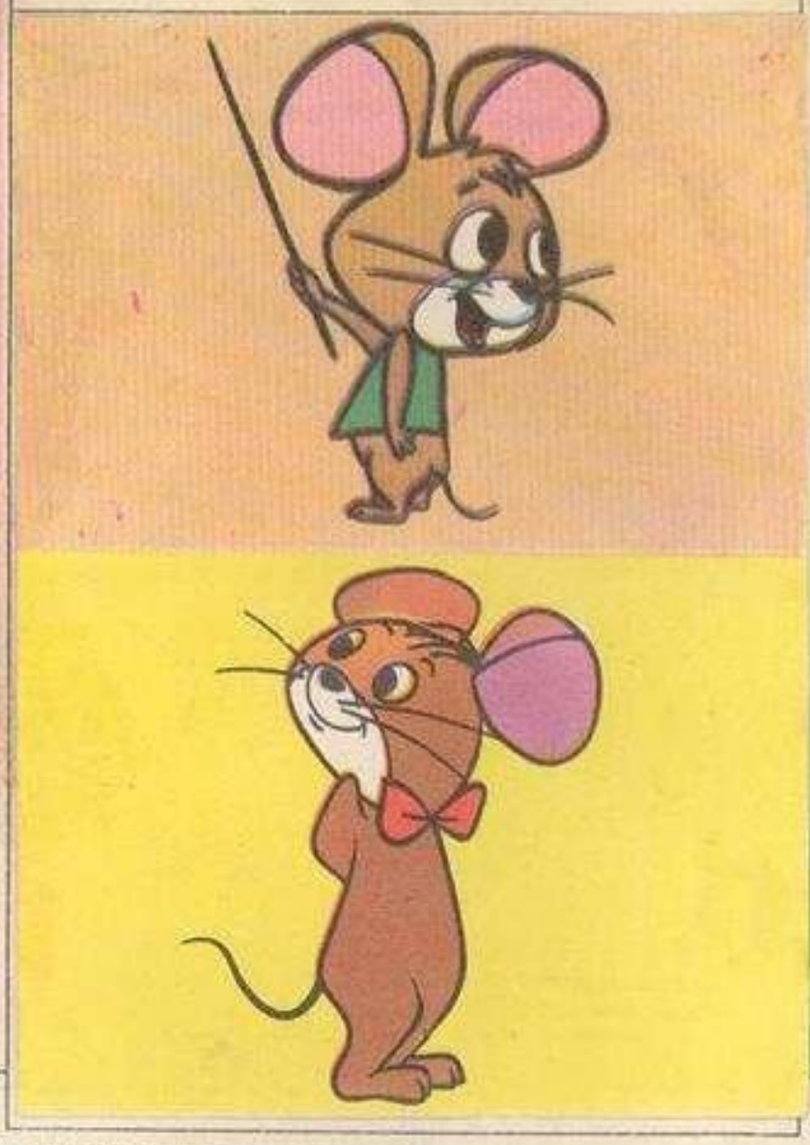


WILMA PICAPIEDRA





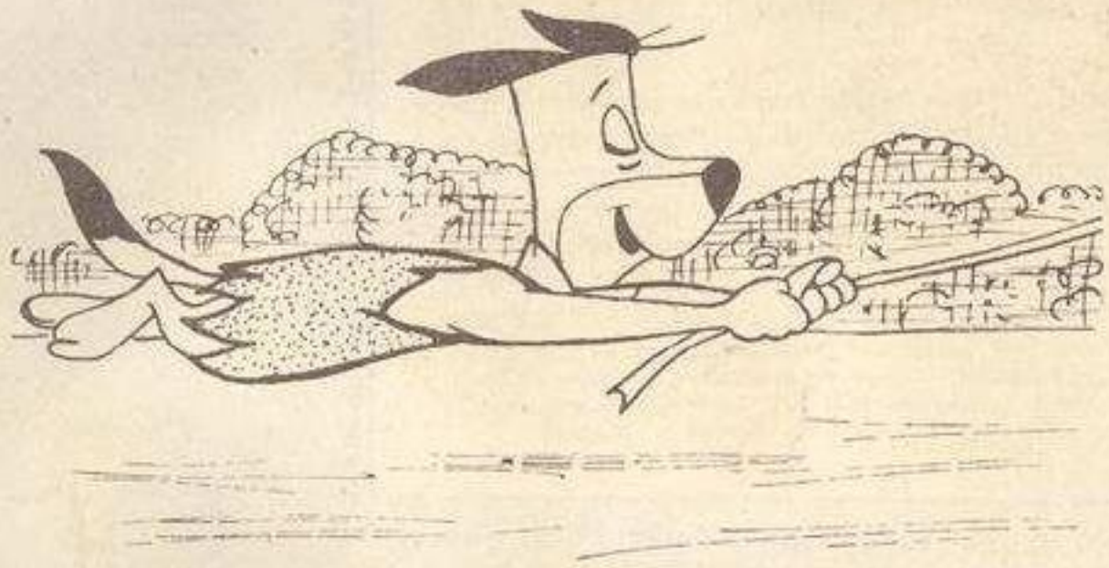
EL SR. JINX



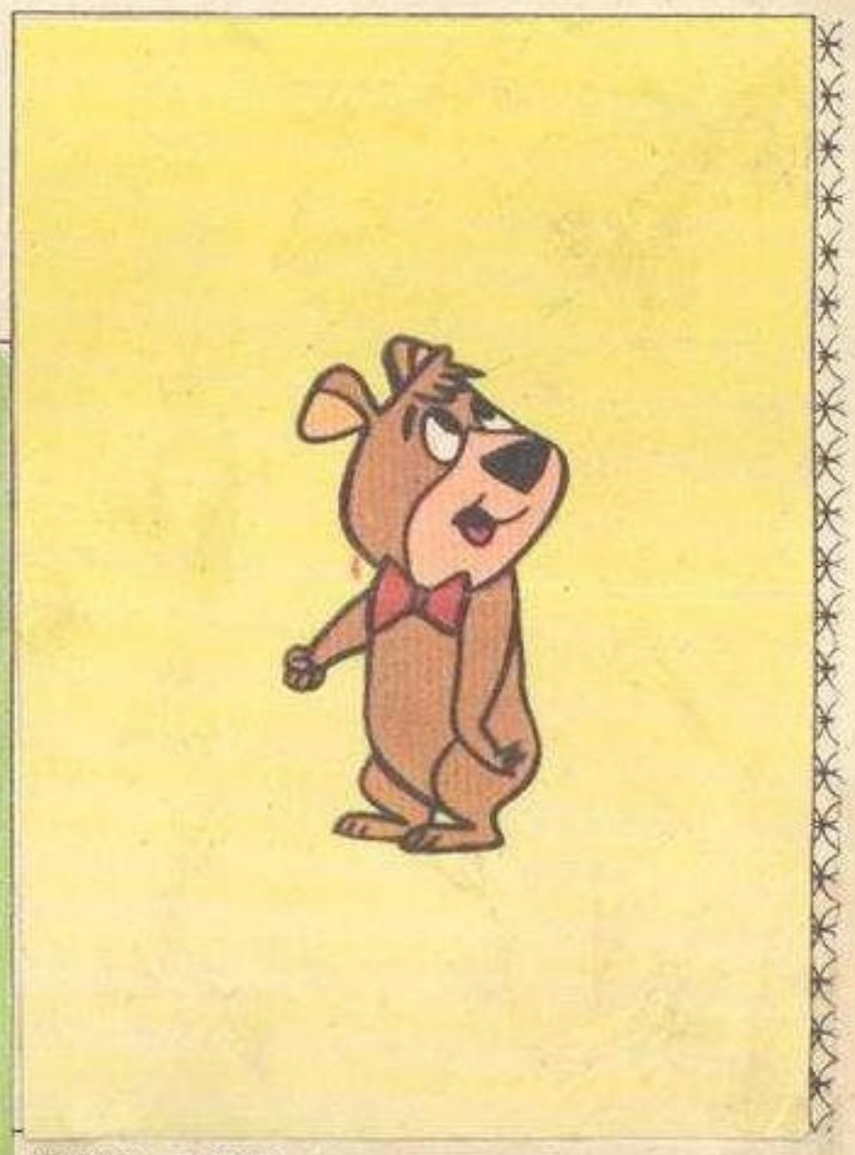
DIXIE Y PIXIE

PROFESOR

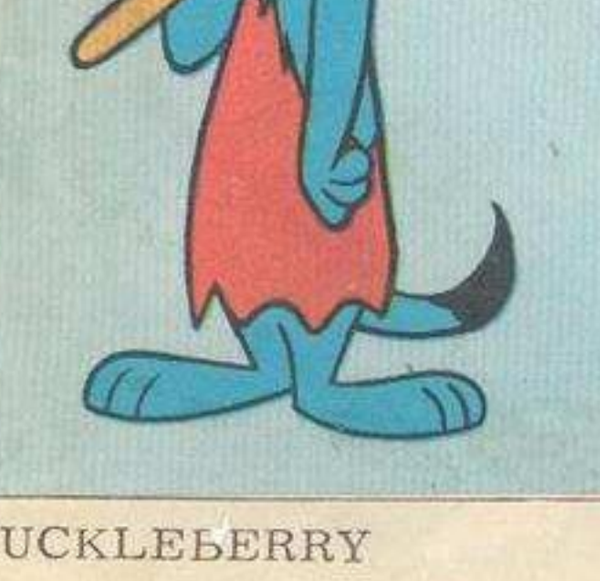
HUCKLEBERRY



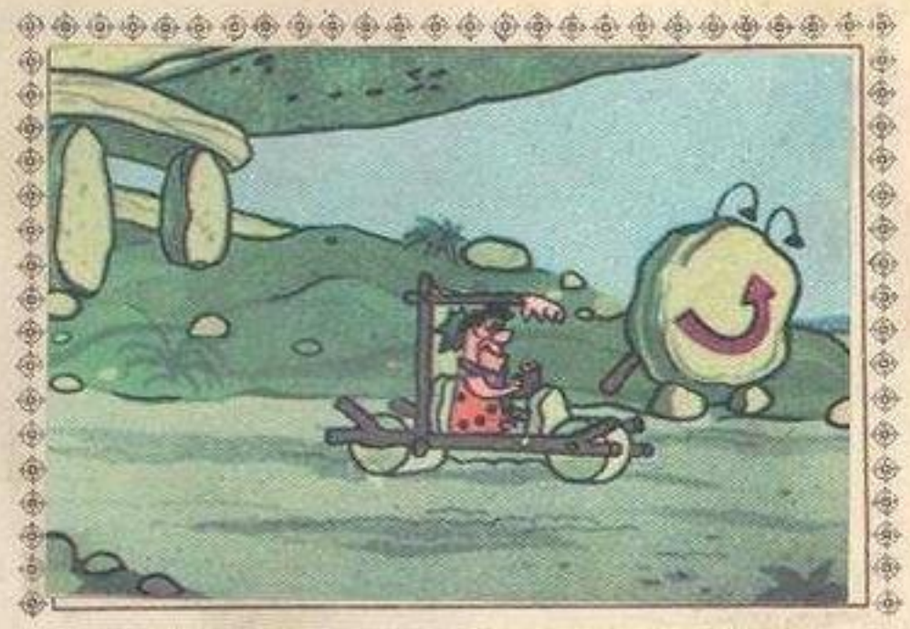
YOGUI BEAR



BOO-BOO



en los primeros tiempos

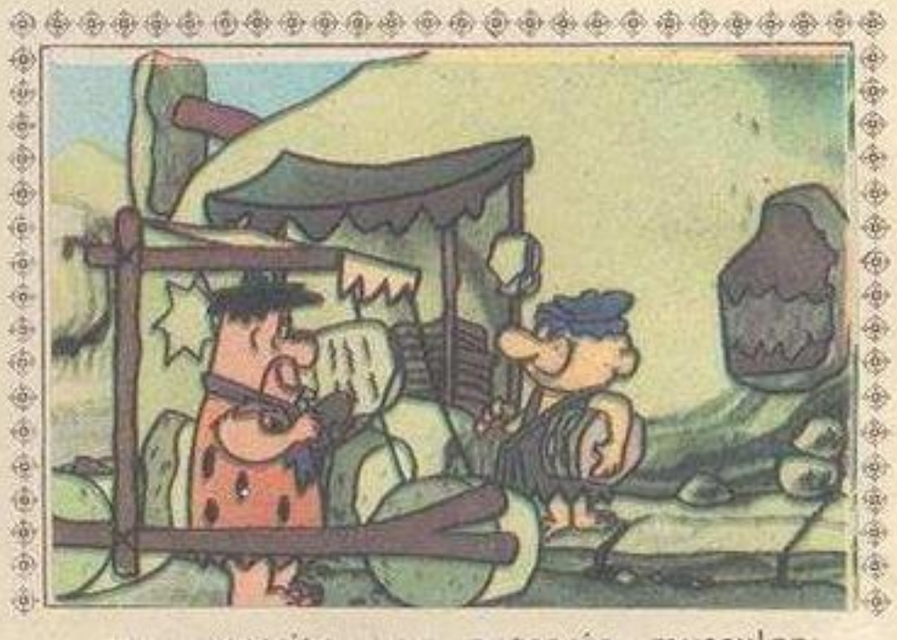


Desde que el mundo es mundo existen los conflictos y los líos... Aquí tenéis al respetable ciudadano de la edad prehistórica, don Pedro Picapiedra, que regresa a su confortable hogar conduciendo su coche último modelo, tracción delantera a dos pies y mínimo consumo.

No vamos a afirmar alegremente, pues en nuestra historia las alegrías van a ser muy pocas, que la circulación rodada era tan numerosa como en nuestros días, pero sí aseguramos que los agentes de tráfico eran muy parecidos. Ved, si no, ese flamante guardia y su gesto clásico.

Observad también con atención la enorme polvareda que deja tras de sí, el imponente «carro» de don Pedro. ¡Todo igualito que ahora! Hasta creemos que existirían en aquella época esos niños tan monos, con su sombrerito tirolés y su guitarra a la espalda, practicando el «auto-stop».

Ahora podéis ver un puesto de periódicos. No hay duda de que en él se vende el *Daily Slate*. Tampoco hay dificultad en advertir que el vendedor es un forzudo levantador de piedras, pues para mantener a pulso uno de los diarios, como lo está haciendo en el dibujo...



...se necesita una potencia muscular asombrosa. Y aquí llega don Pedro Picapiedra en su estupendo cochazo. Compra la última edición, con la cotización de Bolsa y la alineación del Pedrusco F.C., y sigue su raudo camino hacia el dulce hogar. Lleva veinte kilos más de peso...

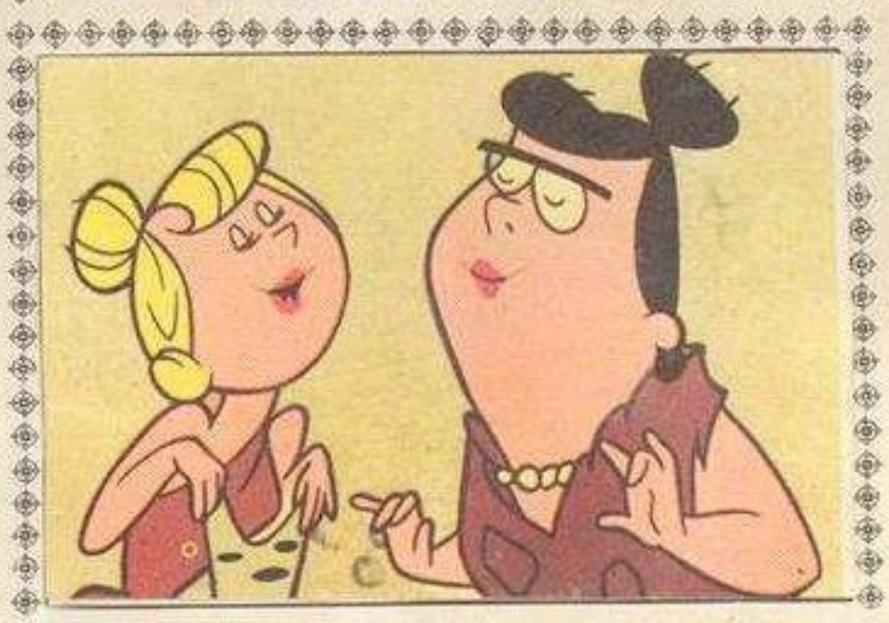
...mas sus pies todo lo aguantan. Vedle ahora basculando, con la sonrisa en los labios, la pesada puerta del garaje donde ha guardado su coche. En eso hemos cambiado algo. Ahora se dejan en la calle. ¡Bien! Pues ya tenemos a nuestro hombre a punto de entrar en su casita.

¡Pero don Pedro Picapiedra se rehace! Recuerda que en la oficina les van a dar una paga extraordinaria para celebrar los cien años del mundo. El muy pillín no piensa decir nada a Wilma. Proyectaba gastársela jugando al mus con sus amigos. ¡Ahora le regalará aquel vestido!

...cuerpo jacarandoso. Es de piel de dinosaurio tergalizado, con aplicaciones de lagarto doméstico. Y, total, sólo cuesta doscientas mil losetas». Don Pedro reparó que también estaba allí Betty Mármol, esposa de su íntimo amigo, Pablo. «Para usted, señora de Mármol —continuó...

Pero acabáis de ver cómo era un periódico. ¡Ahora calcular lo que serían el Diario y el Mayor de una empresa! Cada vez que había que pasar de hoja, tenían que venir a ayudar todos los empleados de la sección de Contabilidad. Y cuando llegaba el día del Balance...

Aquella noche tiene para cenar uno de sus platos favoritos: solomillo de búfalo a la parrilla. Desde el vestíbulo mira por una ventana y lo que ve en manos de su encantadora esposa Wilma, le horroriza. ¡Un vestido! ¡Otro vestido! ¡O sea, el sueldo de aquel mes, pulverizado!



Pero, sí, sí... ¡Buena le espera! La casa está tomada por asalto. Con su esposa se encuentra Vivirina, la modista más cara de la capital. «Señora de Picapiedra —está diciendo en aquellos momentos la especialista en trapos—, este modelito está creado para su...

...Vivirina—, tengo un modelo...» El pobre hombre ya no pudo oir más. Le zumbaban los tímpanos..., todo le daba vueltas. ¿Para esto llegaba él a casa, agotado de trabajar, rendido de cansancio? Porque habéis de saber una cosa. Don Pedro Picapiedra era contable.

¡Bueno! Precisamente aquel día don Pedro había hecho Balance. ¡Estaba hecho polvo! ¡Y encima aquel derroche de su señora! Llegó tambaleándose hasta su cama de piedra. Se sentía muy malito. Pronto llegó a visitarle su amigo, don Pablo. «¿Qué te ocurre, Pedrito?»

«¡Mi mujer me arruina, Pablo! Gasta en trapos más de lo que gano... ¡Me espera la mazmorra o la tumba!» «¡Discúlpala, Pedro. Ya sabes que son caprichosas, pero buenas chicas.» «Entonces, disculpa también a la tuya. Se ha encargado otro modelito». «¡Maldición!»—rugió Pablo.

Y así diciendo, los dos sufridos señores de la prehistoria pasaron con cara feroz a la salita donde se encontraban sus lindas esposas. «¡Vamos a ver! —vociferaron a dúo los iracundos señores—. De una vez para siempre, ¿quién es el amo y señor de nuestra casa?»

Aquellas sabias palabras tuvieron la virtud de disipar el furor de los ofendidos y hacer que la satisfacción volviera a ellos. Los señores de Mármol se despidieron hasta el día siguiente y en el hogar de los Picapiedra quedó asentada la deliciosa paz.

«No hay café, Pedrín adorado»—confesó sonriente la atildada y elegante esposa. «Supongo que lo harás ¿verdad, Wilmita?» «No me has entendido, querido. He pretendido decirte que desde hoy, queda suprimido el café en esta casa. Acropolio, el tendero de la esquina, me ha anunciado...

«¿Te afliges ahora, pobre amigo?—preguntó don Pedro, saliendo del lecho con nueva moral—. No es hora de lamentaciones. Demostremos que somos hombres. Nuestras esposas son dos manirrotas de tomo y lomo. ¡Vamos ahora mismo a demostrarles que la autoridad reside en nosotros!»

«¿Y quién va a ser, queridos mariditos nuestros —contestaron las esposas, entonando también un dúo encantador—. sino vosotros? Sois amos, señores, reyes, príncipes y soletes, todo en una pieza. Nosotras, pobres esclavas, lo único que somos es vuestras humildísimas administradoras.»

Más, por desgracia, aquella paz octaviana no había de durar mucho. Justo lo que tardaron los esposos en cenar. Don Pedro Picapiedra gustaba de saborear todas las noches esa infusión, más o menos aromática, que en nuestros tiempos se llama café. Pero aquella trágica noche...

...que desde mañana sube media loseta. ¡Es un escándalo! ¡Si la vida sigue subiendo así, no sé dónde vamos a llegar! Y como siempre te estoy oyendo que hay que reducir gastos y a mí no me gusta el café, pues he decidido suprimirlo radicalmente. Es un gasto superfluo...»

¡Eso sí que no, regruta! —tronó don Pedro—. Acabas de asegurar que yo soy el dueño en esta casa y, sin embargo, eliminas por tu cuenta un modesto placer de mi vida trabajadora y honrada. Pues óyelo bien de una vez y para siempre. En este hogar, el único que abro la boca...

Debemos confesar, no obstante como aclaración para nuestros queridos lectores, que la hacendosa señora de Picapiedra se distinguió de soltera en las competiciones deportivas. Todo esto lo recordó demasiado tarde el desdichado hombre tiesto. Extrajo con apuros el...

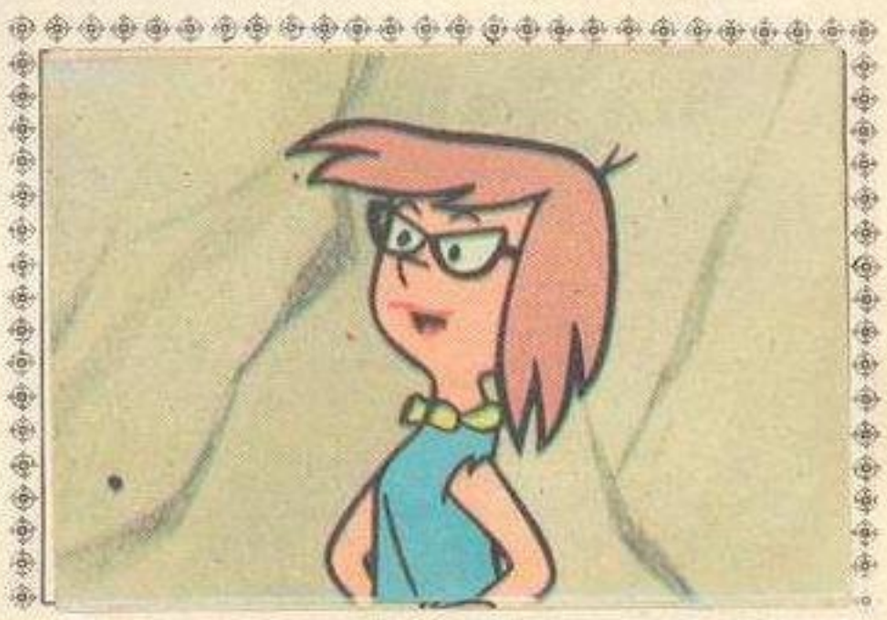
Al otro dia, los dos señores se reunieron en el garaje. «¿Qué estarán tramando estos dos pillines?» —se decían intrigadas las esposas—. «No han ido a trabajar y llevan un gran rato encerrados. Vigilemos como quien no quiere la cosa». Pronto supieron a qué atenerse las...

Entonces la elegante señora de Picapiedra perdió la serenidad durante unos instantes. «¡Le voy a coger a ese sinvergüenza y le voy a sacar los ojos...!» «¡Calma, amiga mía —aconsejó la señora de Mármol—. Empleemos sus mismas armas y vayamos tras ellos. ¡Será una agradable velada!»

¡Uhhh..! ¡Uhhh!» No pretendáis que don Pedro diga otra cosa que «¡Uhhh!» ¡Ya veis qué horrible desgracia le ha ocurrido! Tanto ha abierto la boca, que su dulce esposa no ha podido resistir la tentación de lanzarle un doméstico florero, que ha encajado con precisión maravillosa.

...florero, mientras su ocurrente esposo se deshacía en un torbellino de argentinas risas. «¡Ji! ¡Ji! ¡Qué facha! más ridícula tienes, maridito mío!» ¡Ah! ¡Pero aquella ofensa no podía quedar así! ¡Don Pedro tenía amor propio! ¿Quién es el malandrín que osa dudarlo?

...preocupadas consortes. ¡Allí estaba la explicación del misterio! El coche de don Pedro salía del garaje con los dos amigotes a bordo. ¡Era indudable que habían roto las cadenas de la opresión! ¡Estaban decididos a divertirse por todo lo alto en la ciudad!

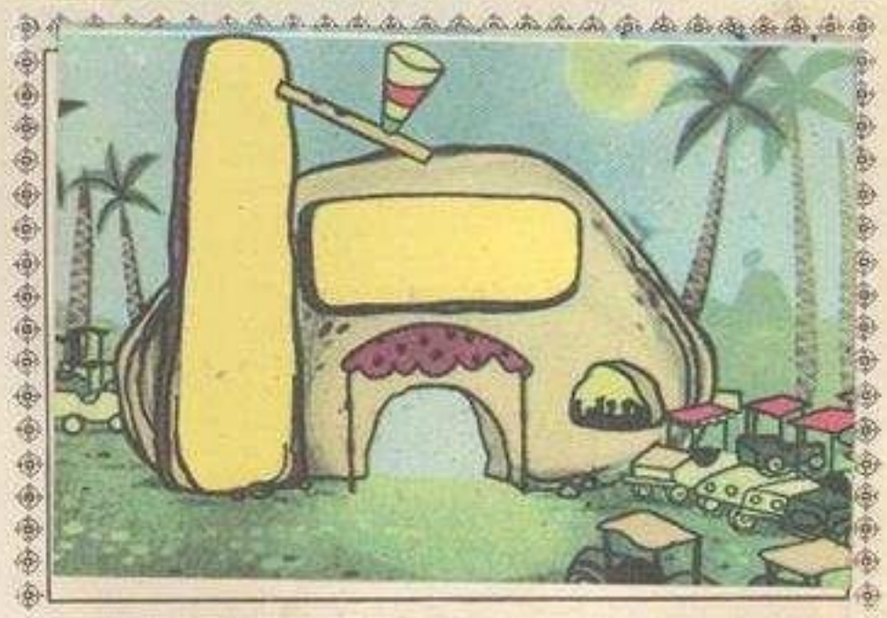


Lo primero que hicieron las buenas amigas, fue despeinarse, que es exactamente lo que hacen en nuestro tiempo las señoras cuando dicen que están muy bien peinadas. Con aquellas greñas colgando, sus mejores vestidos y unas estrambóticas gafas, adquirieron un despampanante...

...aspecto moderno. «Ahora al coche vuestro, Betty»—exclamó Wilma, decidida a todo. «Van a saber esos idiotas lo que es quebrantar la disciplina hogareña y tomar determinaciones arriesgadas por su cuenta. ¿Cuándo se van a convencer los hombres que son nuestros lacayos?»

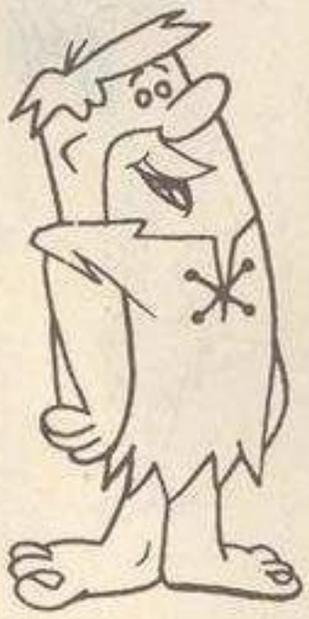
Instantes después, las dos señoras seguían las huellas de sus emancipados esposos. Nadie puede negar que se trataba de dos mujeres de rápida acción. «¡Qué sorpresa más agradable vamos a dar a nuestros mariditos»—decía Wilma, mientras destrozaba nerviosamente su precioso pañuelito.

Don Pedro y don Pablo sentían en aquellos momentos el más saludable optimismo. «Lo principal—decía el primero—, es que hemos enseñado a nuestras esposas que el principio de autoridad reside en nosotros». El infeliz ignoraba qué terribles nubes se cernían sobre sus cabezas.



El «Rockland» era por aquellos tiempos la sala de fiestas más acreditada. Se había incorporado decididamente al arte prehistórico, del cual tenemos en nuestros días abundantes pruebas en los numerosos festivales, llamados con muy poca propiedad, «de la canción moderna».

En aquella edad remota también salía un señor muy serio a anunciar por el microrroca que la gran estilista de la canción, triunfadora en multitud de escenarios mundiales, les hacía el gran honor de actuar para ellos. Todo eso lo estáis viendo en el dibujo, ¿verdad?

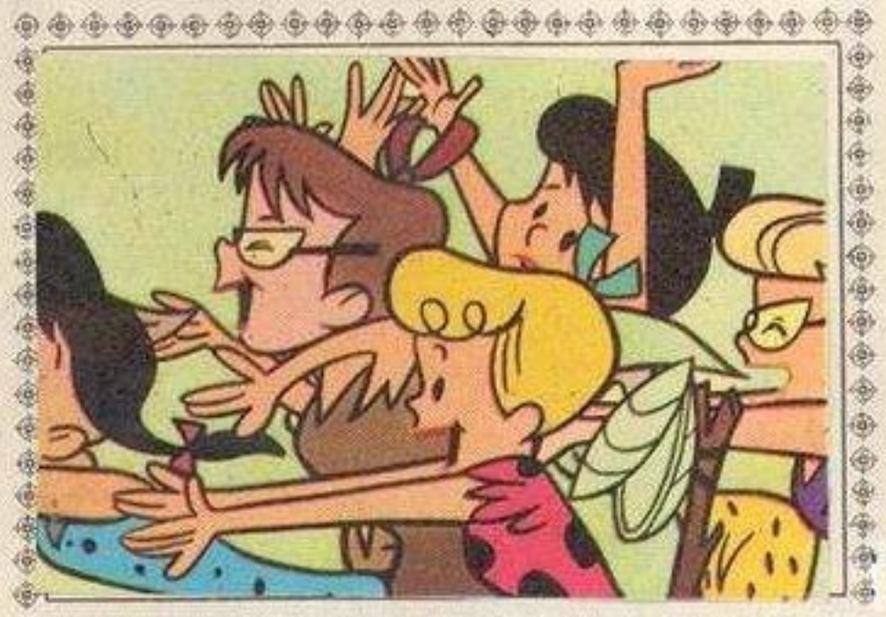


Pues aquí tenéis ahora a la gran estilista, etcétera, etcétera, lanzando graznidos horrendos y lastimeros aullidos en un idioma extraño o, si es en el propio, desfigurando las palabras para estar a tono con lo que se estila. Y ahora preparaos a recibir una gran sorpresa.

¡Mirad quén está al frente de la batería! Nada menos que nuestro dilecto amigo y sufrido esposo, don Pablo Mármol. ¡Ved su habilidad maravillosa para emitir los mismos ruidos que un taller de calderería en pleno funcionamiento! Abrir aún más la válvula de vuestro asombro...

¿Conocéis a este arrogante y atrayente cantante que actúa ante el «micro» con el más depurado arte y poniendo una cara de idiota que tumba de espaldas? ¡Tendría gracia que por las desavenencias conyugales descubriéramos ahora una deslumbrante estrella de la canción!

¡Claro que don Pedro Picapiedra resultaría una estrella un poco gruesa! Pero ya veis qué contorsiones más maravillosas, qué forma de alargar su corto cuello para lanzar esos gritos guturales que en la época prehistórica, y en la nuestra, hacen las delicias de la nueva ola.

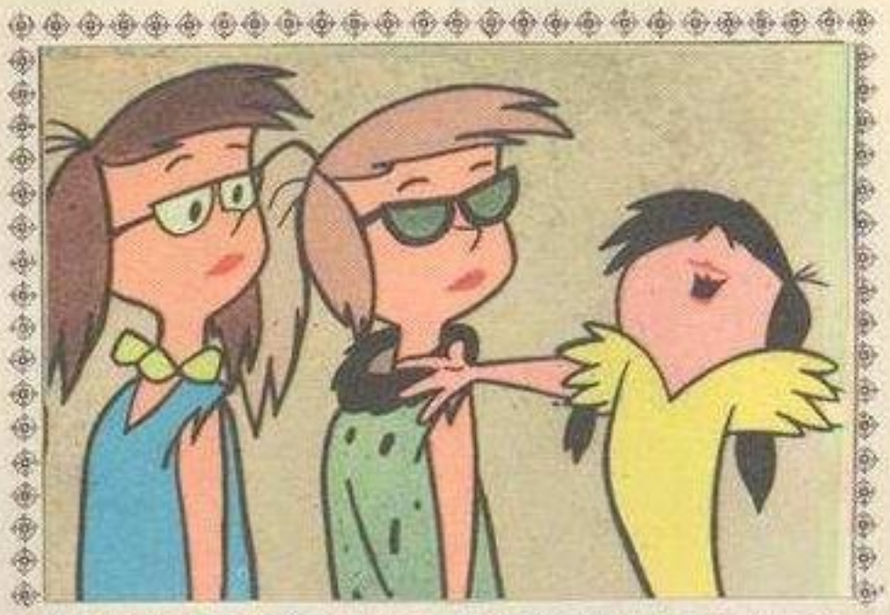


Y ahora mirad a las frenéticas admiradoras de los geniales artistas. Piden autógrafos a sus ídolos, aunque saben que los van a tener que transportar a hombros hasta sus cavernas. (No a los ídolos, sino a los autógrafos. Ya sabéis como se escribía en aquellos tiempos.)

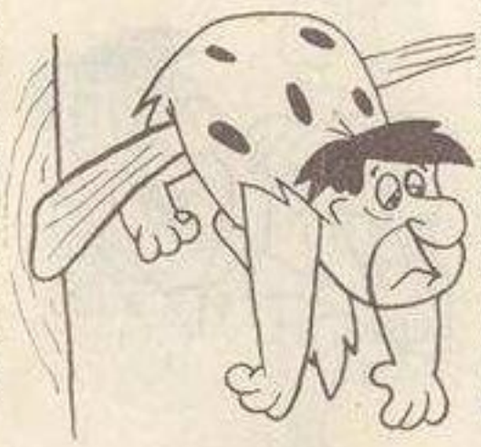
Los dos amigos intentaron huir aprovechando que el director de la orquesta prehistórica estaba interpretando un solo de pipafono y había logrado ya adormilar a los espectadores. Pero Wilma y Betty aún velaban y creyeron llegado el momento de iniciar su ofensiva.

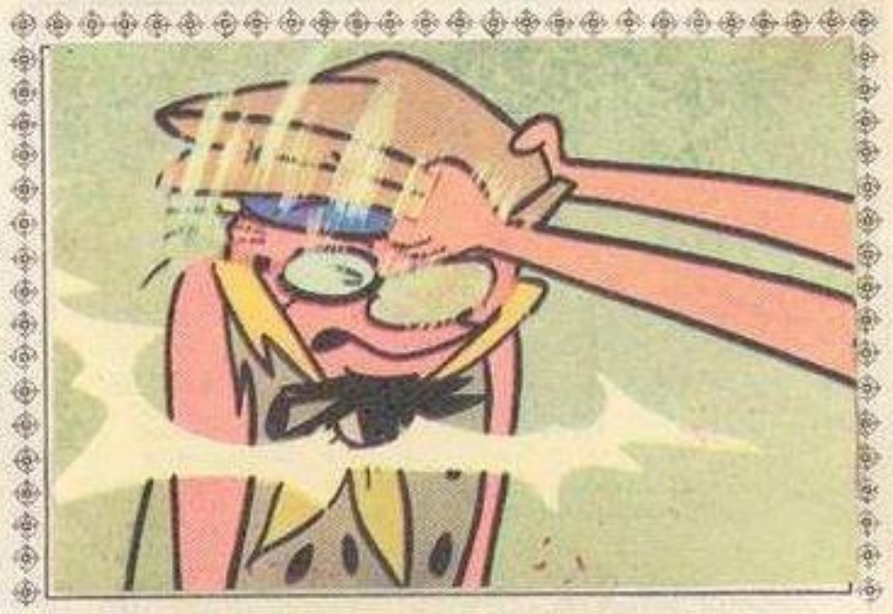
Cuando los tuvieron debidamente arrinconados, creyeron llegada la hora de advertirles que las tonterías ya habían terminado y que al otro día tenían que madrugar para acudir a sus trabajos. «¿Os parece a vosotros bonito estar aquí derrochando el dinero de casa?» terminaron...

¡Hola! El que asegure de vosotros que «eso» que está a la derecha del dibujo es una gaviota en pleno vuelo, se equivoca. Se trata nada menos que de Siribita, otra gentil intérprete de la canción. Pero fijaos en lo que está a la izquierda. ¡Han llegado las señoras! ¡Peligro!



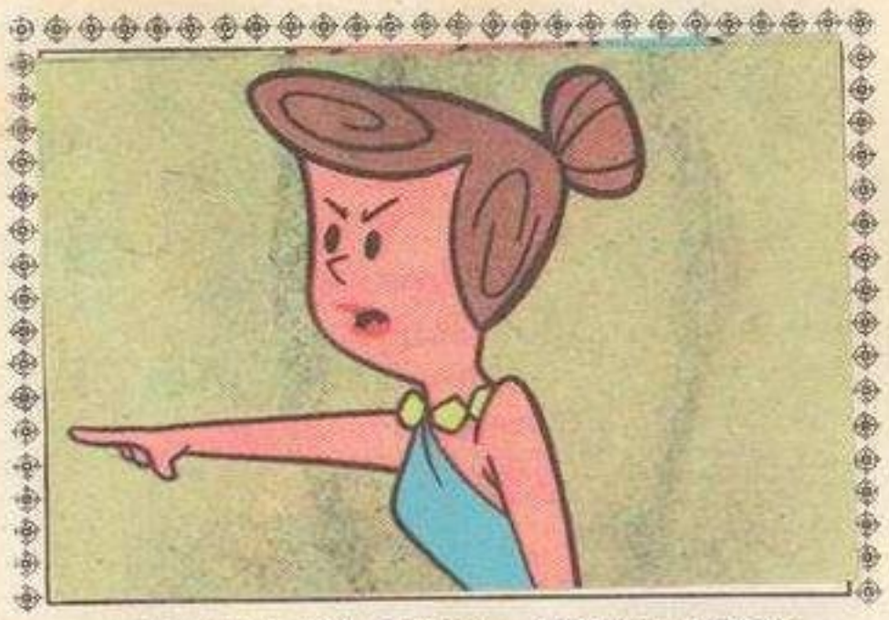
La sorpresa cumbre se la llevó don Pedro Picapiedra, cuando avanzó hacia él una dama en solicitud de su autógrafo. Aquella cara... ¿Dónde había visto él aquella cara? «¡Deseo su firma, genial Perico! —decía aquella señora—. ¿Dónde está el no menos genial Pablín?





De improviso cayeron sobre las cabezas de los dos compinches una infinidad de bolsazos. ¡Bolsazos, sí! Las señoras emplearon sus bolsos para reducir a los desmandados y lograron un gran éxito, pues dentro guardaban media docena de tarjetas de visita de aquellos tiempos.

...las señoras. «¿Quién es aquí el que derrocha —exclamaron furibundos los molidos maridos—, sino vosotras? Todo lo que ganamos lo convertís en ridículos trapos. Las facturas nos agobian y los acreedores forman una larga hilera en nuestra puerta todos los primeros...



...de mes.» «¡A callar! —gritó la señora de Picapiedra—. No hacéis más que cumplir con vuestras obligaciones de cabezas de familia.» Ya habían llegado a casa y aún seguían las discusiones. «Y mañana —intentó imponerse Wilma—, los dos a portarse como buenos chicos.»

«Señores y señoras— continuó el nuevo mago, una vez que se hubo provisto de negra capa y brillante chistera—, ante ustedes el Gran Roquini que va a desarrollar un completo programa, basado en su misterioso poder sobre el resto de la humanidad doliente.

...ustedes que ha perdido su forma. El número siguiente va a consistir en retirar un lienzo colocado bajo esta serie de objetos frágiles, sin que sufran el más ligero desperfecto. Para realizar esta maravillosa hazaña, se necesita una admirable sangre fría y un pulso...

...porvenir, voy a tenderme en este cómodo sofá.» Así lo hizo don Pedro Picapiedra. Aquel día era sábado y a la tarde no tenían oficina. El jardín estaba separado del de su amigo por un muro de piedra. De pronto, creyó ver de reojo un cuerpo extraño que se elevaba y...

«Eso quedará para el débil Pablo — exclamó triunfante Pedro. Yo me he convertido en un artista polifacético y en lo sucesivo viviré de mi arte. Y para convenceros de ello, voy a efectuar una exhibición de ilusionismo y prestidigitación que os va a dejar boquiabiertos.»

Vean ustedes. En esta mano sostengo un huevo que va a desaparecer a la vista de ustedes. Va a perder su forma, su substancia, su... todo. Ahora cierro la mano lentamente... ¡Así! ¡Ay! La he cerrado con demasiada fuerza... ¡Se ha hecho papilla! Pero no me negarán...

...perfecto. Se toma el lienzo, se da un tirón seco y rápido... ¡Ya está! ¡Ya está todo hecho trizas! Creo que ha habido un pequeño error de precisión... Esto me demuestra que mi camino no se halla en el ilusionismo... ¡Todo ha sido una ilusión! Para recapacitar en mi...

...desaparecía incesantemente. Volvió la cabeza don Pedro y contempló asombrado a don Pablo, que se mantenía en el aire unos instantes en posición horizontal a poca distancia de él, y luego se esfumaba tras del muro. Cuando aquel extraño fenómeno se repitió unas cuantas veces...

...don Pedro comenzó a observar un resquemor dentro de él. «¿Y si resultara al final —se dijo el buen señor—, que ese cretino es más ilusionista que yo, y puede con su arte satisfacer los lujos de su esposa? Pero esto lo aclaro yo en seguida.» Y pasando al otro lado...

Al principio todo fue bien. Don Pedro Picapiedra subía una corta distancia, para caer después dulcemente sobre la resistente tela y ser elevado nuevamente. Don Pablo Mármol sonreía pacíficamente desde el suelo, viendo a su amigo dedicado al infantil deporte.

Don Pedro no se daba cuenta de una cosa. Pesaba tanto su corpachón, que la violencia de la caída elevaba su importante persona cada vez a mayor altura. Tardaba mucho en bajar y, cuando lo hacía, parecía un bólido que salía disparado al instante de llegar.

...Don Pablo cerró los ojos. No quería presenciar la catástrofe. Bastante tendría con dar cuenta a la viuda del triste final. En ese instante le pareció que le llamaban desde la altura. Levantó su cabeza y, con gran asombro, contempló a su amigo colgado de la rama de un...

...del muro halló la explicación del misterio. Don Pablo Mármol se entretenía en hacer votar su cuerpecito serrano sobre una tensa lona, atada a cuatro estacas clavadas en el suelo. «¡Eh, amigo! —pidió don Pedro—. ¡Que ahora me toca a mí hacer prácticas de cosmonauta!»

«¡Esto es vivir! —exclamaba don Pedro cuando iba por el aire—. ¡Me siento ligero y leve como una grácil golondrina! ¡Eup! ¡Otra vez arriba! ¡Eup! ¡Ahora quisiera que me viera mi esposa! ¡Siempre me está diciendo que nunca asciendo! ¡Creo que hasta me están saliendo alas!»

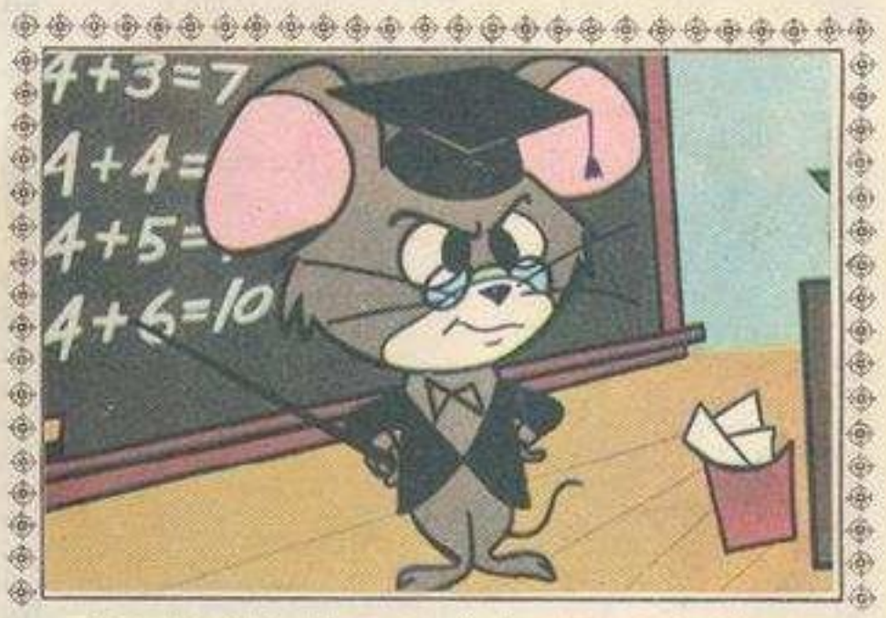
Su íntimo, don Pablo Mármol, estaba realmente preocupado. «¿Y cómo le paro yo a este hombre? A este paso, dentro de nada sube hasta la luna.» De improviso, sucedió lo inevitable. Una fuerte ráfaga de viento envolvió en su remolino al desdichado don Pedro y...

...altísimo árbol. «¡Eh! ¡Pablo! —gritaba el honorable don Pedro Picapiedra—. ¡Tampoco está mi porvenir en los vuelos! Dile a mi esposa que, o me baja de aquí, o se le acabaron los vestidos para toda su vida... ¡Y tú y yo, ya sabes! ¡El lunes a la oficina!»

el ratón Volador

El malo de esta historia es el Sr. Jinx, aunque otra cosa os pueda parecer al verle con ese aspecto estudioso e intelectual. Pero ¿sabéis cómo se llama el librito que está leyendo? *Dos mil quinientas formas de cazar ratones*. Se trata de un gatazo pendenciero y juguetón.

El Sr. Jinx era la sombra negra del ratoncito Profesor y de todos sus alumnos. Cuando menos lo esperaban, caía sobre ellos como un terrible alud, sin respeto alguno para la enseñanza. Por aquellos días, otra sombra negra se había presentado en la vida del Profesor.



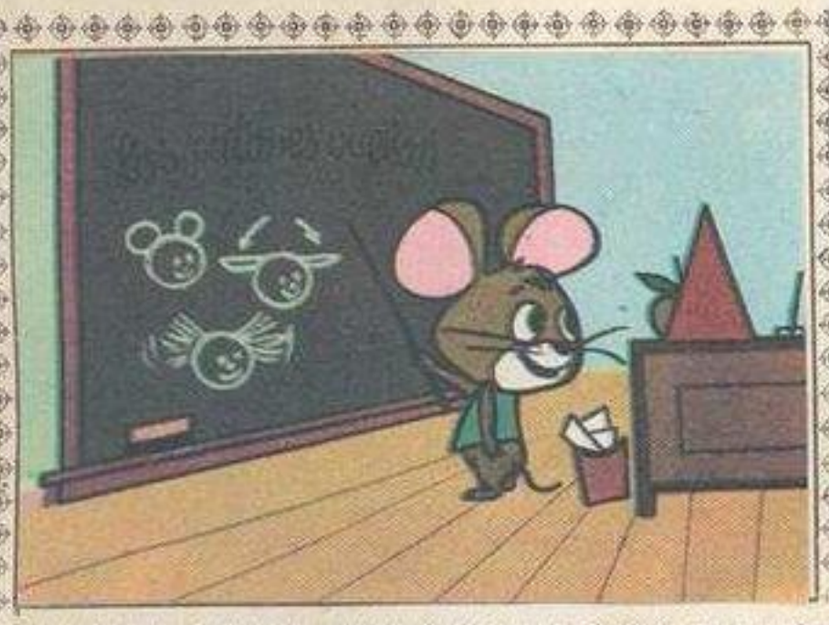
Se trataba de un diminuto ratoncito, llamado Dixie, que habiendo sido hasta ahora muy aplicado, se distraía en las clases enormemente. Siempre que el Profesor estaba ante el encerado, explicando una lección, y dirigía su vista al ratoncito, lo hallaba enfrascado en la lectura...

...de un extraño libro que llevaba un título rarísimo: *Cómo volar*. Además de lo que molestaba al Profesor que sus lecciones no fueran atendidas, le intrigaba aquel tema tan descabellado. Y, tanto es así, que decidió consultar su enciclopedia sin decírselo a nadie.

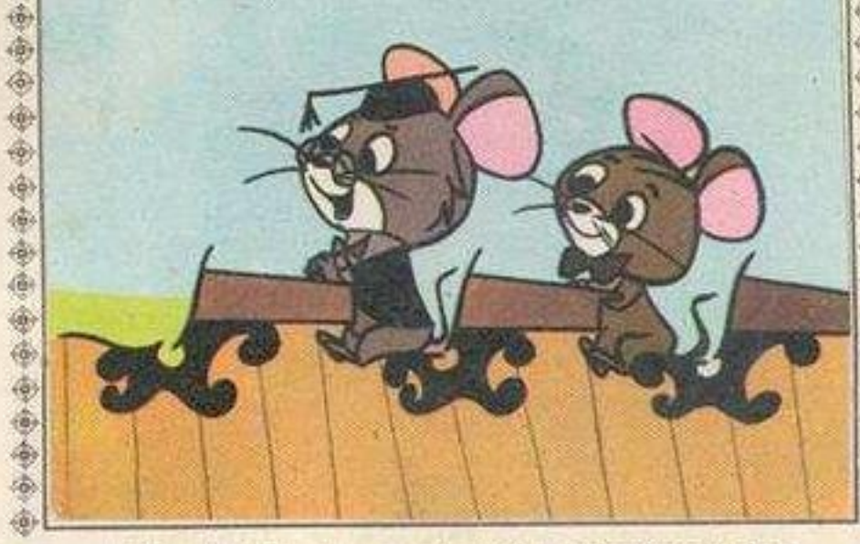
En aquella obra que encierra todo el saber, el Profesor vio confirmadas sus creencias. No existían ratones voladores. Todo eran fantasías de mentes calenturientas. Mas como el Profesor de nuestra historia, era además un caballero, tuvo deseos de escuchar las explicaciones...

...de aquel ratoncito y al otro día, durante la clase, se dirigió a él en la siguiente forma: «Alumno Dixie, ¿tendría usted la bondad de desarrollar en el encerado, en presencia de sus condiscípulos y en la mia propia, esas atrevidas teorías que sustenta?»

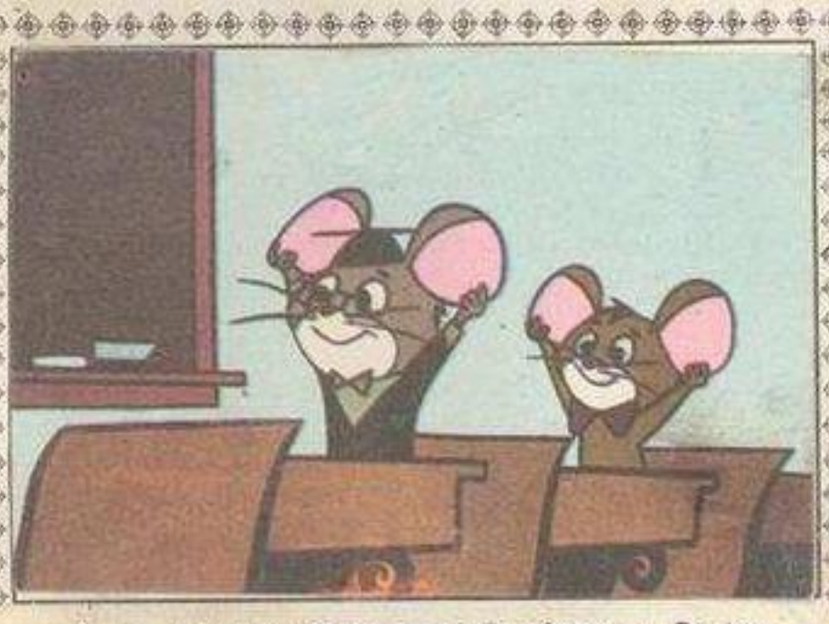
«Sí, señor —respondió el ratoncito—. ¡Con mucho gusto!» Entonces Dixie pasó al encerado y el Profesor, como un alumno más, se acomodó en uno de los pupitres de la clase. «El vuelo de los ratones —comenzó diciendo al ratoncito—, se basa en las amplias orejas que poseemos.



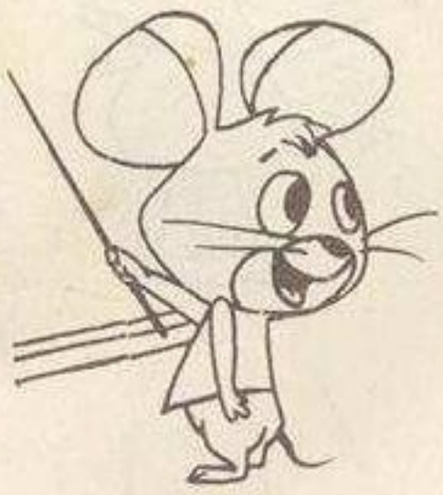
Los pájaros se mantienen en el aire por medio de las alas, que manejan diestramente. Si nosotros pudiéramos mover nuestras enormes orejas con la habilidad que lo hacen las aves, estoy completamente seguro que todos los ratones llegaríamos a volar igual que lo hace un majestuoso gavilán.»



«¡Bien! ¡Bien! —exclamó el Profesor desde su sitio—. Todo eso está muy bien... en teoría. Pero ahora llevémoslo a la práctica. ¿Quién de nuestra especie es capaz de volar?» «Un servidor, Profesor —contestó Dixie—. Y usted mismo, y hasta Pixie, que está sentado detrás de usted.»



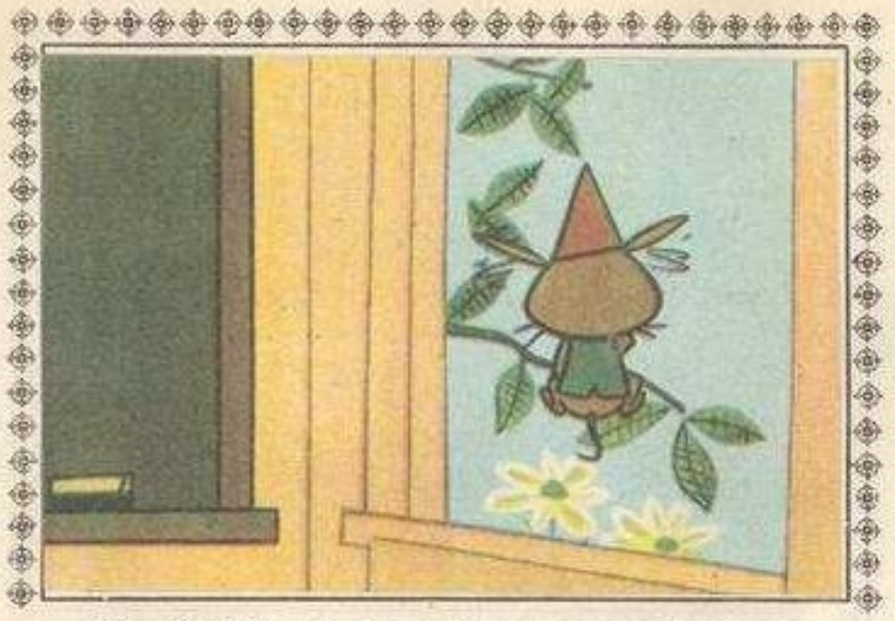
A un mismo tiempo, el Profesor y Pixie, comenzaron a palparse sus orejas, y siguiendo instrucciones del avispado Dixie, iniciaron con ellas un movimiento rítmico. En la clase, solamente se oía el aleteo, mejor dicho, orejeo, de los que creían en las palabras de Dixie.



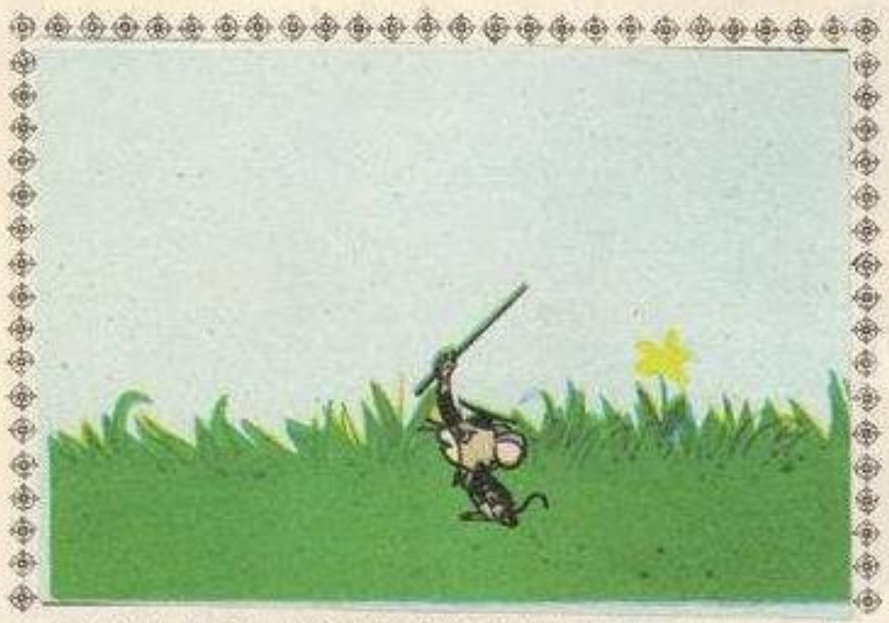
Al principio, la única sensación que notaron los iniciados, fue que ellos mismos se estaban sopapeando la cara. El Profesor era el que lo hacía con más atención y cuidado. En cambio, Pixie, es estaba propinando él mismo una paliza terrible y ya pensaba en abandonar el ejercicio.

De pronto el Profesor se elevó por el aire de la clase y fue en un corto vuelo hasta su mesa. ¡Luego era cierto! ¡Se podía volar! ¡Aquél era el descubrimiento más sensacional de la sufrida familia ratonil! «¿Ve usted, Profesor? Ahora sólo le faltan unos meses de práctica.»

El día es espléndido —continuó Dixie—. Les voy a hacer una demostración completa de cómo puede volar un ratón. Un servidor empezó como usted, Profesor. Hoy soy una rauda golondrina... con rabo. Domino el espacio y hasta planeo cuando llega la ocasión. ¡Véanlo!»



Y así diciendo, tras de encasquetarse su puntiagudo sombrerito, dio un ágil salto, y, como una gentil mariposa, se posó en una cercana rama; de allí se trasladó a un rosal en flor. Luego, cuando vio ante sí el espacio abierto, emprendió el vuelo hacia la altura.



El Profesor estaba entusiasmado. Siguiendo con la vista las evoluciones del ratón volador, salió al campo y anduvo bastante distancia tras Dixie. De pronto, una inmensa sombra se interpuso. «¿Habrá eclipse?» —se dijo el Profesor. Pero no. No era eclipse...

Dixie, desde el aire, lo estaba viendo todo. Cuando observó que su querido Profe estaba en tan terrible peligro, dio un seco frenazo y se dispuso a actuar con la urgencia que el caso requería. El sabía que la aviación puede decidir una batalla. Bajó planeando como...

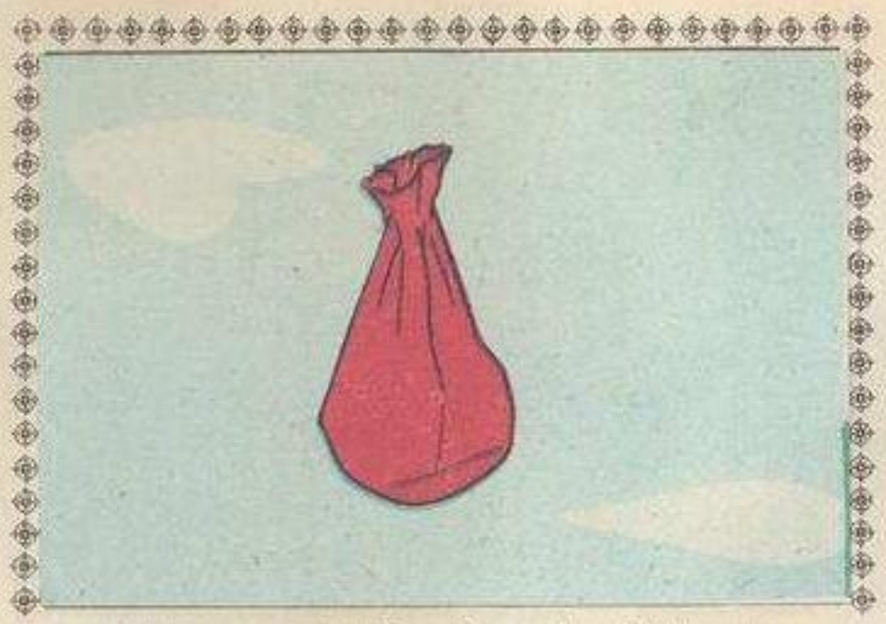
Mientras tanto, el Sr. Jinx había conseguido su primer objetivo, que era atrapar al Profesor. El muy abusón lo tenía cogido con una de sus garras, y apretaba..., apretaba... El pobre ratoncito se sentía asfixiar. De improviso, el gato miró hacia arriba y vio una esfera blanca...

El Profesor y Pixie le miraban maravillados. «¡Es formidable —exclamó este último— la hazaña de Dixie! De todas formas, prefiero no saber volar. Si un día sufre de calambres en las orejas, cae en barrena y se pulveriza. ¡También los motores de los grandes aviones se paralizan!

«¡Aparta de ahí, bellaco! —vociferó el Profesor—. ¡No me dejas ver!» «Bellaco, ¿eh? —repitió el Sr. Jinx amenazador—. Pues ahora no voy a dejar de ti, ni el sombrero.» Y disponiendo sus feroces garras, el gigantesco gato se lanzó como un tigre de Borneo contra el docto ratoncito.

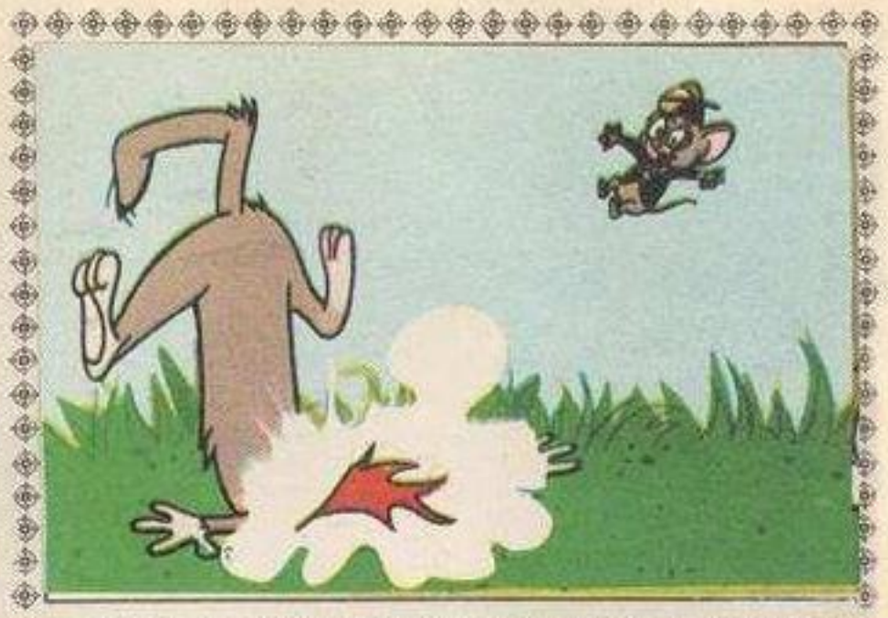
...una flecha hasta un grifo que se empleaba para regar el jardín. Tomó una bolsa de papel, la llenó de agua, y, asiéndola con las dos manos, emprendió nuevamente el vuelo con gran trabajo, pues resultaba un peso excesivo para su pequeñez. ¡Mas el tesón todo lo puede!

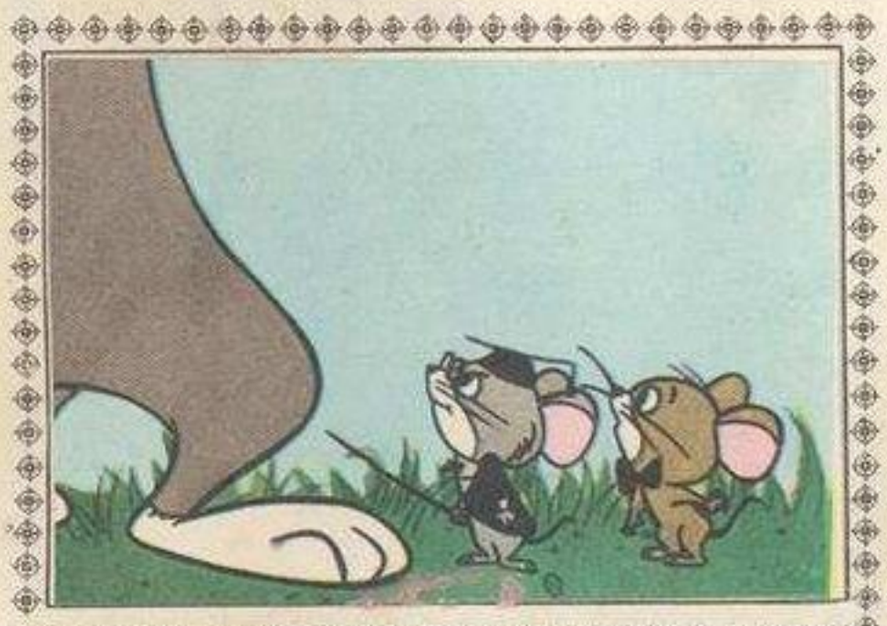
...sobre su cabeza. «¡Qué pronto ha salido la luna hoy!»—pensó el Sr. Jinx. Pero nosotros sabemos que no era la luna, sino el esforzado Dixie que, a base de sudores y fatigas, había logrado situar la bomba hidráulica sobre su objetivo. «¡Uf! ¡No puedo más! —gemía el ratoncito—...



¡Creo... que ha llegado... el soñado momento! ¡Suelten bomba!» Y abriendo sus pequeñas manos, dejó escapar el líquido proyectil, que descendió como un bólido, mientras un profundo suspiro de satisfacción se escapaba del pecho del ratoncito volador. ¡Se había quitado un buen peso de encima!

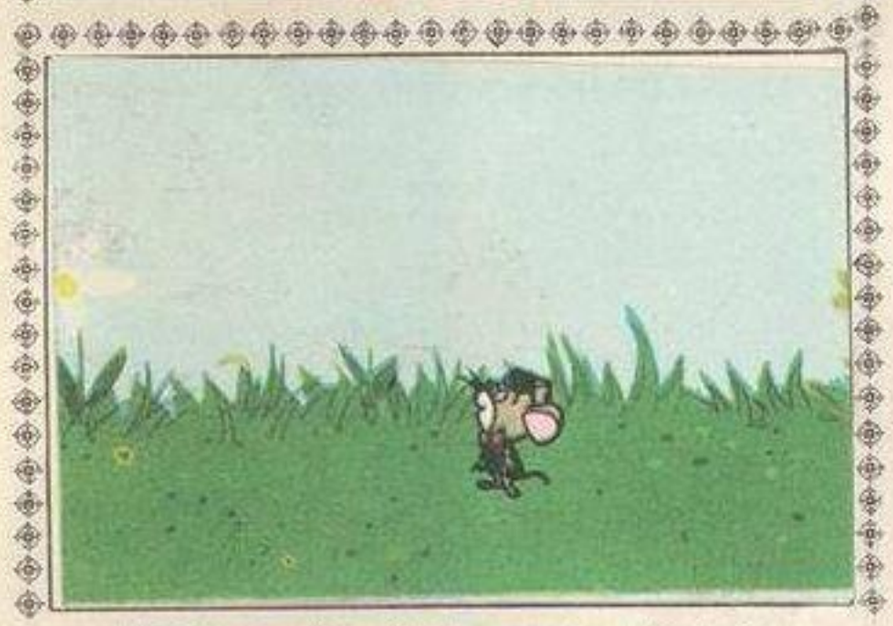
El Sr. Jinx sólo pudo lanzar un «¡Fuuu!» prolongado, cuando aquel torrente explotó sobre su cabeza, haciendo que sus narices se estrellaran contra el suelo. Al mismo tiempo soltó al Profesor, que se reunió con Pixie, el cual llegaba en aquellos solemnes momentos.



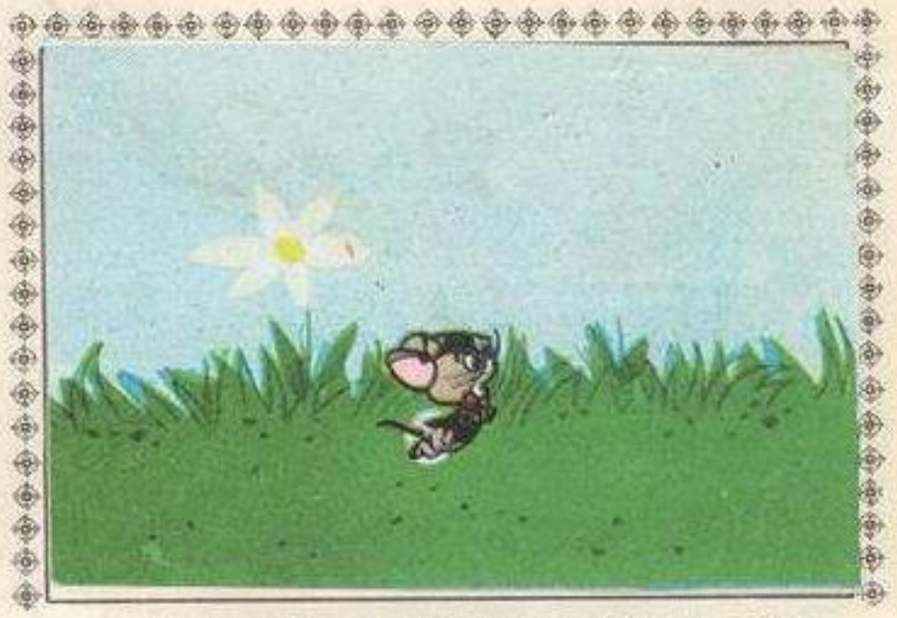


«¡Te está muy bien empleado, por majadero! —exclamó el Profesor, colocándose junto a los pies del gato, una vez que éste se hubo levantado—. Eres nuestra constante pesadilla y alguna vez tienes que encontrarte con la horma de tu zapato. ¡Que te sirva de escarmiento!»

«¿De escarmiento dices, miserable roedor? —maulló el enfurecido minino—. Ahora mismo te voy a coger y vas a quedar convertido en un colador... Y a continuación aplastaré a tus condenados alumnos... ¡A los que vuelan y a los que no vuelan! ¡Malditos gusarapos!»



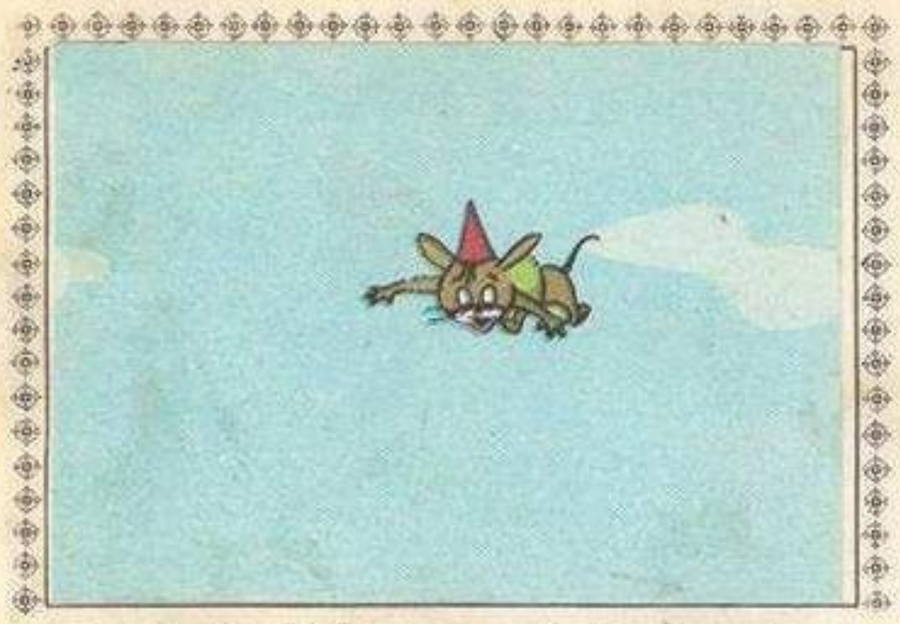
«¡Detente, Sr. Jinx! —exclamó el Profesor—. ¡No te busques más conflictos! ¡Somos pequeños... pero muchos! ¡No desencadenes la guerra civil! ¡No...! ¡No me hace! caso! ¡Corramos!» Y viendo que aquella mole con bigotes se desplomaba sobre él, el Profesor dio media vuelta...



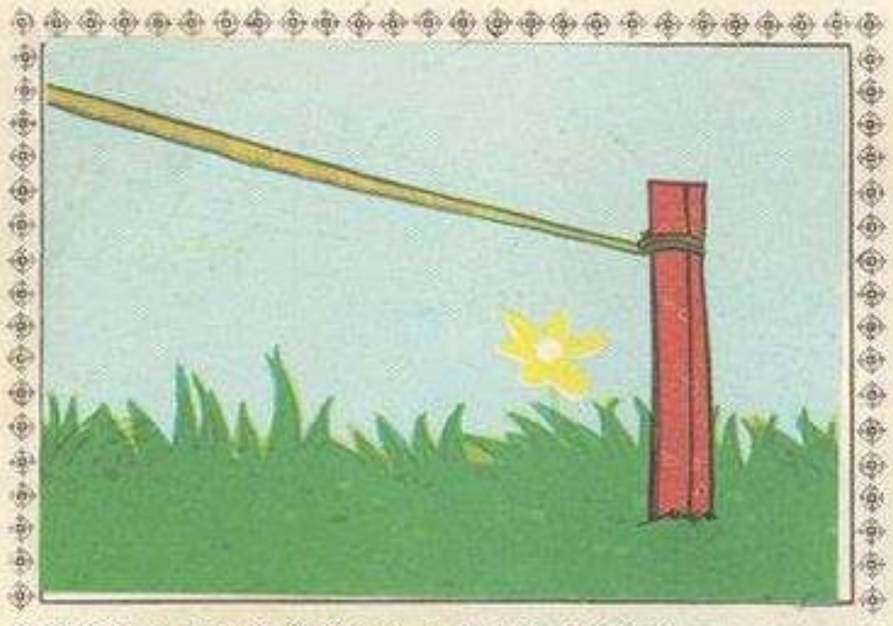
...y puso pies en polvorosa. El ratoncito sabía que, corriendo, sería pronto alcanzado por el enorme gato. Tenía que emplear la astucia. Para hacerlo así, se apartó de pronto del lugar por donde marchaba y se detuvo en seco a esperar los próximos acontecimientos.

Que no se hicieron esperar. Segundos después, el Sr. Jinx llegó lanzado. Cuando vio al Profesor inmóvil a un lado del camino, quiso parar su veloz carrera, patinó, perdió el equilibrio y al final logró detenerse unos metros más allá. «¡Maldito bicharraco —exclamó el gatazo...

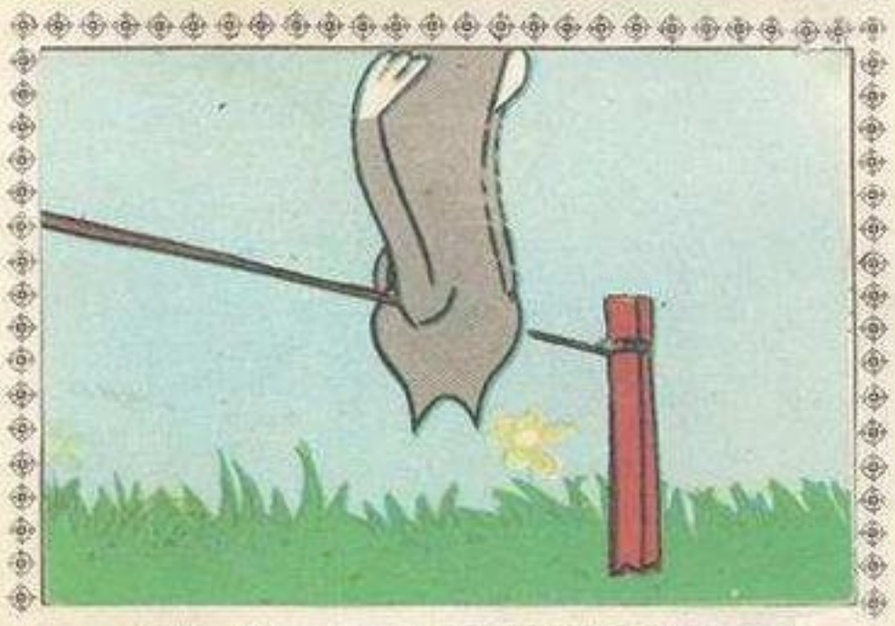
...lanzando chispas por sus brillantes ojos— miserable! ¡Te voy a perseguir hasta Tegucigalpa! ¡Y ahora no me vas a engañar otra vez! ¡Tu despreciable vida está en mis uñas!» La despiadada persecución se reanudó... El Profesor estaba agotado. El Sr. Jinx le daba ya alcance...



...cuando Dixie, que seguía atentamente desde el aire las evoluciones del Profesor, comprendió que éste iba a caer nuevamente en las garras del feroz gato. El ratoncito volador se decidió a actuar otra vez. Perdió altura con la misma elegancia que un avión a reacción...

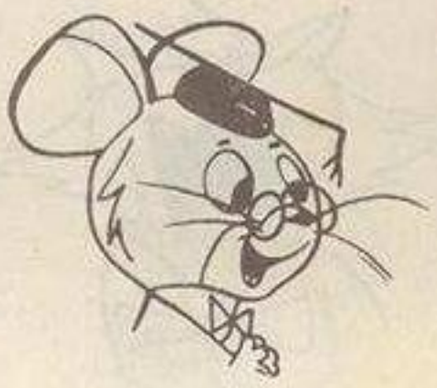


...que cruzar el Sr. Jinx en su loca persecución del Profesor. El artilugio estaba ingeniosamente dispuesto. El ratoncito volador, gracias a su diminuto tamaño, apenas era visible a aquella altura, confundido con las altas hierbas. Todo consistía en mantener la cuerda fuertemente.



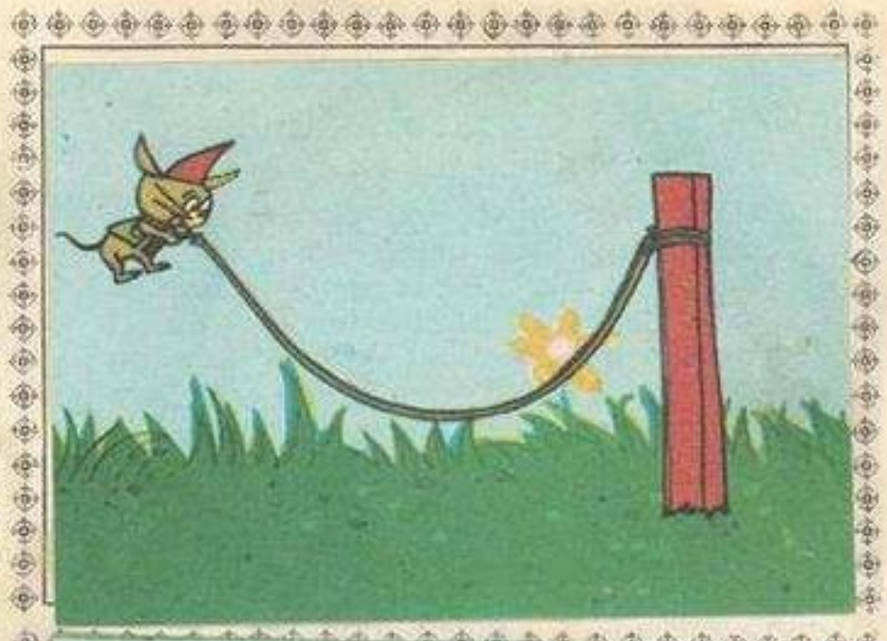
...había sido tanta, comenzó a girar sobre sí mismo como una alegre campana. Primero en una dirección; luego, cuando la cuerda volvía a su ser, en la otra. ¡Aquello era un número de circo entero y verdadero! ¡Lástima que hubiera tan pocos espectadores del suceso!

Cuando la cuerda se cansó de voltearlo, lo lanzó al suelo como una despreciable piltrafa, donde, justo es confesarlo, el Sr. Jinx recibió una espeluznante costalada. Ello, unido al horrible mareo producido por las vueltas, hizo que el gato quedara durante un gran rato sumido en...

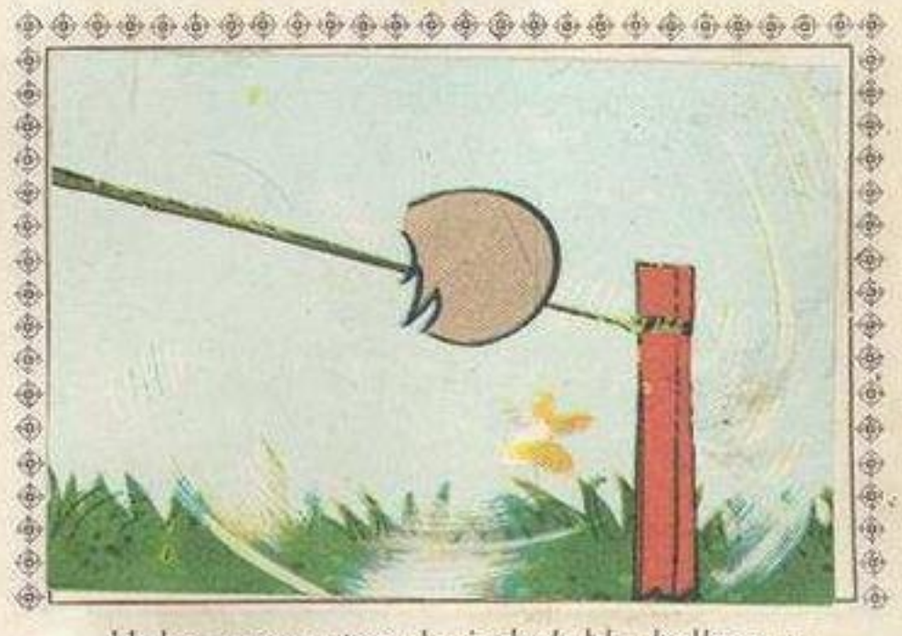


...un sueño tranquilo y reparador. Cuando abrió los ojos, tenía la impresión de haber caído desde el último piso de un rascacielos. De pronto recordó... ¡él tenía que ajusticiar en un brevísimo plazo a un ratón, a dos, a tres, a todos los ratones que vivían en los agujeros del mundo!

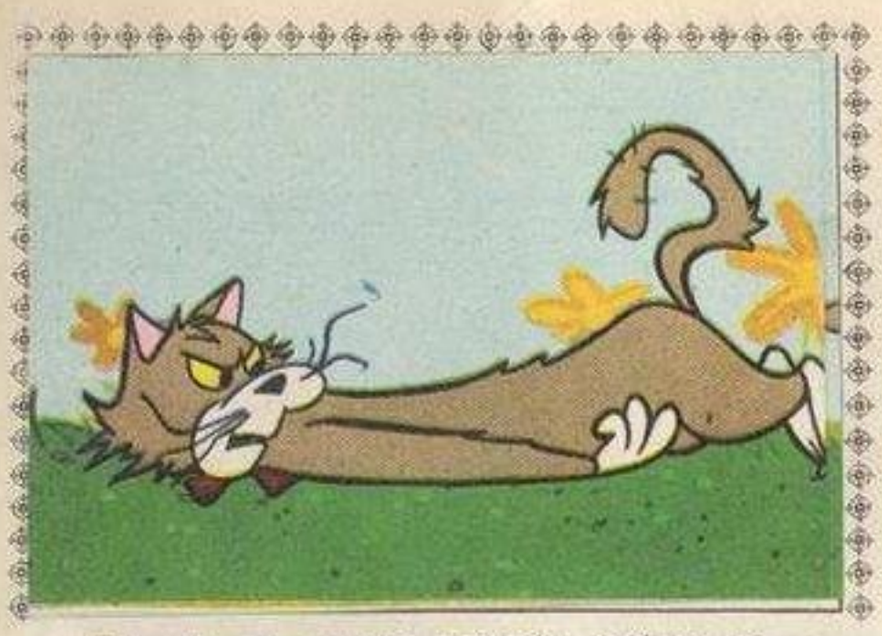
...y llegando hasta una estaca clavada sólidamente en el campo, ató una fuerte cuerda al extremo superior. Después tomó el final de la cuerda, remontó el vuelo hasta que se lo permitió su longitud, y consiguió de esta forma tensar la cuerda sobre el camino que tenía...



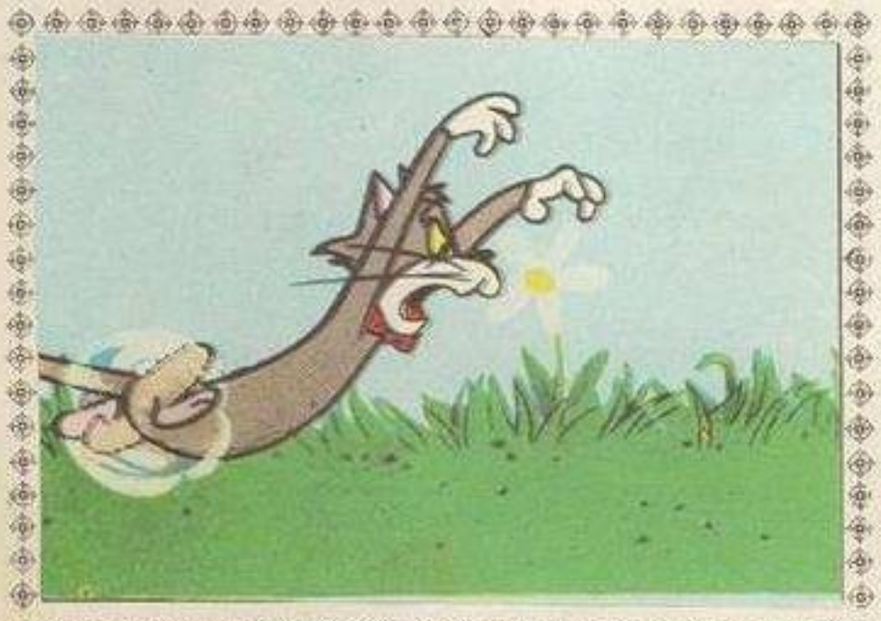
¡...a llegaban perseguido y perseguidor! El Profesor pasó bajo la trampa fácilmente... pero el Sr. Jinx quedó angustiosamente detenido por el tirante cordel que amenazaba con estrangularlo. ¡Y no pararon ahí las desgracias del iracundo gato! Como la velocidad de su carrera...



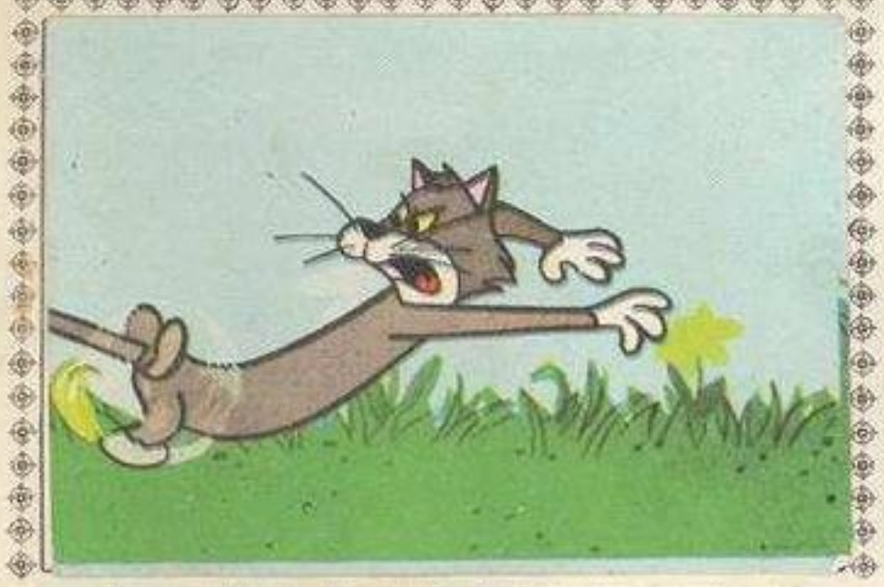
Hubo momentos de indudable belleza y auténtica emoción, cuando el Sr. Jinx, por efectos de los raudos giros, era una simple bola gris leonada, en la que no se podía distinguir, cabeza ni rabo. El ratoncito volador estaba maravillado de los efectos sorprendentes que puede causar un felino.



Estando en aquella posición, oyó un pequeño ruido. Ladeó brevemente la cabeza, y observó que a ras de las hierbas más bajas se acercaba al lugar donde él estaba tendido un objeto negro. ¡El sombrero del Profesor! ¡Ahora sí que caería en su poder! El Sr. Jinx se preparó para saltar...



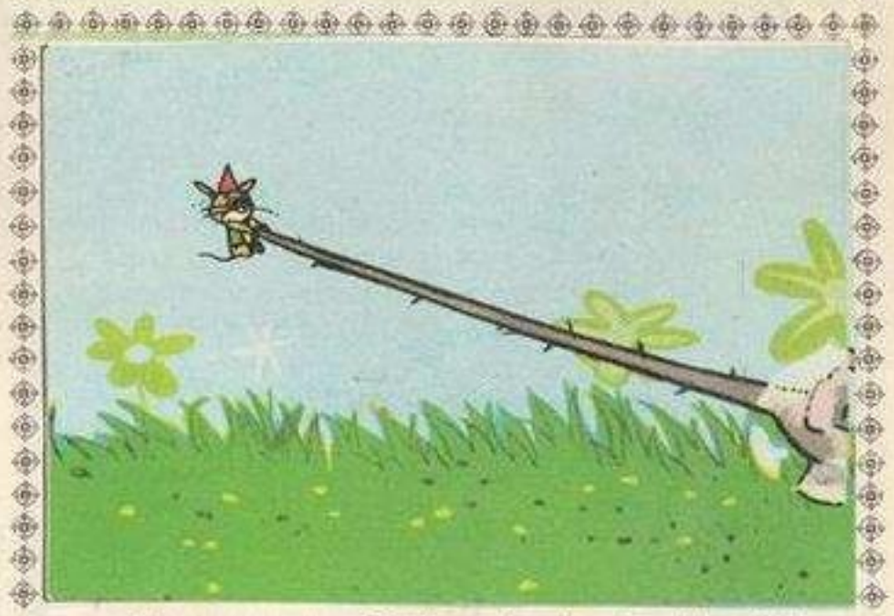
...¡Pero ya era tarde! Veía acercarse las afiladas garras del feroz animal... notaba su respiración jadeante... El Profesor se despidió de la vida ratonil... Mas ¿cómo no llegaba ya el fin? ¿Qué había ocurrido? Sencillamente: que una extraña fuerza estaba sujetando al gato por el rabo.



Pero, claro. Esa alegría no la comparte el Sr. Jinx, que, al sentirse herido, se revolvió furioso y acertó a ver al ratoncito volador. «¡Tú otra vez, condenado entrometido? Yo te voy a enseñar a respetarme de una vez para siempre. En cuanto caigas en mi poder te trituro.»

...prudencial distancia para exasperar más al Sr. Jinx. Este ponía tanto empeño en la caza, que tropezaba con frecuencia, lo cual le ponía aún más furioso. A veces, el juguetón ratoncito volador fingía asustarse por la proximidad del gigantesco gatazo, que al advertirlo...

... y cuando calculó que el ratoncito estaba a su alcance, se incorporó, dando un elástico salto, y cayó sobre su indefensa presa, confiada por creer que el Sr. Jinx seguía sin conocimiento. El susto del Profesor fue mayúsculo. Apenas pudo retroceder dos o tres pasos...



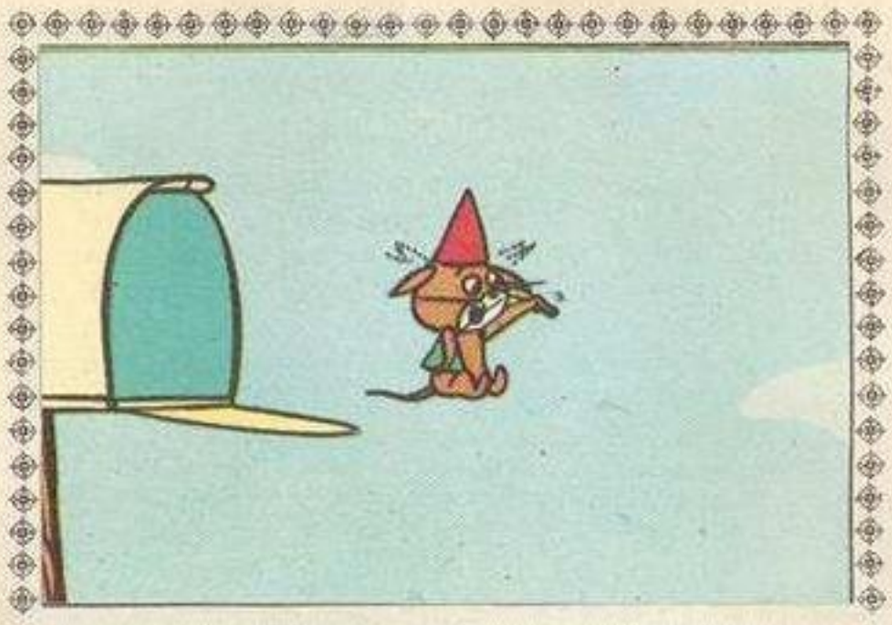
...Nuevamente Dixie salvaba la vida del Profesor. Al ver que iba a ser alcanzado por el Sr. Jinx, no se le ocurrió otra cosa que lanzarse rápido y tirar con todas sus fuerzas del rabo gatuno. Todos hemos visto que la treta dio resultado y nos alegramos sinceramente por ello.

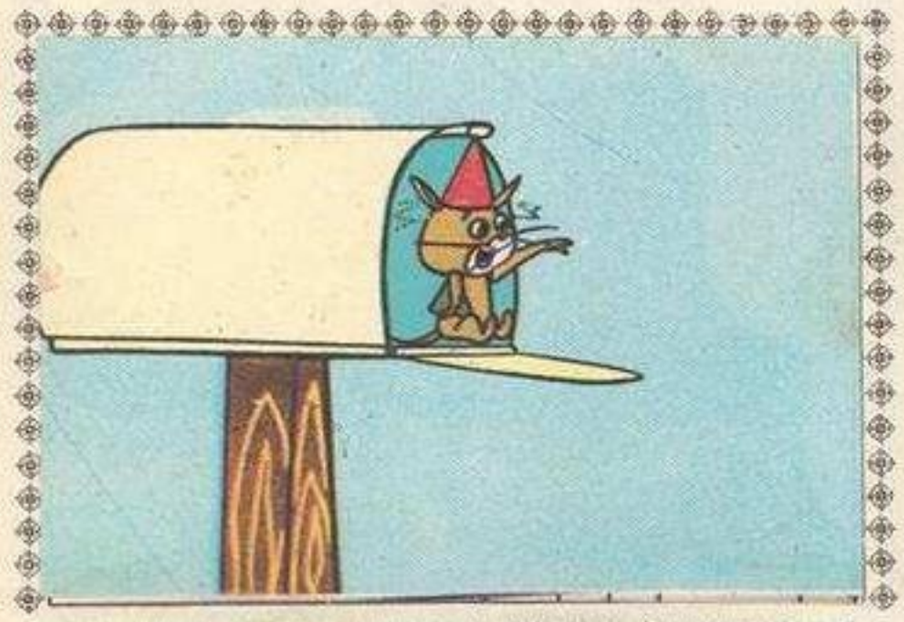
Y otra nueva persecución se inició en aquel momento. Aun cuando el ratoncito volador podía haberse remontado más, de haberlo querido, le interesaba alejar al gato de aquellos lugares y no renunciaba, además, a pasar una buena diversión a su costa. Por ello procuró mantenerse a...

...daba un desesperado salto hacia adelante, tocaba casi al ratoncito, pero no lograba apoderarse de él. El Sr. Jinx comenzaba a agotarse. Entre unas cosas y otras, estaba recibiendo una brutal paliza. ¡Mal lo iba a pasar el primer roedor que cayera en sus garras!

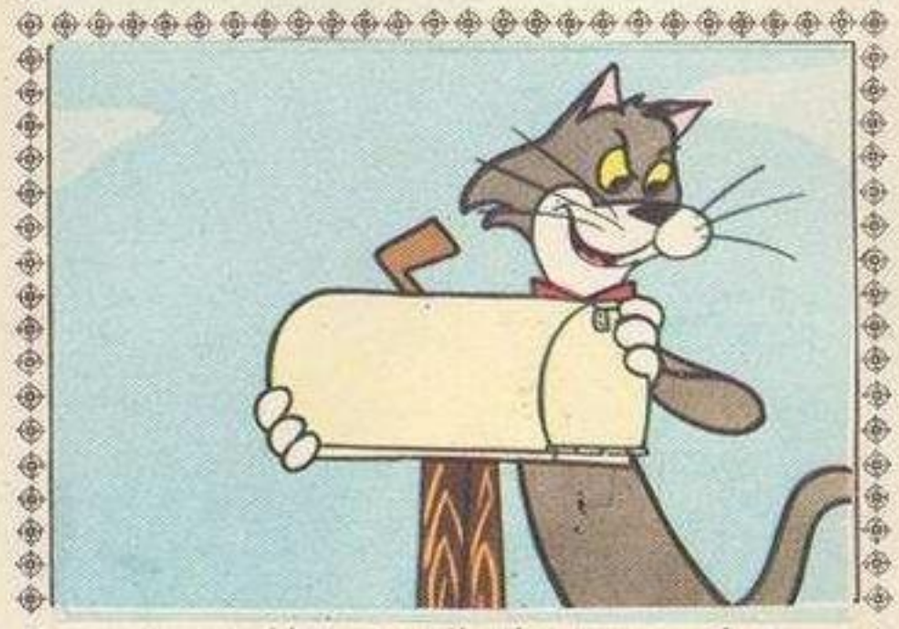
En aquel momento, el Sr. Jinx cambió de táctica y adoptó como elemento auxiliar de su cacería una red de las que se emplean para atrapar mariposas. En los ojos del gato comenzó a brillar una extraña esperanza, mientras procuraba que el ratón volara hacia la casa.

La explicación la tenemos en este dibujo. El ratoncito volador avanzaba de espaldas, muy divertido al contemplar los locos esfuerzos del gato para alcanzarle. Pero el Sr. Jinx sabía que la puertecilla del buzón de la correspondencia estaba abierta y Dixie se dirigía, sin saberlo...

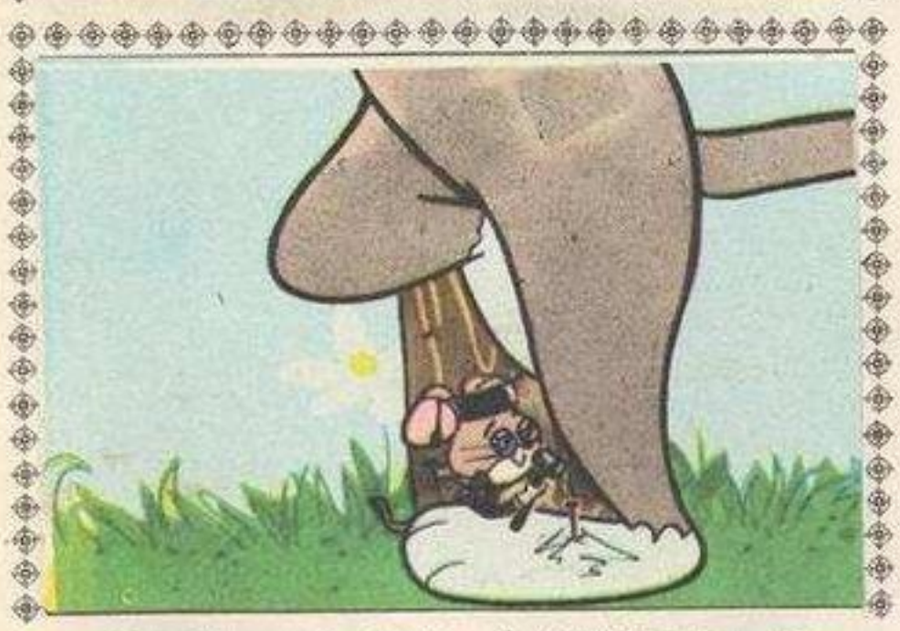




...hacia la trampa mortal. En la cual se introdujo al fin, como un vulgar ratoncito en una ratonera... sin queso. Cuando el infeliz Dixie se dio cuenta de que estaba encerrado en aquella cárcel metálica y quiso escapar por donde había entrado... ya era demasiado tarde.

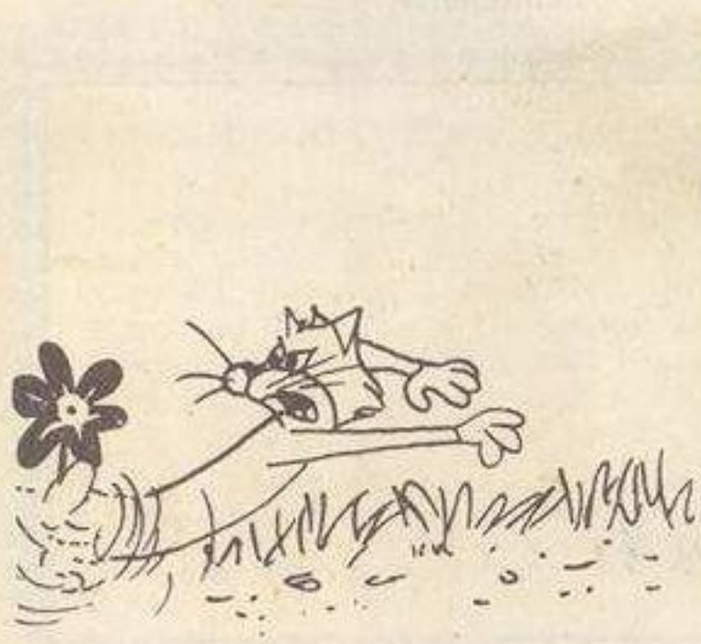


El rudo Sr. Jinx llegó antes, y de un seguro golpe cerró la puerta del buzón, manteniéndola sujeta fuertemente. Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro del felino. «¡Ye te tengo, ratoncito gracioso! ¡Ahora vamos a ver quién ríe más! ¡A mí no hay ratón que me pise!»



Cuando esto decía el desdichado, no sabía lo que le esperaba. El Profesor y Pixie, que habían seguido emocionados las últimas peripecias de Dixie, creyeron llegado el momento de intervenir. Se acercó el profesor a los pies del Sr. Jinx, armado de un martillo y lo dejó caer...

...con todas sus fuerzas sobre un antiguo callo que el Sr. Jinx ostentaba en el dedo gordo del pie izquierdo. Se asegura que el alarido que dejó escapar el castigado minino, se oyó en las selvas del Amazonas. Y además, el ratoncito volador aprovechó la ocasión para escaparse.



El Sr. Jinx quedó incapacitado para perseguir a nadie lo menos en seis meses y tuvo que gastarse sus ahorros en los callistas. «¡Ye te lo advertí, gato altanero! —le dijo el Profesor, colocado por si acaso detrás de una gruesa raíz—. ¡En este mundo no hay enemigo pequeño!»

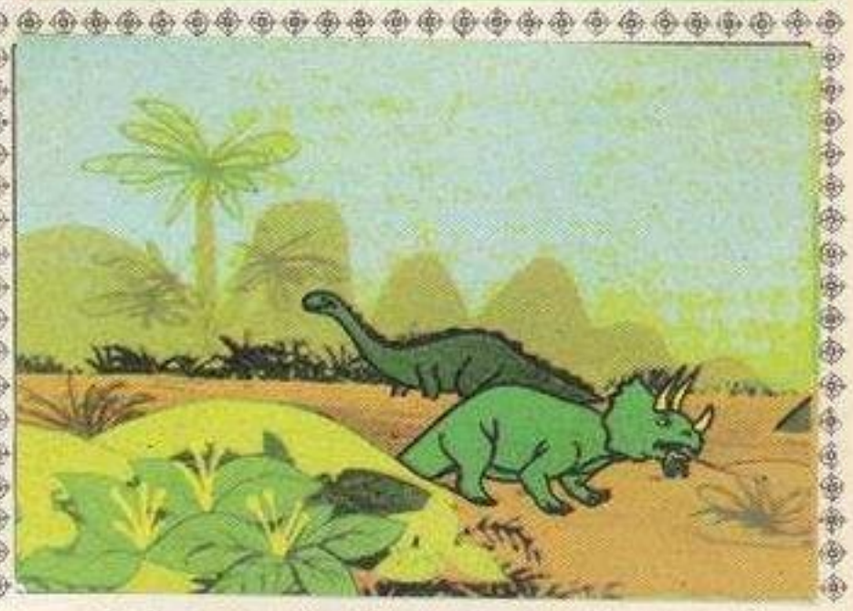
el sueño del perro loco

«¡Hola, amiguitos! ¡Aquí tenéis a vuestro apreciado Huckleberry Hound, siempre a vuestro servicio! Aunque ahora poco voy a poder hacer por mis queridos niños. Estoy encerrado en un manicomio y, por añadidura, me han puesto una camisa de fuerza... ¡Y todo por decir que ya es hora de que nosotros...

...comamos las chuletas y nuestros amos los huesos! Pero esto no queda así... ¡Yo me escapo! Aunque os parezca que estoy trenzando una danza rusa, la verdad es que avanzo raudo hacia la libertad. Un poco duro me parece el camino, mas mi cabeza tiene ideas brillantes... ¡Ay, mi cabeza!

Pero, ¿quién ha sido el bestia que ha levantado este muro? Por algo decía yo eso del camino duro y de la brillantez de mi cabeza. ¡Como que estoy viendo todas las estrellas que lucen en esa Vía Lechera, digo Láctea, que circula por ahí arriba! Esto es más resistente que...

...¡Pero, no! ¡Ya ha cedido! ¡Ya soy libre! He traspasado el muro de la demencia y aquí me encontráis, sentado entre cascotes. ¡Hasta la camisa de fuerza se ha destrozado con el choque! Mas temo que mi cabeza también... ¡Todo me da vueltas! ¡Veo estrellas, estrellas...! Y tengo sueño..



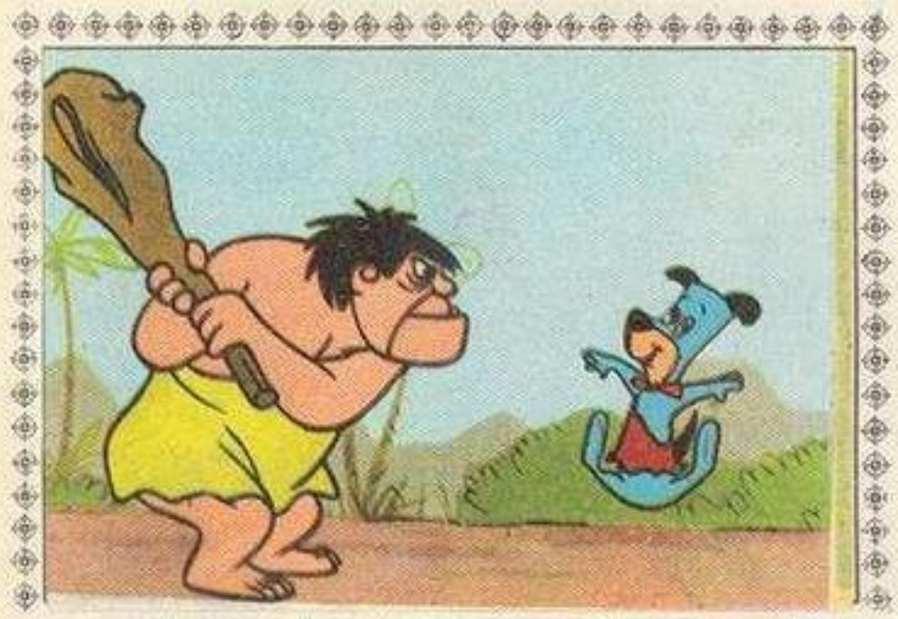
¿Qué es esto? Ahora contemplo un paisaje desconocido y salvaje... ¡Qué raro! Ni un coche, ni un anuncio de bebidas refrescantes... ni un Banco. Animalitos como casas de seis pisos pacen la fresca hierba... ¡Allí veo a un diplodoco! Mosquitos gigantescos cruzan el aire...

¡Palabra que no soy la sota de bastos! Es, ni más ni menos, que el terrible golpe me ha hecho remontarme a las épocas de la prehistoria más cavernícola. La piel que cubre mi apolíneo cuerpo es modelo cuaternario y se lleva mucho este año. La porra está fosilizada al estilo rupestre.

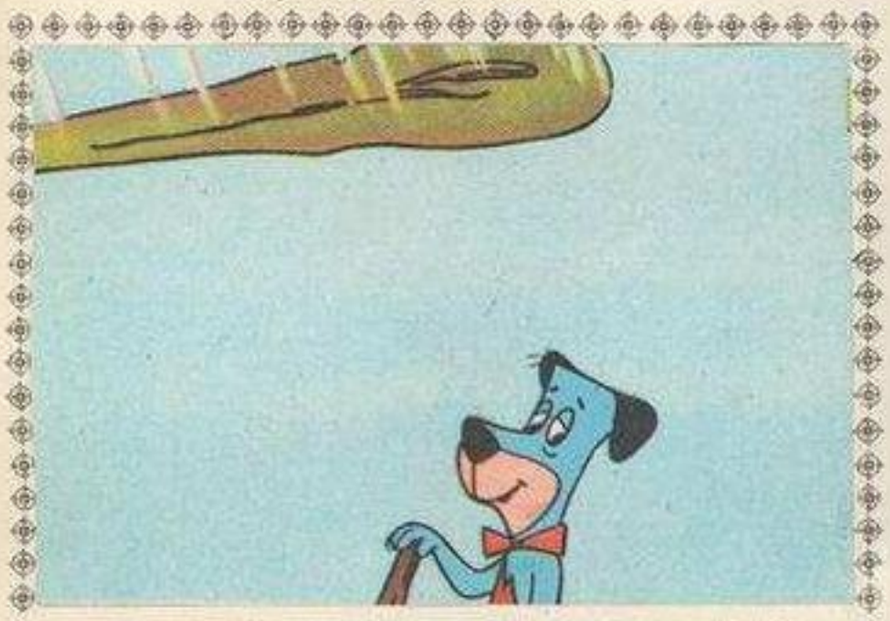
¡Tampoco tenía yo ganas de darme un paseíto por la prehistoria! Porque, claro, ésta es la felicidad de un chucho. Saborear el hueso de uno de estos animales tiene que ser interminable. Pero... ¿qué veo? ¡Un hombre! Muy feo, pero un hombre... ¿Será Adán?

¡Y que se gasta una porra, que la mía a su lado es un mondadientes! Su forma de andar me recuerda a los autobuses de dos pisos... ¡Bien! Le dejaré acercarse para que me indique el lugar donde nos encontramos y me señale la dirección del restaurante más próximo.

¿No lo decía yo? Este mastodonte ha levantado sobre mí el poste telegráfico que le sirve de porra y lo va a dejar caer sobre mi cuerpecillo sandunguero... Bueno, amiguitos... Me voy a despedir de vosotros... Puede ser que en el próximo dibujo esté pulverizado...

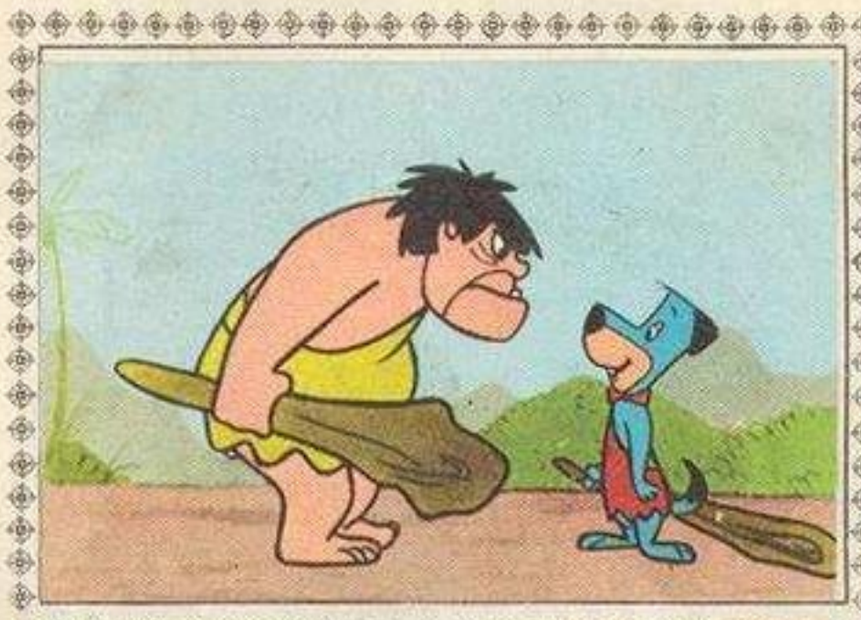


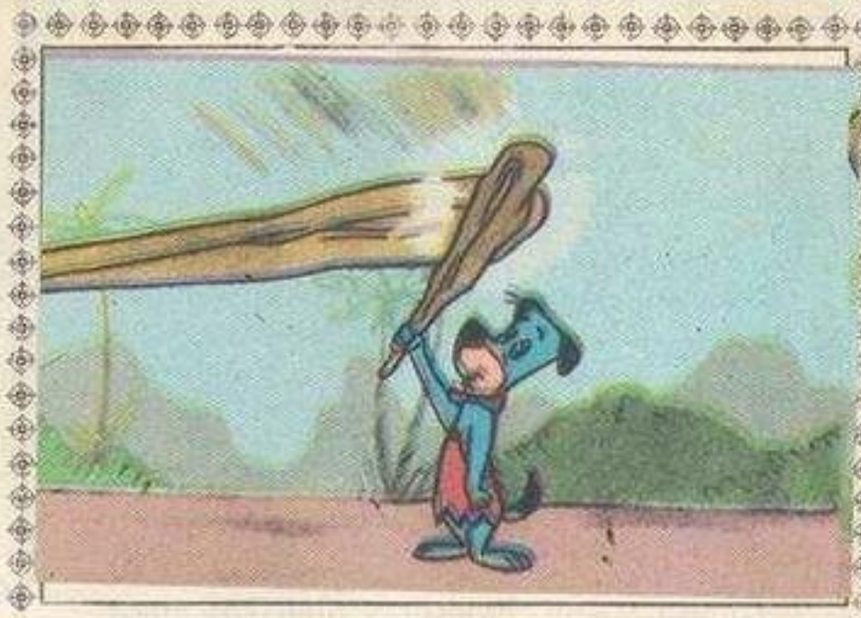
¡Ahora me ha tomado por una pelota de «golf»! ¡A saltar se ha dicho! ¡Si me acierta en las extremidades inferiores, me deja sin juanetes para toda la vida! ¡Eup! ¡Eup! ¡Ya me estoy cansando! ¡Menos mal que he dejado la porra en el suelo! ¡Alto, don Pedrusco! ¿Cómo se podrá ser tan feo...



¡Ya se ha quedado quieto! Tomaré mi porra y me colocaré en su lugar descansen. Si es capaz de pensar un momento, comprenderá que soy intocable... ¿Quién sabe si llegaremos a ser buenos amigos? Vosotros tampoco me conocíais y ahora somos inseparables. ¿Verdad, queridos niños?

¡Hola, amiguito! Mucho gusto en conocerte... Me llamo Huckleberry Hound y quisiera saber por donde... ¡Bueno! Me está mirando de una forma que me hace sospechar que el recibimiento va a ser muy «caluroso»... Y digo «caluroso» por la leña que me van a regalar.





¡Ya desciende el arma asesina! Intentaré lo imposible... Levanto mi porra con el depurado estilo de un experto guardia de la circulación y desvío ligeramente la inmensa mole... ¡Bueno! Ha hecho un hoyo en el suelo como el Gran Cañón del Colorado... ¿Qué le habré hecho yo a este hombre?

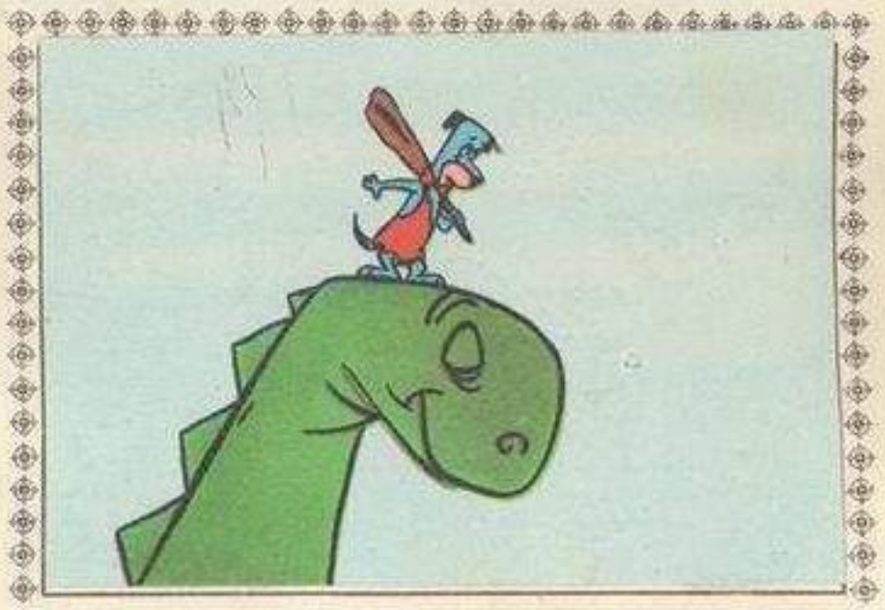
...y tan malo? Estoy entrenado para el próximo concurso de saltos... ¿Tan sabrosas serán las chuletas de can? ¡Para can-can el que estoy bailando yo! ¡Uffff! Este gigante de las cavernas debe funcionar con energía atómica... ¡No se cansa nunca! Ahora parece que pierde velocidad...

¡¡Ayyyyyyyyy!! ¡Mi madre, qué porrazo! ¡Parece que se ha desplomado sobre mi cabeza la cordillera del Himalaya! Estaba distraído hablando con vosotros y este troglodita ha aprovechado para atizarme a traición... ¡Y que todos los golpes tengo que recibirlos en el mismísimo «coco»!

¡Pero esto se ha acabado! Conforme en que el perro es el mejor amigo del hombre, mas eso es en la época de la televisión y el plástico... ¡Yo, Huckleberry Hound, hago promesa de no entablar relaciones con ningún elemento humano prehistórico hasta que no se funde la...

...correspondiente Sociedad Protectora de Animales y Plantas. Ante mí tengo ahora una elevada montaña. Voy a escalarla para otear el horizonte y saber dónde me encuentro, pues estoy doblado... ¡Tengo un hambre canina! Mi papá decía que los golpes en la cabeza provocan el apetito.

¡Ajá! ¡Ya estoy en la cumbre de esta quebrada montaña! ¿Qué veo desde aquí? Una extensión inmensa con muchos rebaños de dinosauros y dinoterios, paciendo tranquilamente... Pues, si tengo que cazar un bichito de esos para calmar mi «gazuza», perezco de inanición. Pero... ¿Qué es esto?



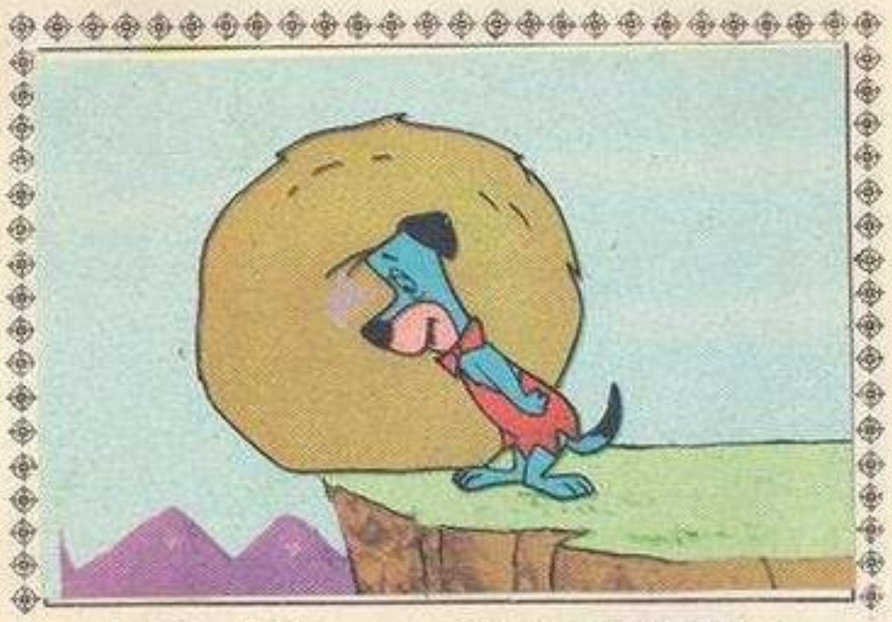
¡Terremotos! ¡La montaña se mueve! ¡Una conmoción geológica! ¡Digo, no! ¡Si es que he llegado a la cabeza de Sisebuta, la diplodoca! ¡Bueno! ¿Y qué tal estaría una ración de solomillo de diplodoca a la parrilla? Lo siento mucho, amiga, pero ahora me toca a mí emplear...

... la anestesia. Un fuerte golpe y no sentirás nada. ¡A la una! ¡A las dos! ¡Y a las tres! ¡Euuup! ¿Qué es esto? ¿Pues no se ríe la condenada? ¡Cree que le estoy haciendo cosquillas! Ese horrible ruido, parecido a un trueno, es que se carcajea alegremente.

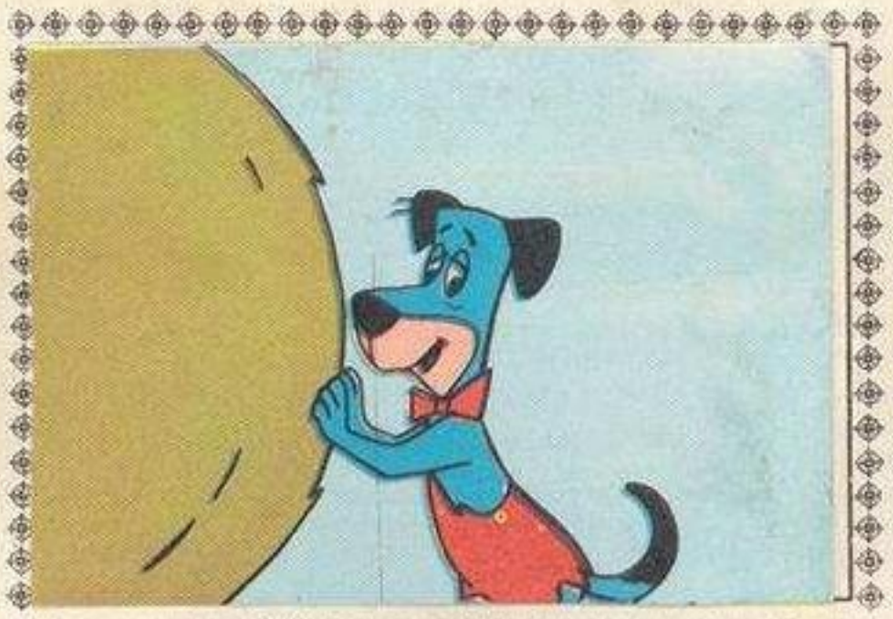
Ahora eleva su cabeza... ¡No puedo sujetarme! ¡Socorro! ¡Me deslizo montaña abajo, digo, diplodoca abajo! ¡Ay! ¡Qué descenso más accidentado! ¡Cómo sufren mis queridas posaderas! ¿A dónde vamos a parar? ¿Quién dice que todo sube en esta vida? Yo bajo, yo bajo... pero ¿hasta dónde?

¡Uffffff! ¡Ya he llegado, amiguitos! ¡Qué dolor siento en... las narices! ¡Pero, qué vida más perra la mía! ¡Ahora lo mejor es escapar corriendo de aquí... y alcanzar esas alturas rocosas que tengo frente a mí. Cuando llegue allí pensaré en lo que tengo que hacer.

Ahora que estoy en el punto más elevado de estos contornos, se me ha ocurrido una idea de altos vuelos. Si quiero saciar mi terrible apetito, tengo que atacar a la diplodoca con armas proporcionadas a su tamaño. Y para ello he escogido una redondeada chinita que se las trae.



Aquí podéis ver, a mi lado, el «bombon-cito» que voy a regalar a doña Sisebuta. Como le acierte en la cabeza, esta noche ceno costillas de diplodoca a lo cuater-nario. Voy a esperar a que se presente el momento oportuno. En cuanto se ter-cie, le arreo una píldora rocosa...

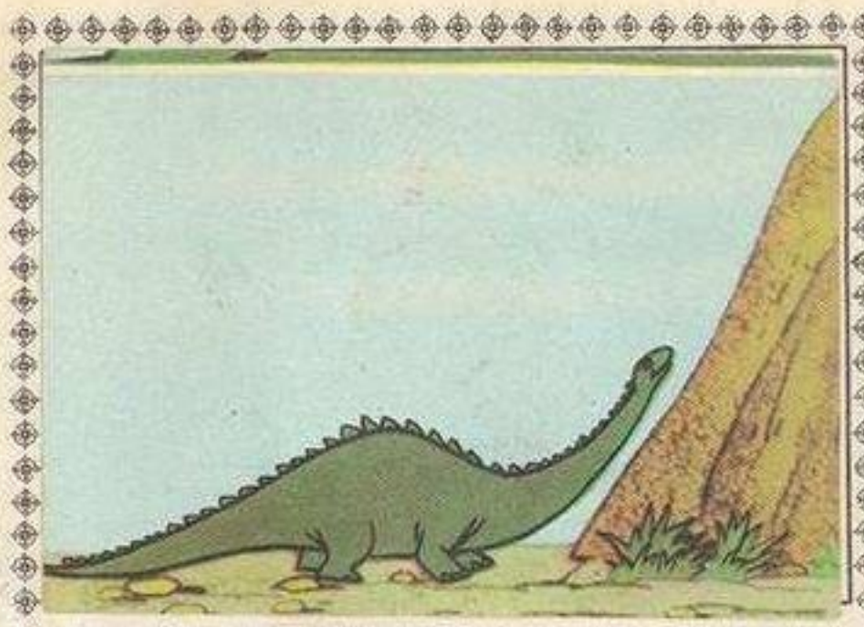


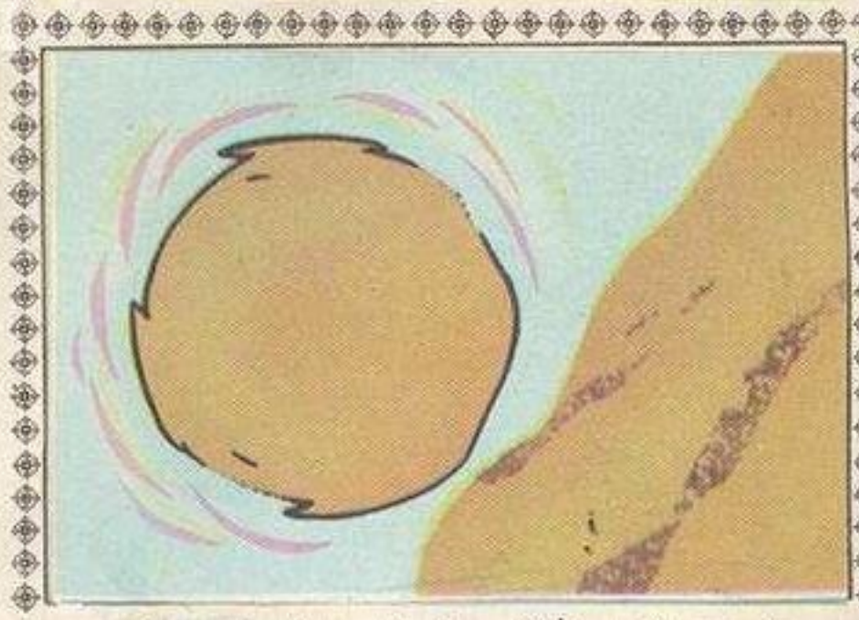
Un ligero empujoncito... y una diplodoca menos. Tengo la suerte de no asistir al desenlace final. La bola de piedra cumplirá con toda fidelidad la misión de disponer mi opípara comida. Creo que ya he acoplado mi existencia a la edad de piedra. Me he convertido en un feroz cazador...

Desde el principio del mundo, queridos niños, los individuos mejor dotados y más inteligentes, como un servidor, hemos hecho valorar nuestra superioridad sobre las despreciables y embrutecidas bestias del paleolítico. Y esto ha sido así, siempre que las condiciones materiales y...

Mi apetito va en aumento, amiguitos. Voy a iniciar un nuevo intento para asegurar mi condumio a costa de doña Sisebuta. Con lianas y fibras vegetales, me he fabricado una soga que envidiaría el mismo Robinsón. Ahora consiste en emplear toda mi preclara inteligencia para...

...que la dejo turulata. ¡Ya se ha colocado al pie de la montaña! Ahora levanta su larguísimo cuello hacia la altura... ¿Me habrá tomado cariño o creerá que soy una vulgar cucaracha prehistórica? De todas formas, yo tengo que comer... No puedo reparar en sentimentalismos...

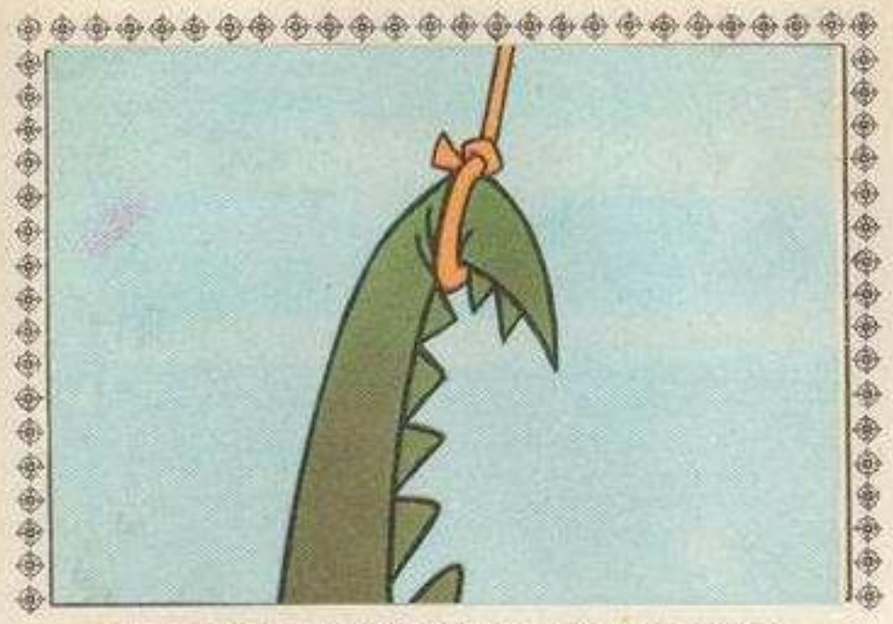




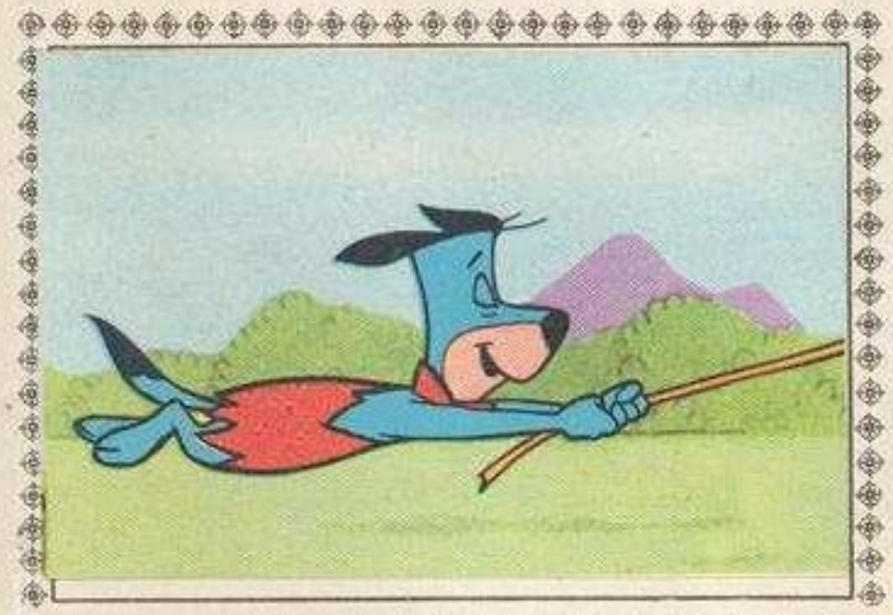
...de animales salvajes. Ahora sé que la lucha por la existencia es dura y cruel. Por esa ladera se desliza a enormes velocidades una mole rocosa que va a acabar con la vida de un ser inocente y desvalido que no me ha hecho en realidad ningún daño. Es la ley del más fuerte.

..¡Ay! ¡Socorro! ¡Me han chafado la conferencia y... la cabeza! ¡Qué pedrada más gigantesca! ¿Sabéis lo que ha pasado? ¡La diplodoca ha dejado deslizar la bola de piedra sobre su cuerpo y, dándole impulso con su larga cola, la ha vuelto a lanzar hacia arriba fuertemente!

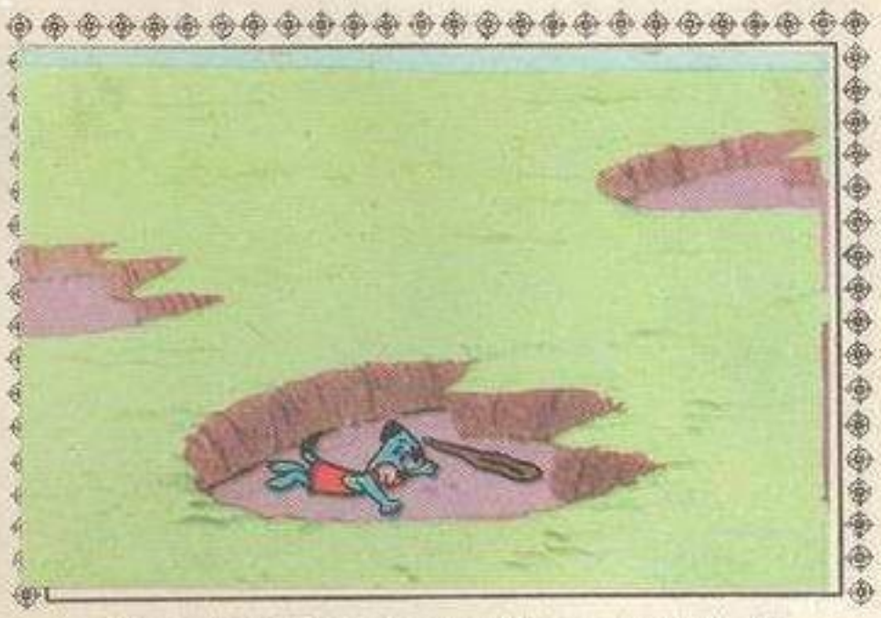
...dominar al monstruo. Tiene que pasar necesariamente bajo esta espesura. Entonces yo emplearé los conocimientos que adquirí en mi visita al lejano Oeste americano y la bestia será cazada a lazo. ¡Sí! Mis nietos sabrán algún día que yo cacé diplodocos a lazo. ¿Quién puede decir otro tanto?



¡Formidable! ¡Ya está la pieza asegurada! Ahora todo será coser y cantar. Lo único que ha sucedido, es que, por un ligero eror de cálculo, en lugar de aprisionarle la cabeza le he lazado el extremo de la cola. Mas mi destreza ha quedado patente. ¡Sólo falta asar y comer!

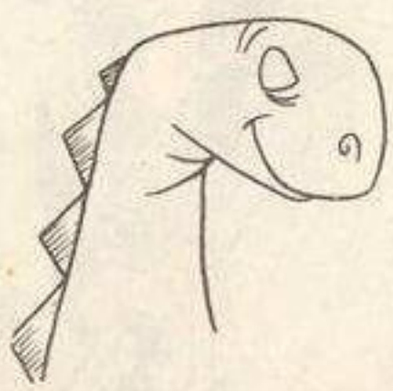


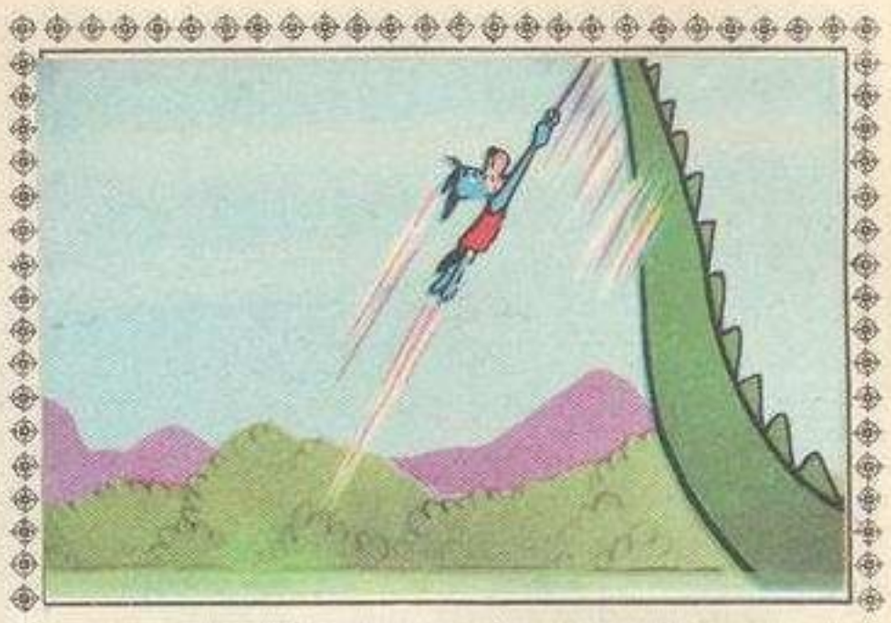
Usaré la táctica de los cazadores de ballenas. Me dejaré arrastrar dócilmente. Al fin y al cabo, este lance no deja de tener su emoción deportiva. Y cerrando los ojos, hasta me siento como un planeador de los vuelos sin motor. ¡Qué maravilla! ¡La brisa es una caricia!



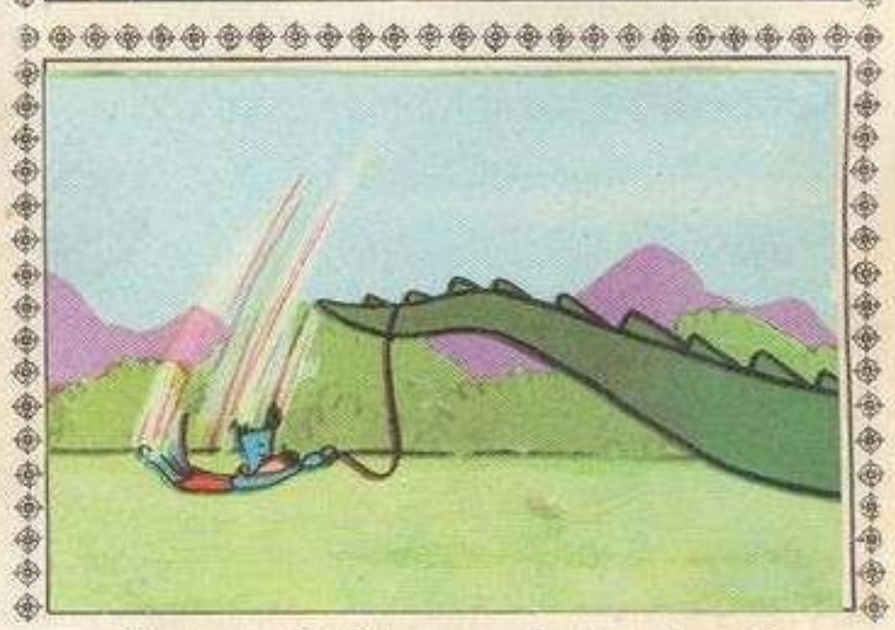
¡Ya veis ¡dónde he venido a parar! Al fondo de la huella de una de las pezuñas de doña Sisebuta. ¡Y sin comer! ¡Bueno! ¡Tengo el estómago más pegado que una cartera a fin de mes! ¿Será posible que en todo este país no se encuentre un miserable hueso que sirva para saciar mi hambre?

»¡Con lo que me gustan a mí los pescaditos! Me conformaba con una pescadilla... O una sardina... Y en último caso... con una anchoita... ¡Lo que es el poder de la imaginación...! ¡Estoy oliendo a pescado intensamente! ¡Y oigo como el ruido de un potente ventilador!





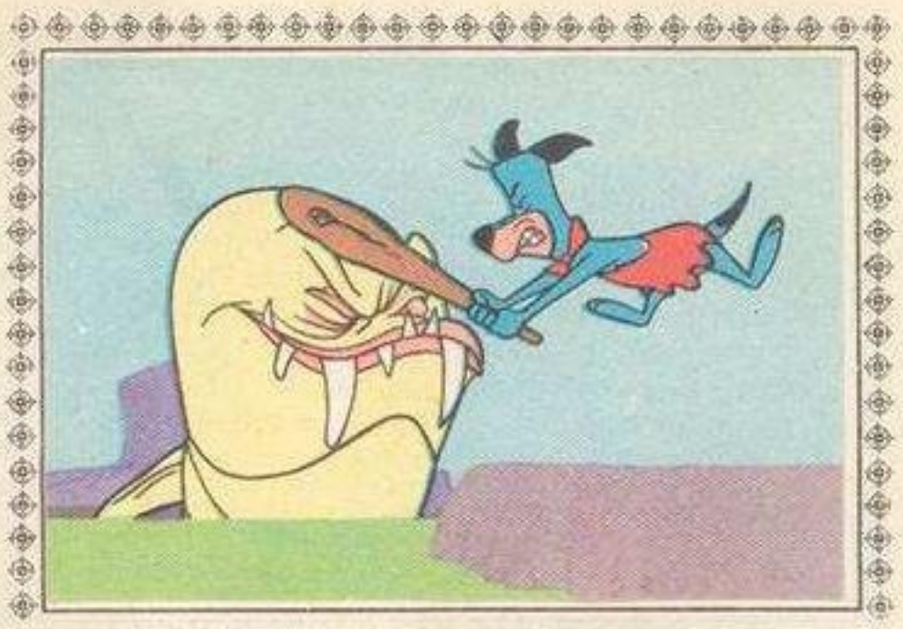
¡Eh! ¡Auxilio! ¡Esto es un viaje interplanetario! ¡La diplodoca agita la cola y me arrastra tras de sí! Y como me suelte, me estrello contra el suelo! ¡Creo que estoy a considerable altura sobre el nivel del mar! Pero no perdamos la serenidad. ¡Ya se cansará!



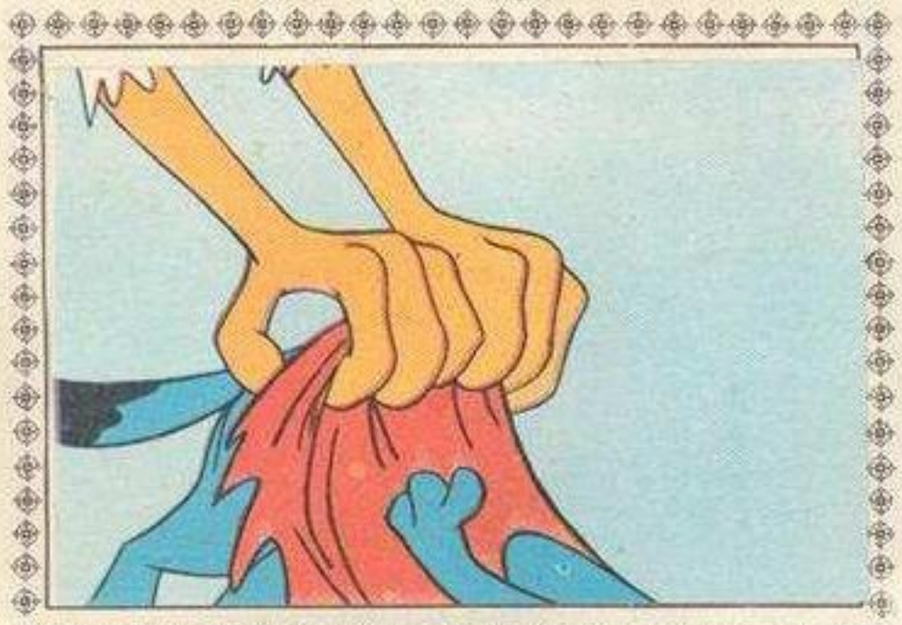
¡Carape! ¡Qué batacazo! ¡Esto ha sido un aterrizaje forzoso. La bestia ha golpeado la cola contra el suelo y me ha arreado un trompazo descomunal. Ahora me arrastra por el terreno reblandecido... ¡Ay! Decididamente abandono esta cuerda y las chuletas de diplodoca. ¡Están duras!

Voy a salir de aquí y al primer bicho viviente que avizore, le voy a soltar un estacazo mortal de necesidad... ¡Para necesidad la mía! ¡Y ya estoy harto de recibir porrazos! ¡De aquí en adelante soy yo el que los voy a dar! ¡Palabra! ¡De víctima voy a pasar a verdugo!

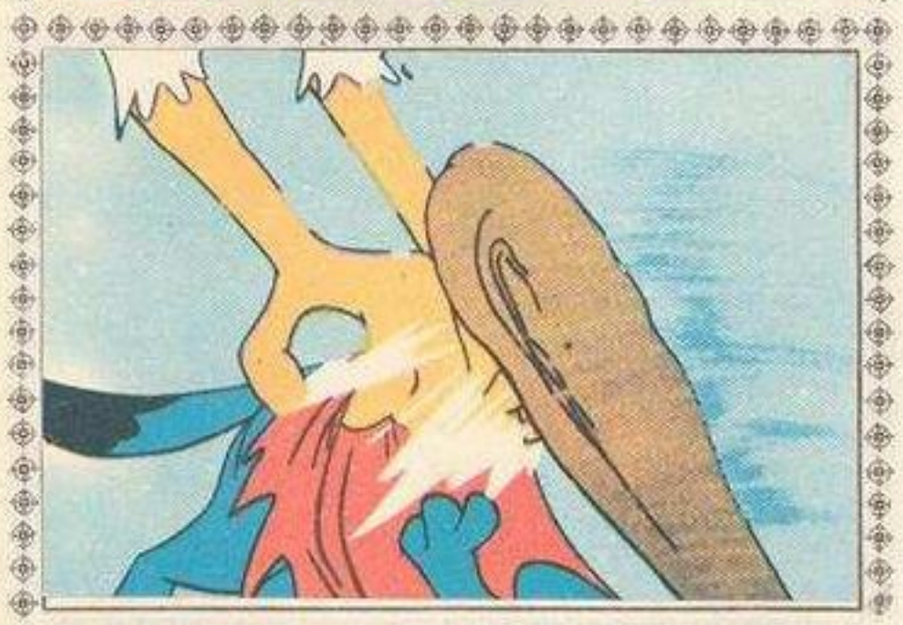
¡Repanocha! ¿Qué ven mis atormentados ojos? Este bicho parece uno de esos globos que lanzaban en mi pueblo por las fiestas patronales... ¿Será una morsa prehistórica? Desde luego este agujero da al mar... ¡Manos a la obra! A pesar de los colmillos le voy a dar un garrotazo...



¡Así! ¡Nada! Parece que golpeo una pelota de goma... ¡Y yo que soñaba con una cola de morsa a la mahonesa! Ahora se sumerge y me deja con un palmo de narices... ¡Pero qué difícil es comer en la edad de piedra! ¿Qué es eso? Oigo un zumbido en la oreja izquierda que no presagia nada bueno.



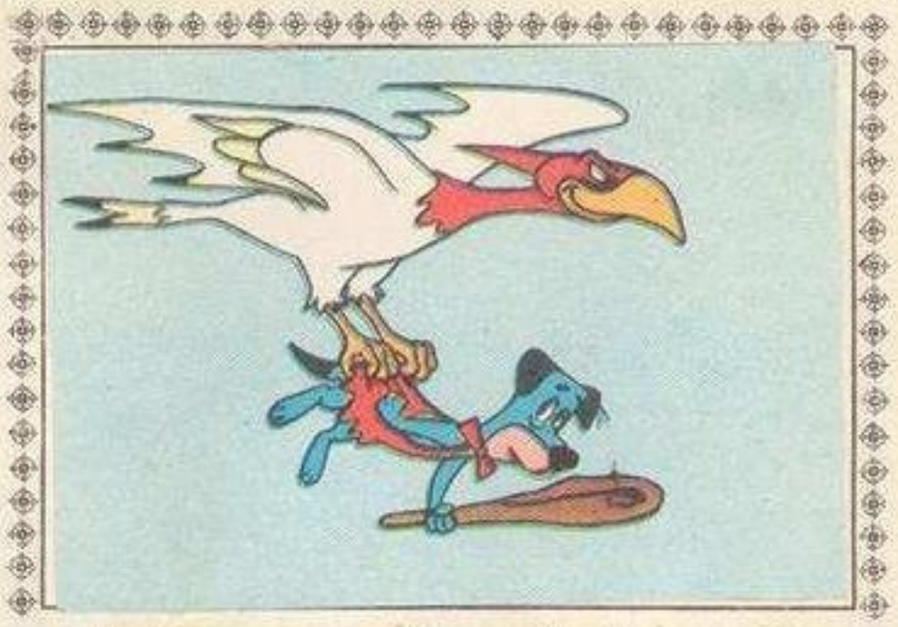
¡Que si quieres arroz...! Ya me ha enganchado por la trasera de mi magnífica piel, elevándome a un altura de vértigo. Tiene unas garras que parecen de acero... Y una velocidad superior a la de un avión a reacción... ¡Pero qué manía tienen todos estos bichos de meterse con uno!



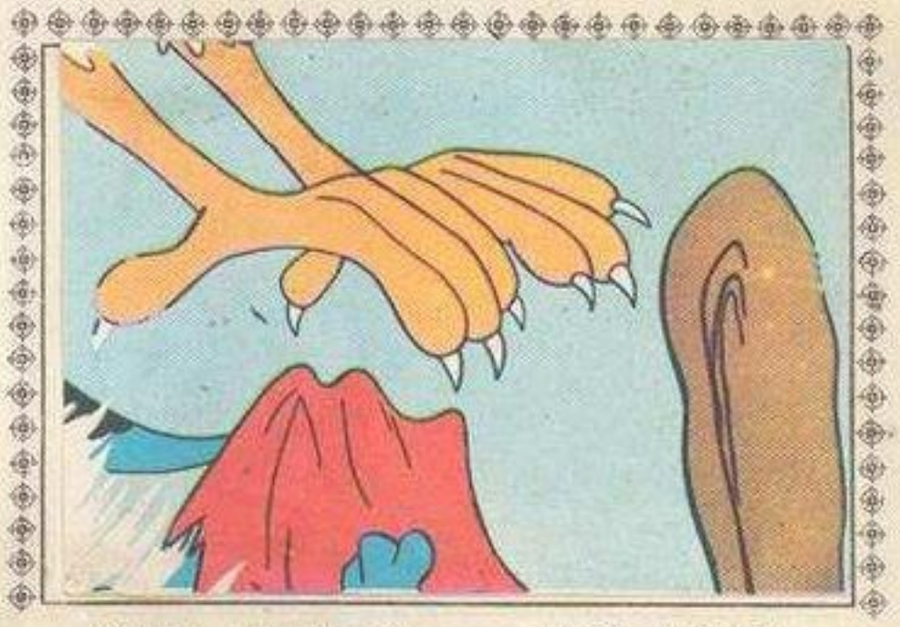
Ahora que ha descendido algo, voy a aprovechar para obsequiarle con un estacazo en los nudillos para que aprenda a respetar a los ciudadanos honorables y dignos. En cuanto coma, voy a pronunciar una conferencia con el tema: «Gamberrismo agudo en la edad de piedra.»

¡Pero aún no he llegado! Mirad mis cuidadas orejas y mi precioso rabo cómo apuntan hacia las estrellas... ¡Dentro de poco me voy a convertir en una mullida alfombra! Alguna señora cavernícola me sacudirá por las mañanas... ¡Está visto que mi sino es que me sacudan!

¡Horror! ¡Un pajarraco gigantesco se dirige hacia este lugar! ¡Me ha visto! ¡Viene a por mí! ¡A correr se ha dicho! Pero hombre, ¡ya es ganas de martirizarle a uno! ¿Me habrá tomado por una verde oruga? ¡Eh! ¡Que soy un pobre hambriento! ¡Que estoy famélico y depauperado!

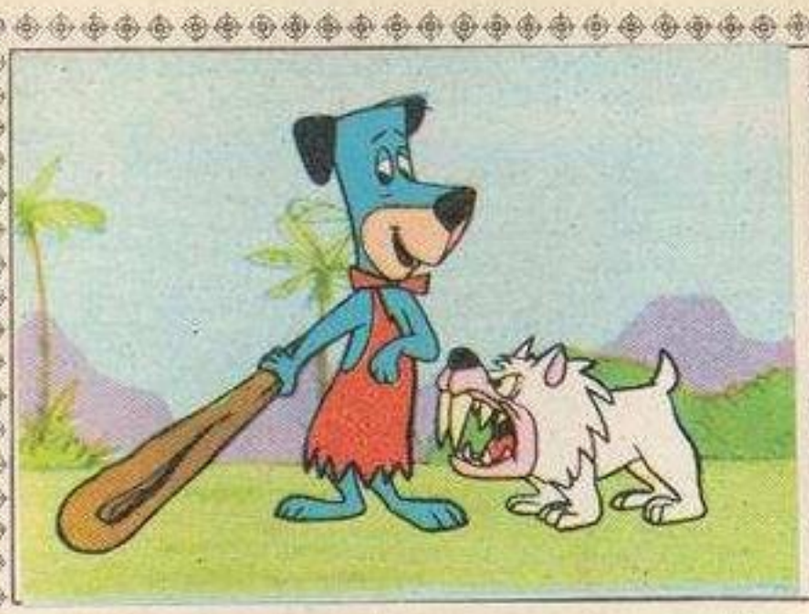


La broma ya está pasando de castaño negruzco. Porque, además del peligro que estoy corriendo, mejor dicho que estoy volando, viene la posturita ridícula que me obliga a tener este bestia de pájaro. ¡Si vierais lo incómodo que resulta hablar con vosotros en esta forma!



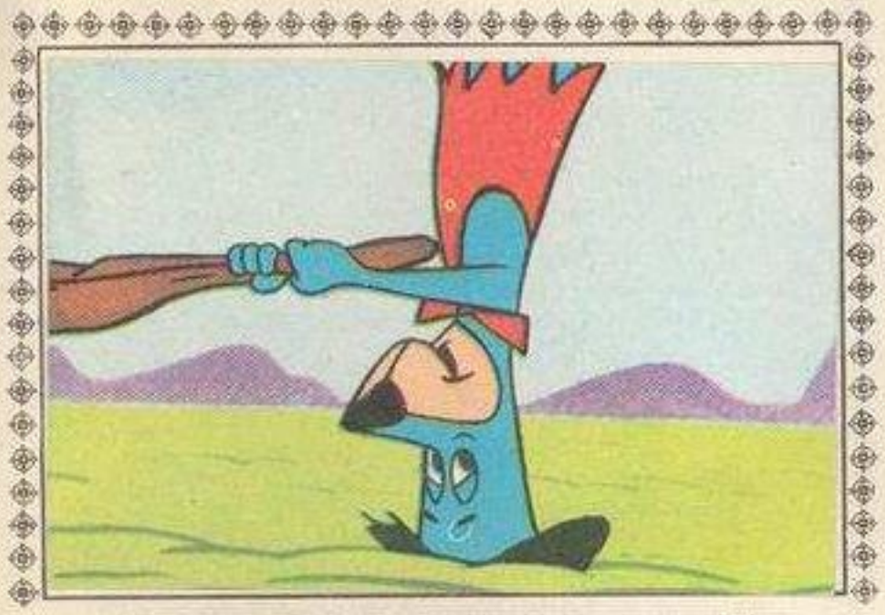
¡Ya he soltado el porrazo! ¡Y el águila también me ha soltado a mí! Total: otro trompazo dentro de breves segundos. ¿Vosotros habéis visto más tortas en menos tiempo? Y lo malo es que todavía no se ha inventado el paracaídas... ¡La tierra se acerca a velocidad de vértigo!

¡Ha habido suertecilla, queridos niños! He aterrizado sobre unos arbustos frondosos y floridos... ¡Estoy molido y desfallecido! Por eso me retiro a la cueva que me han asignado. En la calle del Granito, gruta 325, tenéis vuestra caverna. ¡Traer cena! ¡Yo pongo el apetito!



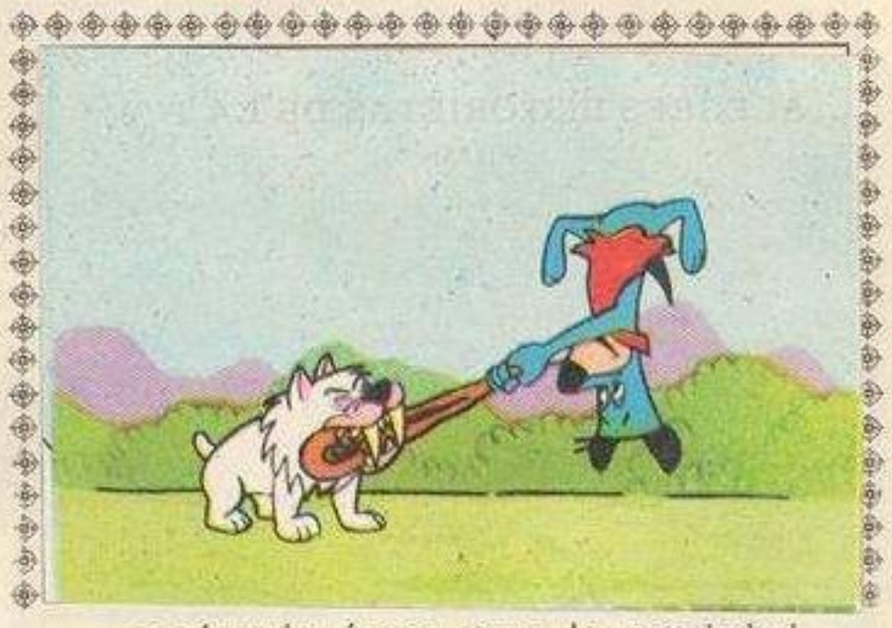
Pero ¿qué hace aquí este perro intruso? ¡Y lo de todos! En cuanto me ven, a enseñarme los colmillos... ¿Qué tal me sentaría a mí un estofado de paletilla de perro antediluviano? Lo siento mucho, compadre, pero entre tú y yo existe una gran diferencia... ¡Eres muy feo!

¡Recaverna! ¡Este bicho ha hecho presa en mi valiosa porra y parece que no está dispuesta a soltar! ¡Pues yo tampoco me desprendo de mi única arma! ¡Vamos a ver quién es más cabezota! ¡Te advierto, desdentado, que el garrote es mío! ¡Pero, qué poco respeto existe en esta...



¡Ni por esas! ¡Aquí se impone una enérgica solución! ¡Mi cabeza en estos momentos está sirviendo de apisonadora! Este animal va a acabar con mi paciencia y ello le va a acarrear graves consecuencias... ¡Bien! ¡Puesto que tú lo quieres... llévate la porra y vete a la ídem!

¡Toma! Le he propinado un estacazo capaz de abollar a un acorazado, pero ni por esas... ¡Se prepara para atacarme! Si me descuido, el protagonista del estofado voy a ser yo. Intentaré darle otro porrazo en el mismo sitio. ¡Hay que tener constancia en lo que empezamos!

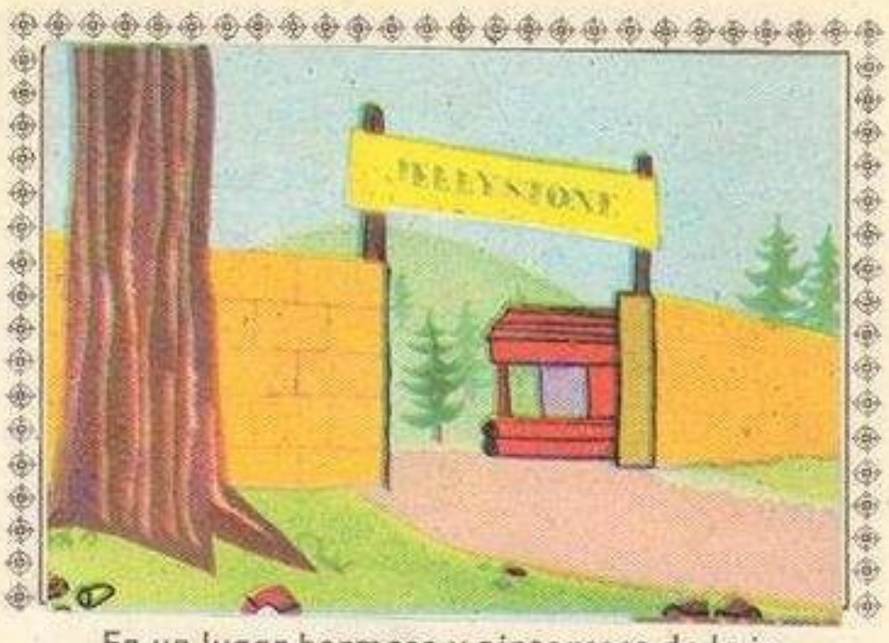


...condenada época para la propiedad ajena! ¡Pues yo no suelto! ¡Te voy a hacer andar de cabeza! ¡Eh! ¡Que el que ando ahora de cabeza soy yo! Este bicho ha dado una voltereta y me ha colocado en posición invertida... ¡Que me mareo! ¡Deja eso! ¡A echar!

«¡Uf! ¡Era la única forma de acabar! ¡Ya habéis visto el genio que tengo yo cuando me pongo! ¡Para él la estaca! ¡Y que le aproveche! ¡Seguramente es lo único que va a poder comer en esta tierra! Por lo que a mí hace, yo me he quedado bien harto de... prehistoria.

Por eso voy a atreverme a pedir a mi querido dibujante, que me vuelva cuanto antes al añorado manicomio. ¡Y si quieren, pueden ponerme otra vez la camisa de fuerza! ¡Sueño con aquellos cociditos, con su poquito de chorizo y morcilla! ¡Y los jueves y domingos, dan unos perros calientes...!»

Una visita imposible



En un lugar hermoso y pintoresco de la inmensa América, existe, mis queridos niños, un Parque Nacional muy visitado por los turistas de todo el mundo. Un elevado muro rodea el encantador paisaje y sólo posee una entrada, donde un guarda forestal cobra la entrada a los concurrentes.

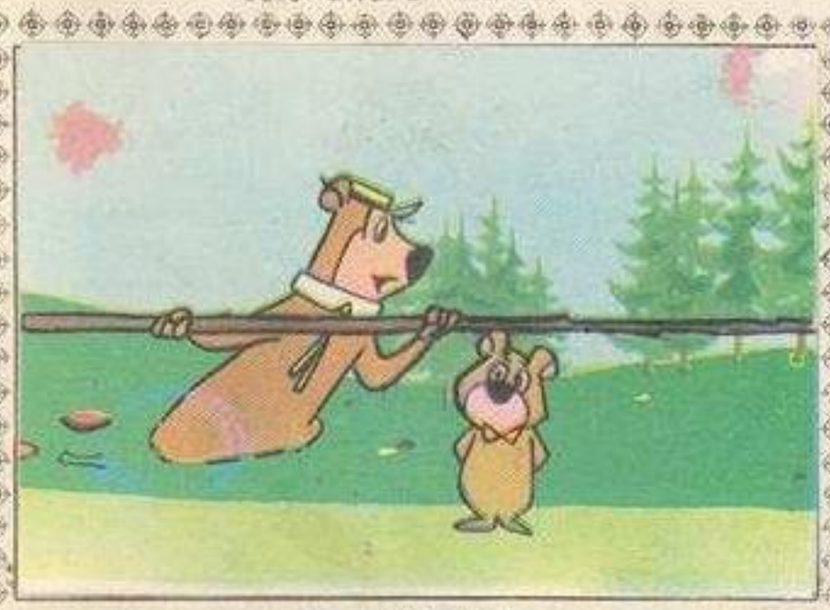
Una preciosa mañana de la última primavera, dos de vuestros mejores amigos se hallaban en el exterior del Parque contemplando la gran puerta por la que se podía pasar a los deliciosos bosques. Se trataba del corpulento oso Yogui, que poseía gran deseo de entrar en el Parque, pero no tenía...

...un céntimo en sus bolsillos. El otro amigo era el pequeño y gracioso osito Boo-Boo, compañero inseparable de Yogui y fiel cumplidor de todos los caprichos del grandullón camarada. Boo Boo estaba dispuesto a confiar a su compadre un método de su invención para penetrar en el cercado.

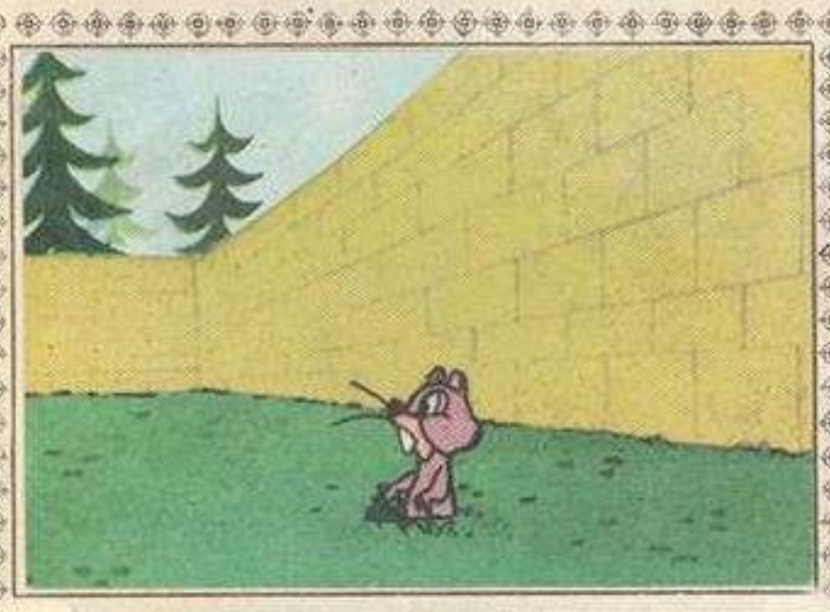
«¿Sabes —decía Yogui en aquellos momentos—. Sería formidable dar un paseo por el Parque Nacional... Habrá tiernos brotes en los árboles jóvenes y hasta alguna colmena repleta de riquísima miel...». «Seguramente, amigo —contestó el amable Boo-Boo—. Tiene que ser maravilloso todo eso. Yo...

...puedo brindarte una buena idea para entrar en el Parque Nacional... sin pasar por la taquilla. Ya sabes que te aprecio y deseo tu felicidad. Un abuelo mío empleó este sistema en su juventud y luego lo transmitió a su hijo mayor, que era mi padre, el cual me lo cedió con ocasión...».

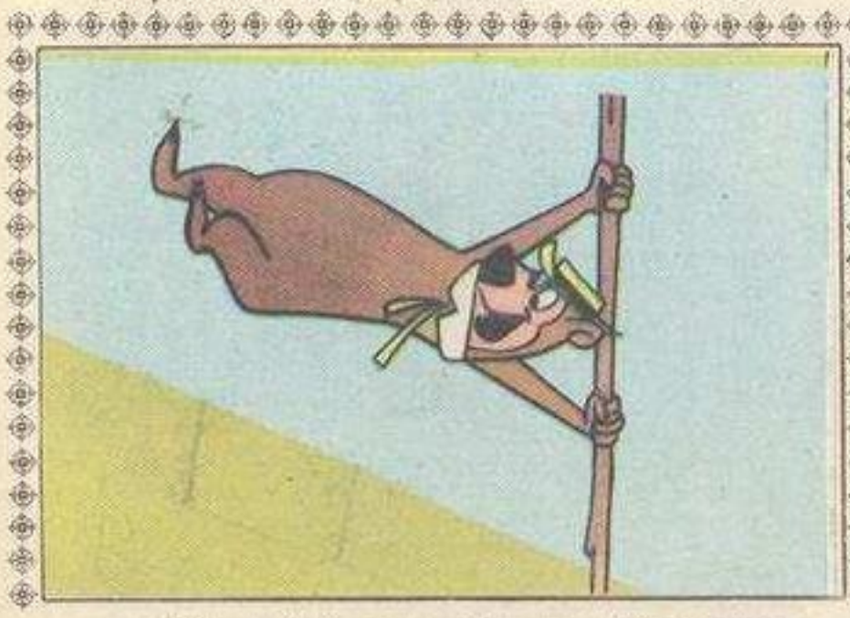
«¡Calla la boca, renacuajo! —vociferó Yogui fuera de sí—. ¿Acaso crees que voy a necesitar de tus desastrosos consejos? ¡Entraré en el Parque siempre que se me antoje y de la forma que quiera! Mi inteligencia y fuerza están muy por encima de la tuya. Y voy a demostrártelo ahora mismo.»



...y empuñándola de la misma forma que lo había visto hacer a consumados atletas, inició una vertiginosa carrera hacia el muro separador. «¡Cuidado, amiguito! Ese mondadientes es un poco largo» —advirtió Boo-Boo, cuando Yogui pasó a su lado como un avión a reacción.



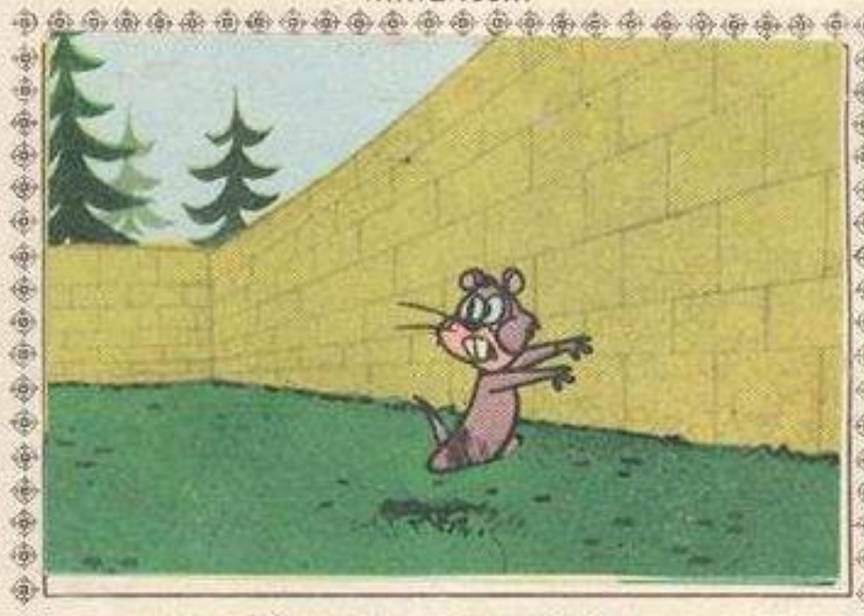
El señor Topotipo emergía en aquel momento de la húmeda tierra por un perfecto agujero, situado en la parte exterior del muro que rodeaba el Parque. El día anterior había asistido en la Montaña Rosada a la puesta de largo de una sobrinita suya y ahora llegaba un poco cansado por la labor de zapa...



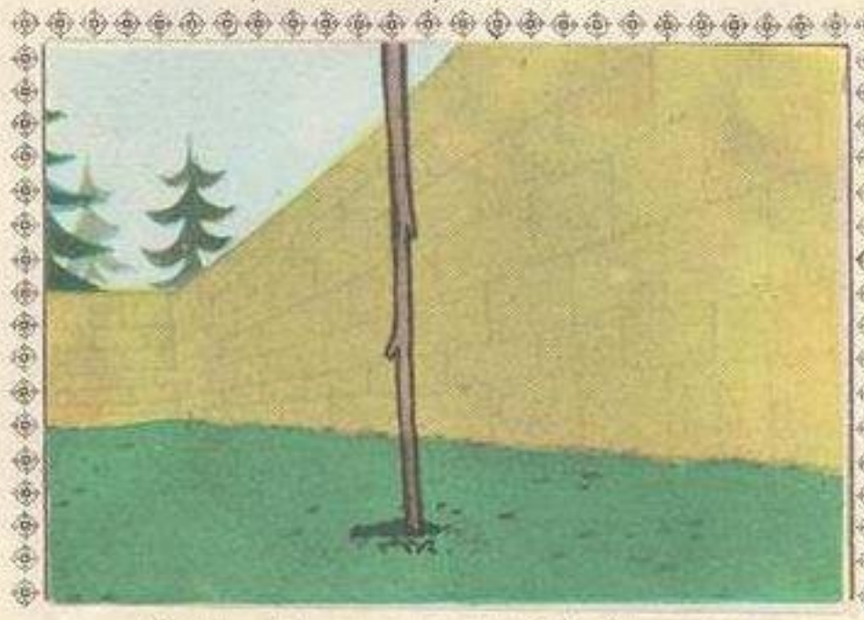
...saltitos, justo tuvo tiempo de ponerse a salvo. ¡Ya era tiempo! En aquel momento, la pértiga buscaba el apoyo de la tierra firme para elevar el saltador y... se introducía limpiamente en el redondo agujero que había abierto el topo. Por efecto de la velocidad, Yogui se elevó hasta la...

Así diciendo, tomó la larga rama de un árbol y se alejó de la gran puerta sin separarse del muro que rodeaba el Parque. Boo-Boo le siguió curioso. El pequeño osito estaba convencido de la superioridad de su amigo y quería asistir a su gran triunfo. Yogui probó la solidez de su pértiga...

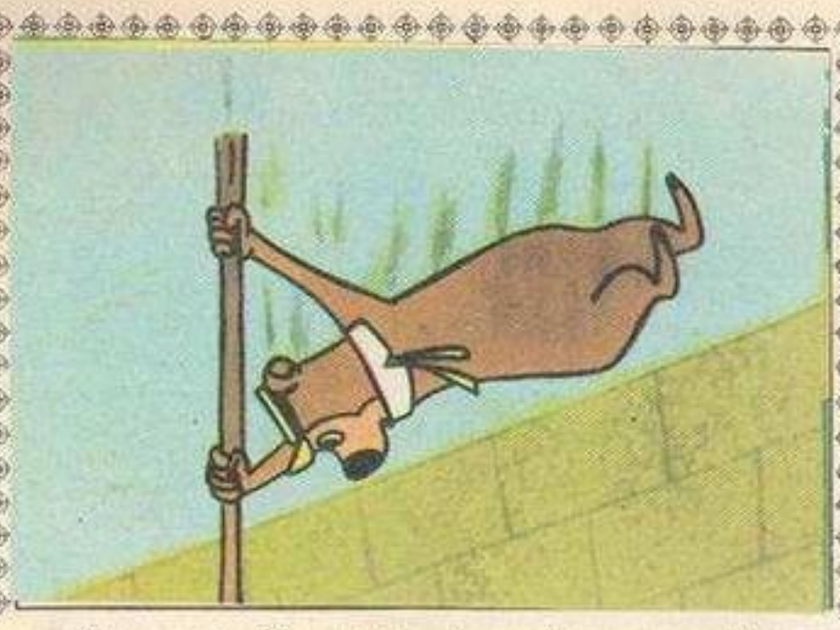
El arriesgado deportista proyectaba traspasar de un salto el muro de la pertenencia, para que aquel pobre diablo de Boo-Boo se convenciera de su habilidad. Ante sus ojos, la pared era cada vez más grande. Su velocidad también aumentaba. Iba a llegar el momento culminante...



...que había tenido que realizar. Apenas tenía sacado medio cuerpo de la galería, cuando observó horrorizado que hacia él avanzaba una pesada mole con cara de oso, empuñando una especie de poste telegráfico. Al infeliz topo se le erizaron todos los pelos de su delicada piel gris y dando apresurados...



...altura del muro, admiró durante un segundo el hermoso paisaje que se extendía al otro lado, y... comenzó a creer que el soplo misterioso de algún duende del bosque le impedía pasar al encantador lugar. El largo palo había encajado perfectamente en el orificio abierto a ras de tierra.



De pronto Yogui vio cómo el muro subia vertiginosamente. ¡Era maravilloso! ¿Sería un terremoto? ¿O producto del mareo originado por el salto? Una vez le ocurrió lo mismo a su primo Bundy. Giraba en torno de un árbol al que se había encaramado una ardillita y luego todo le daba vueltas.

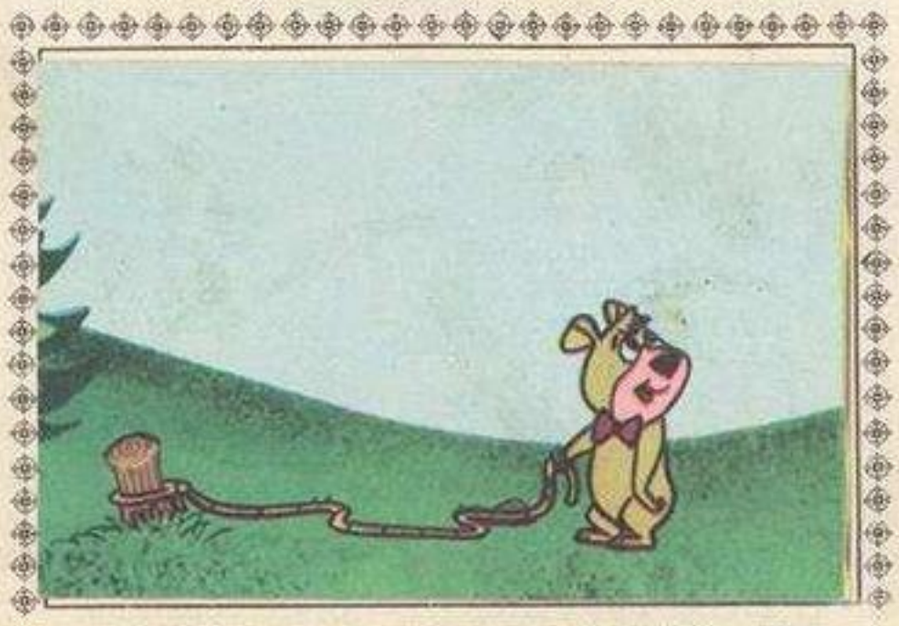
La explicación llegó para nuestro arrojado oso en forma de porrazo fenomenal contra el duro suelo. ¡Fue un aterrizaje en picado! ¿Qué había sucedido? Sencillamente que la pértiga se hundió en el terreno todo lo larga que era y solamente las costillas de Yogui la detuvieron en su caída.

Mas dicen que el tesón forja a los grandes. Yogui no pensó ni por un momento abandonar la empresa. «¡Ha sido solamente un experimento, Boo-Boo! Entraré en el Parque cuando lo desee. ¡Y va a ser ahora mismo, pequeño! ¡Abre bien los ojos!» «No lo dudo, amigo, pero procura no lastimarte» —observó...

...el osito. «Para ello me coloco este paracaidas ¿Ves? ¡Ajá! Ahora vas a tener el honor de colaborar conmigo para un lanzamiento mucho más espectacular que los de Cabo Cañaveral. Has de poner tus tres sentidos y medio y estar atento a mi voz de mando. Vayamos a por el proyectil...

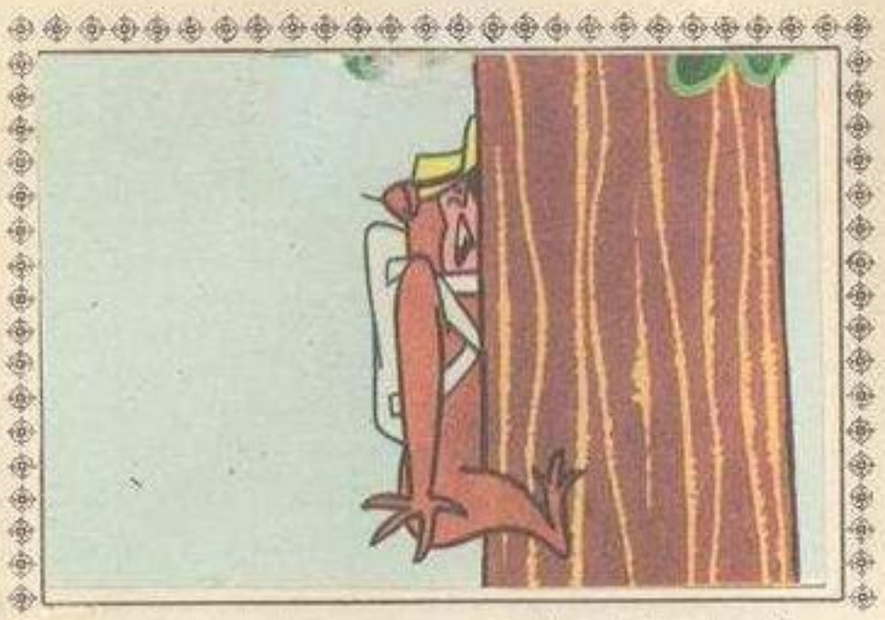
Así diciendo, Yogui se acercó a un enebro y cortó una de las ramas superiores. Dio una amplia lazada a la parte baja y un extremo de la cuerda lo sujetó a un tocón. El otro extremo lo puso en manos de su fiel compañero con la consigna de tirar fuerte cuando se lo ordenara. Hecho esto, subió a su cohete...

...interplanetario y gritó a Boo-Boo: «¡Ahora!» El osito tiró de la cuerda, vio asombrado girar sobre él por un instante un torbellino verde, que luego salió disparado en dirección al Parque Nacional, y se quedó maravillado de los profundos conocimientos aéreos de su amigo.



«¡Cuidado con el aterrizaje, Yogui!» —deseó el inefable Boo-Boo—. El momento más peligroso es cuando se desprende el cuerpo del proyectil...» Tenía razón el osito. A pesar de ser muy pequeño, algo le decía que en aquel viaje espacial no todo iba a ser coser y cantar.

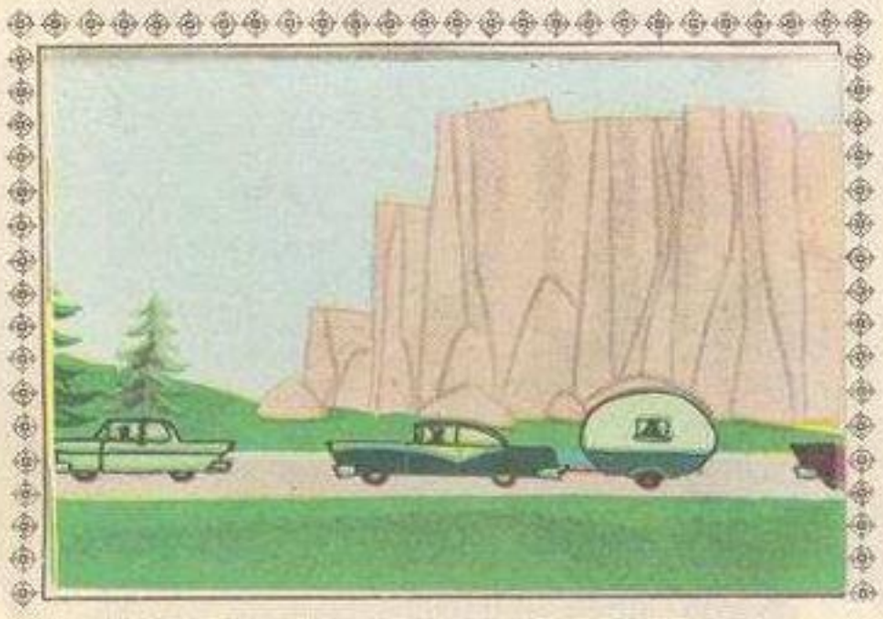
Sin embargo, Yogui no sentía temor alguno. Se había desprendido ya de la giratoria rama y en aquellos momentos avanzaba raudo por el espacio hacia el vergel de sus sueños. Tan pronto se sentía mariposilla leve como armonioso ruiseñor. Iba preparado para tirar de la cinta de su paracaídas...



...cuando de pronto... ¡Chaff...! ¡Plomm...! ¡El choque fue impresionante! Nuestro oso Yogui no se atomizó porque no tenía un átomo de tonto, pero sus narices se hincharon considerablemente. ¡Había tropezado con un corpulento roble plantado allí hacia lo menos quinientos años.

El guarda forestal encargado de la taquilla de entrada al Parque Nacional, se llamaba Hipólito y era un gran aficionado a las lecturas deportivas. Poseía además una afilada nariz, que se asemejaba a un pino recién plantado. Aquella mañana se entretenía mientras llegaba la hora de afluencia...

El vigilante se puso en pie y al instante descubrió lo que ocurría. «¡Ah! ¿De modo que eres tú la alimaña? —exclamó Hipólito—. ¡Ya te estás largando con viento fresco y no quiero verte por aquí en todos los años de tu arrastrada vida!» Nuestro amigo Yogui comprendió la indirecta y...

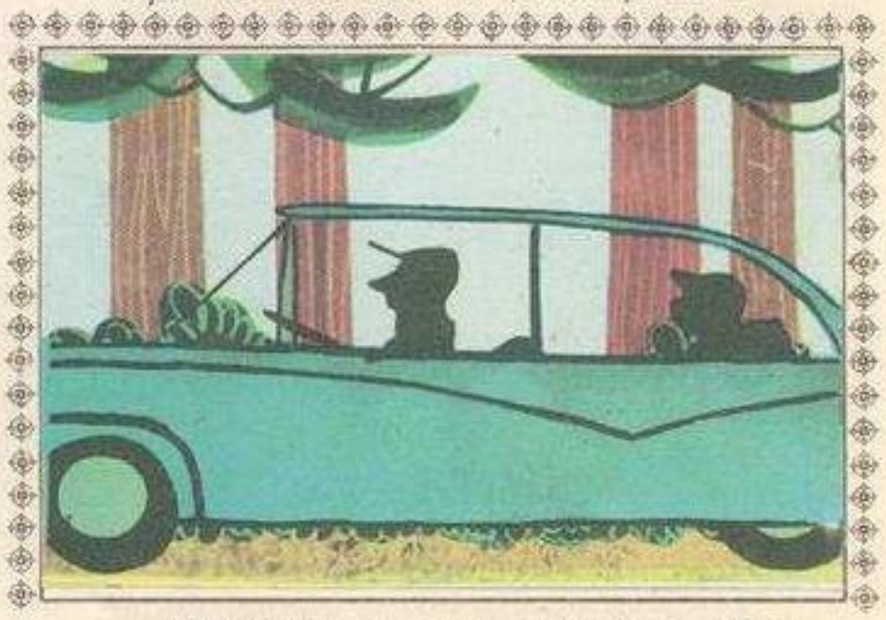


Había llegado la hora de recibir a los turistas, que en larga caravana desfilaban hacia aquellos magníficos paisajes. Familias enteras escogían esta parte del país para disfrutar de sus vacaciones. Las imponentes alturas rocosas sucedían a los bosques frondosos, cruzados por...

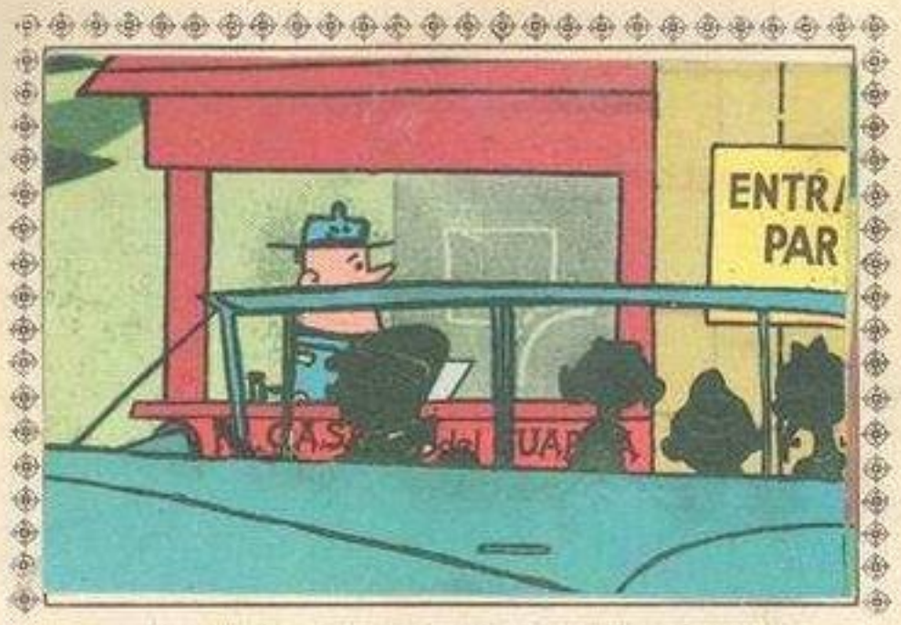
La víctima tuvo un recuerdo «cariñoso» para el ocurrente plantador y después... inició un nuevo intento para penetrar en el ansiado Parque. Ahora iba a emplear el método «tortuga» que consistía en marchar a ras de tierra hasta alcanzar el objetivo deseado. ¡Sería una operación modelo!

...de visitantes. De pronto tuvo la impresión de que algún cuerpo extraño rozaba suavemente la madera de su garita. ¿Qué podía ser? ¿Alguna alimaña que se arrastraba por allí? ¿Las hojas de los árboles próximos? ¡También era desgracia que no pudiera uno estar descansando un ratito!

...poniéndose en pie, dio media vuelta para salir del Parque rebosante de dignidad y amor propio ultrajado. ¡No se rebajaría él a discutir con aquel esbirro! En el mismo instante, comenzó a planear la próxima tentativa para entrar. No podía olvidar que los enormes ojos de Boo-Boo le contemplaban.



..multitud de arroyos cantarines. Para los que procedían de las populosas ciudades, repletas de ruidos y humos, era una delicia cruzar aquellas masas enormes de árboles milenarios. Los niños sobre todo, para los cuales gran parte de los hermosos parajes eran completamente nuevos...



...se entusiasmaban en aquellos lugares y creían haberse trasladado a los maravillosos escenarios de sus sueños azules y rosas. En cualquier momento esperaban ver aparecer al Hada resplandeciente o al esbelto Príncipe. Hipólito era un gran amante de los niños y procuraba...

También fue delicadamente expulsado —¡qué duda cabe!—. Durante un buen rato, Yogui quedó contemplando filosóficamente al celoso guardián. El buen oso pensaba seguramente en las absurdas barreras que nos tendemos nosotros mismos a lo largo de la vida. Después, dando un suspiro, desapareció.

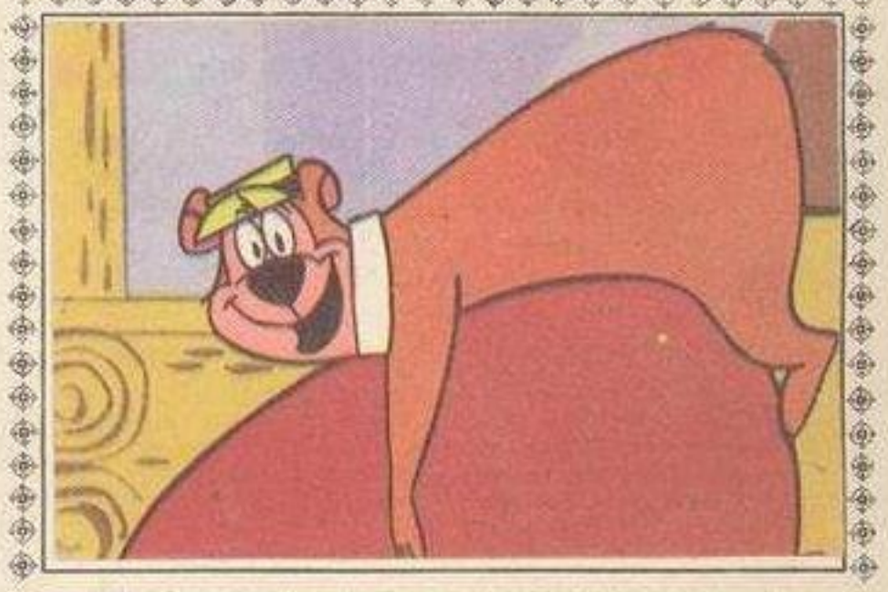
Hipólito, en cuanto vio que hacia allí venía aquel monumento niquelado, se apresuró a levantar la mano en signo convencional de saludo y salió de la garita a continuación, con objeto de recibir dignamente al potentado que necesariamente tenía que viajar en el lujoso vehículo.

«¡Buenos días, señor!» —exclamó el forestal en cuanto el coche hubo parado. «¡Hola, amigo! ¿Cuánto me va a cobrar por dejarme pasar de estos árboles a esos otros?» —preguntó el supermillonario. «Lo que se cobra siempre, señor»—repuso Hipólito, repentinamente desanimado.

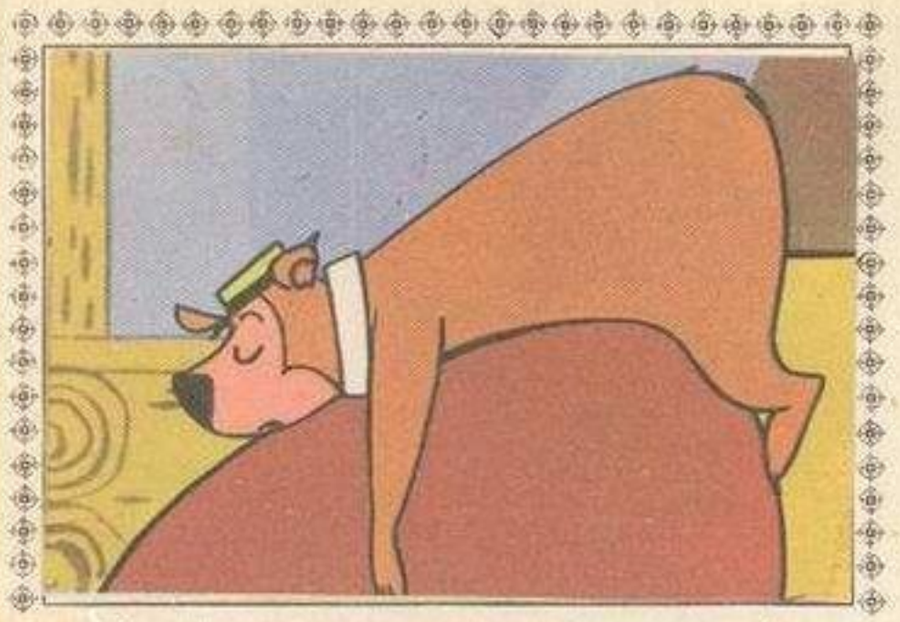
...¡Pero...! ¿Qué era aquello? ¿Qué clase de niño era aquél? ¿Estaría viendo visiones? En la trasera de un coche intentaba pasar al interior del Parque una figura muy extraña que el guarda había visto en algún otro sitio. ¡Como que era el oso Yogui en uno de sus interesantes experimentos!

Poco después, un soberbio automóvil se acercaba veloz hacia la entrada del Parque Nacional. En el coche viajaba Mr. Twis, el rey del regaliz plastificado, el cual, de riguroso incógnito, se proponía pasar unos días de descanso, dedicado a la pesca y a dar gritos entre los árboles como un Tarzán cualquiera.

Las familias, sobre todo si eran numerosas, se limitaban a pagar el precio justo por los boletos de entrada, mas los poderosos visitantes solían dejar en manos del guarda algunas propinas, que ayudaban al amigo Hipólito a sobrellevar durante muchas horas la soledad del bosque.



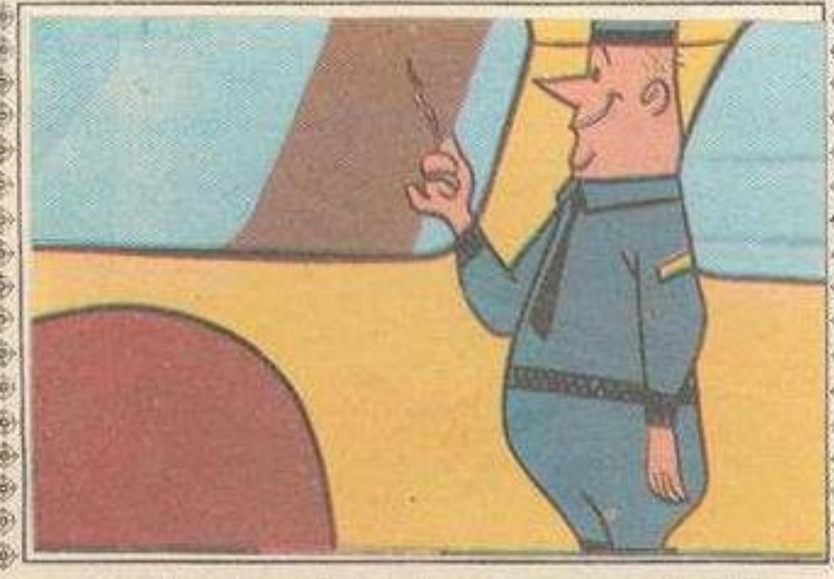
Nadie había reparado todavía en un original adorno colocado sobre una de las aletas del coche del ilustre señor. Era una cosa peluda y deforme... Mas ya veo que os mira, con una sonrisa iluminando su cara de payaso. ¿Sabéis quién es, verdad? Nada menos que Yogui en uno de sus intentos...



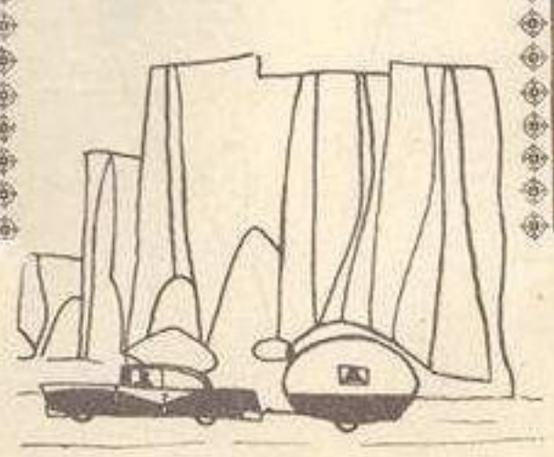
Cuando el coche se disponía a iniciar la marcha, el oso listo se hizo el dormido. «De esta forma, tengo que parecer un embellecedor»—pensaba el ingenuo. Mister Twis acababa de regalar a Hipólito una barra de su famoso regaliz, con lo cual se confirmaron las malas impresiones del guarda.

Pero, no. ¡Era imposible! ¡Allí había gato encerrado! Mejor era decir... oso encerrado. «¡Por favor, deténgase, señor! —exclamó el forestal—. Ocurre algo muy extraño». El coche frenó bruscamente y el guarda se acercó a grandes pasos. «Perdone, señor. Creo que lleva usted un cuerpo extraño...

«¡Oh! No es eso —aclaró Hipólito— Mire usted aquí. Vea este promontorio redondeado, con aspecto de alfombra barata. Sobre su sospechosa superficie, voy a ensayar la dureza y solidez de la barra de regaliz.» Y así diciendo, hincó con fuerza aquel estilete en la más elevada parte de nuestro oso.



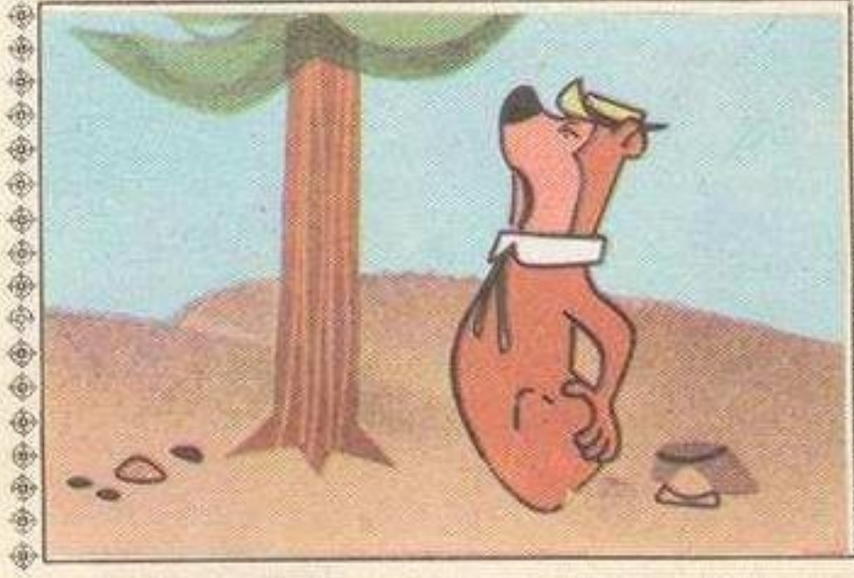
Cuando los abrió, vio al guarda forestal, tranquilo y sonriente, que contemplaba la barrita de regaliz, que había adoptado, ¡cosa extraña! la forma de un sacacorchos. Hipólito se había convencido de que el regalo de Mr. Twis tenía varias y prácticas aplicaciones. Todo consistía en saberlas aprovechar.



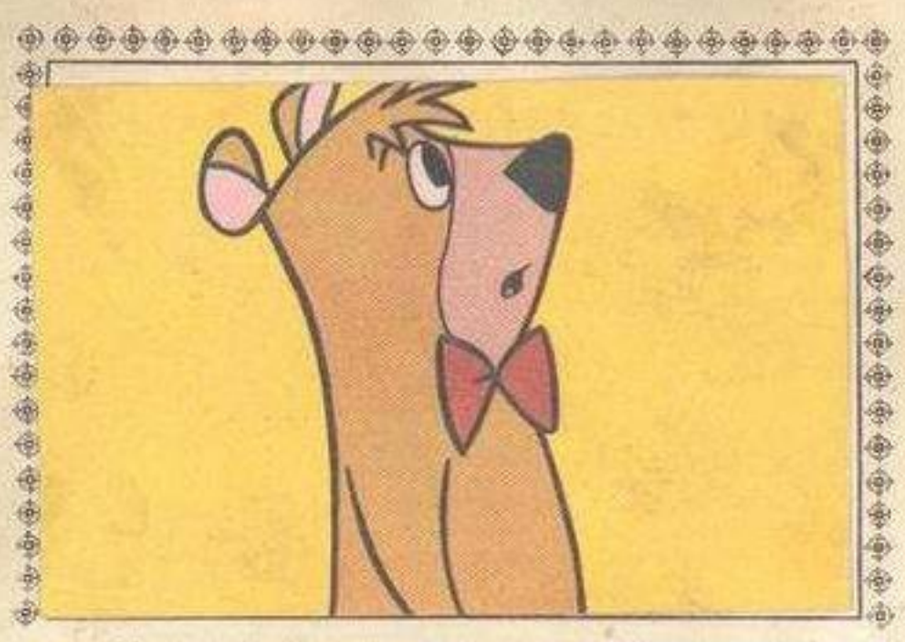
Pasó el coche bajo la mirada distraída del vigilante. De pronto, algo dañó la retina de Hipólito. ¿Qué era aquel objeto de color gris nutria con zonas marrón camello, que sobresalía de la brillante carrocería? ¿Sería aquello un espejismo, resultado de su decepción... económica?

...a bordo.» «¿Un cuerpo extraño? —exclamó Mr. Twis—. Si se refiere usted a una botellita de wisky que guardo en el portamaletas, estimo que no debe alarmarse por mi seguridad. La conservo hace cuarenta y dos años y solamente me permito tomar una copita el día de mi cumpleaños.»

Un espantoso alarido quebrantó la paz del bosque, al tiempo que desaparecía el extraño objeto de la aleta del automóvil. Mr. Twis cerró los ojos alarmado y encogió su cuerpo diminuto. ¿Iría a explotar algo? Aquel silbido prolongado era exactamente igual al de una bomba de aviación.

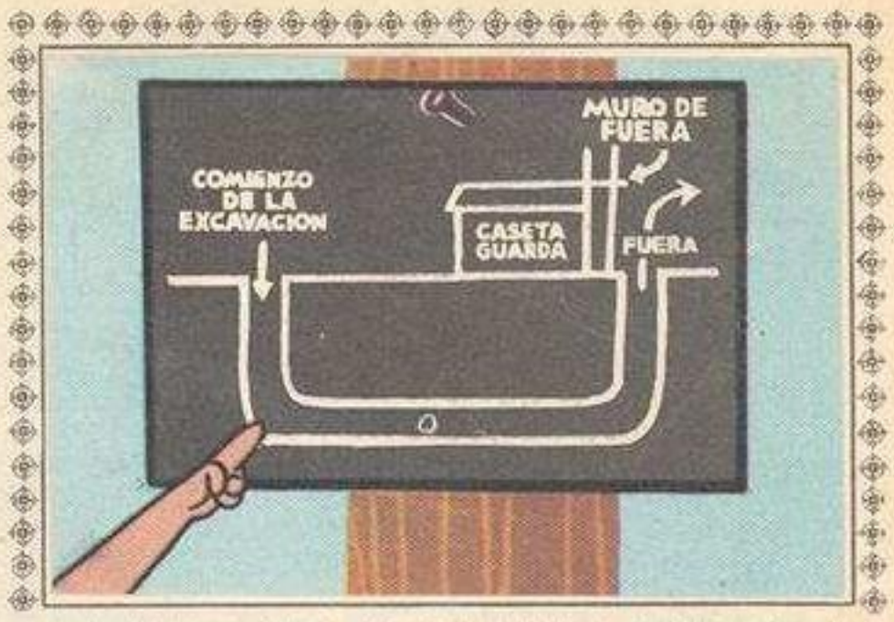


Nadie supo nunca a qué folklore pertenecía el baile que interpretó Yogui en el cercano bosque, mientras su manos descansaban en las atormentadas posaderas. Boo-Boo solamente tuvo la completa seguridad de que su querido amigo había fracasado una vez más en sus intentos de penetrar en el Parque Nacional



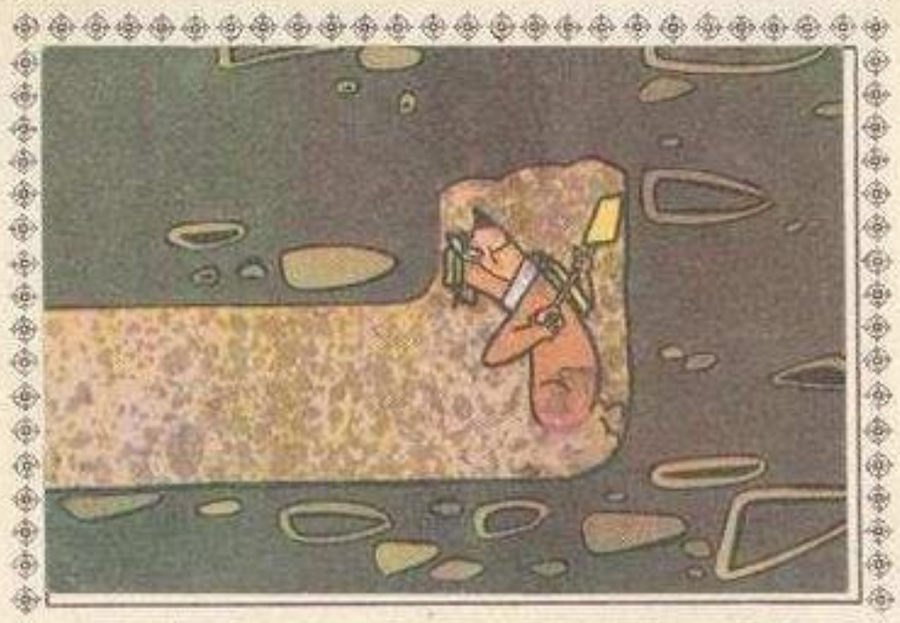
Y sin embargo, era tan fácil...«Yogui —osó decir el osito—, vuelvo a brindarte humildemente el sistema de mi abuelo para entrar en el Parque. Es científico y perfecto... Ven; mira...» Y llevándolo hacia el interior del bosque, le mostró un detallado plano que comprendía la operación.

«Mira, Yogui. Todo consiste en que aquí mismo comiences a excavar una galería vertical; luego prosigues horizontalmente y, cuando hayas contado hasta un millón, horadas hacia arriba y, al salir a flor de tierra, ¡te hallarás en en el Parque, libre de la mirada del terrible vigilante.»



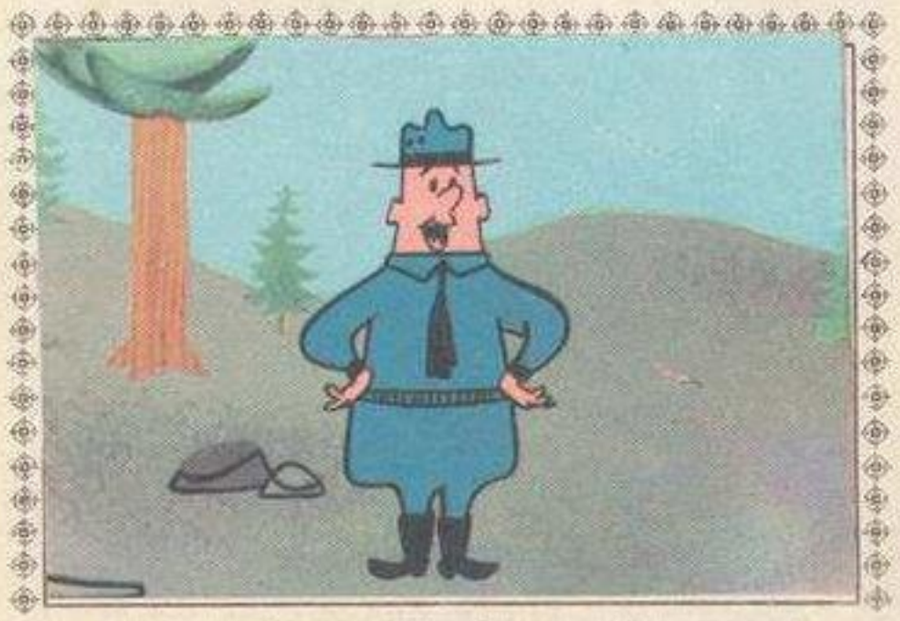
Por lo visto, los continuados fracasos le hicieron ser a Yogui más prudente. Comenzó a profundizar en la tierra y pronto desapareció de la vista del complaciente Boo-Boo. «¡Qué satisfacción se siente —murmuró el pequeño— cuando nos es posible ayudar a un amigo! Ahora es seguro...

...que podrá cumplir su deseo.» Mientras tanto, Yogui, sin descansar un momento, había llegado a una profundidad que juzgó suficiente. «¡Ahora horizontalmente! —se dijo el constante excavador—. Una, dos, tres...» ¡Había que contar hasta un millón! Aquello iba a ser pesadísimo...



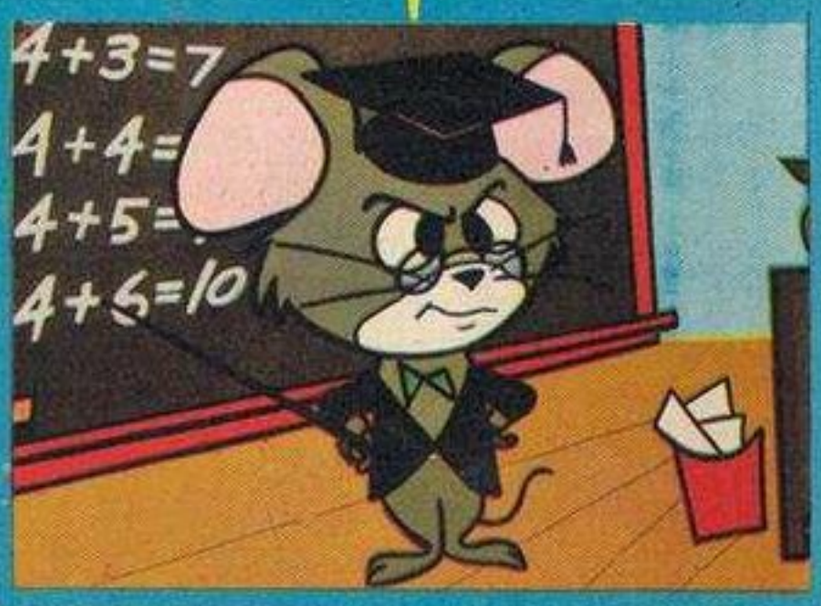
...Tan aburrido fue, que Yogui se cansó cuando iba aproximadamente por el setecientos mil cuatrocientos veinticinco y entonces dijo: ¡arriba, pase lo que pase, que yo no tengo vocación de topo! Y lo que pasó fue una tremebunda y apabullante catástrofe forestal.

La dura cabeza de Yogui, justamente apareció debajo de los pies del bueno de Hipólito, el cual, levantado lentamente, fue a taladrar limpiamente el tejado de madera de la garita de entrada. Ya os imaginaréis que nuestro amigo Yogui fue aquella vez expulsado violentamente.



Mas Hipólito sabía demasiado que el oso volvería, pretendiendo entrar de cualquier forma. Ello le empujó a tomar una decisión un poco violenta, pero que le aseguraba el disfrute de la paz que reinaba en aquellos parajes. ¡Todo antes que vivir con los nervios destrozados!

Una puerta metálica formada por fuertes barrotes y reforzada por un enorme candado, fue instalada a la entrada del Parque. «¡Creo que se me han acabado todos los experimentos! —suspiraba Yogui—. Tendré que guardar la paga de unos cuantos domingos para poder entrar en el Parque Nacional...»



precio 6 pts.